

26-30-500

En.º 25/  
68

# AMAPOLAS,

FLORES SILVESTRES.

PÁGINAS LITERARIAS EN PROSA Y VERSO,

ESCRITAS POR

**D. MARIANO CARRERAS Y GONZALEZ,**

CON UN PRÓLOGO DE

**D. JERÓNIMO BORAO.**

~~~~~  
**Precio: 12 rs.**  
~~~~~

**MADRID.**

IMPRESA DE ROJAS Y COMPAÑÍA,

Calle de Valverde, núm. 46.

1866.

11.230  
Ley 1847



AMAPOLAS

LOS SILVESTRES

ESTABLECIMIENTO DE BODEGAS Y VINOS

D. MARIANO CARRERAS Y GONZALEZ

ESTABLECIMIENTO

ESTABLECIMIENTO

ESTABLECIMIENTO

ESTABLECIMIENTO

ESTABLECIMIENTO

247-1075

# AMAPOLAS,

PÁGINAS LITERARIAS EN PROSA Y VERSO.

4791

AMAPOLAS

PÁGINAS LITERARIAS EN PROSA Y VERSO.

# AMAPOLAS,

FLORES SILVESTRES.

---

PÁGINAS LITERARIAS EN PROSA Y VERSO,

ESCRITAS POR

**D. MARIANO CARRERAS Y GONZALEZ,**

CON UN PRÓLOGO DE

**D. JERÓNIMO BORAO.**

---

MADRID.

IMPRENTA DE ROJAS Y COMPAÑÍA,

Calle de Valverde, núm. 16

1866.

AMAPOLAS

FLORES SILVESTRES

PÁGINAS LITERARIAS EN PROSA Y VERSO

SEGUNDA EDICIÓN

D. MARIANO CARRERAS Y GONZALEZ,

CON UN PREFACIO DE

D. JERÓNIMO BORAO.

MADRID

IMPRESA DE ROSAS Y COMPAÑIA

Calle de Valverde, núm. 18

1866

PROLOGO

A SU QUERIDA ESPOSA,  
Á SUS AMADOS HIJOS,

El Autor.

A SU QUERIDA ESPOSA,  
A SUS AMADOS HIJOS,

St. Louis.

## PRÓLOGO.

El siglo en que vivimos está visto que no tiene defensores, y aunque se agite incesantemente en prodigiosas invenciones, lo mismo morales que físicas, nunca faltan eruditos críticos y pesimistas de oficio, para decirnos que en el orden moral no sabemos por donde andamos, y que en el físico no son nuestras ni siquiera la electricidad y la fotografía. ¿Cuándo vendrán sábios benévolos que, á lo ménos para nuestro consuelo, completen esa tarea de despojo, probándonos—lo cual fuera muy fácil—que nosotros no hemos inventado ninguno de los vicios que nos aquejan, ni siquiera el de alabarnos los unos á los otros?

Y en efecto, ¿qué gacetillero de pandilla se hubiera atrevido á decir, como Cervantes, que las tragedias de Argensola eran un dechado de hermosura; ni qué sociedad comanditaria de elogios mútuos se hubiera arrojado á publicar el *Laurel de Apolo*, el *Viaje al Parnaso* ó el *Aganipe*?

Las líneas que anteceden van encaminadas á

probar, ó cuando ménos á indicar, que para un mal prólogo con que ahora recomendamos la obra recomendable de un amigo, los frailes, por ejemplo, que era gente que lo entendia, buscaban, cuando se echaban á escritores, unas cuantas sumidades de la órden ó de fuera de ella, y decoraban con tres, cuatro ó algunas más *aprobaciones* encomiásticas, los libros buenos ó malos que nacian laboriosamente de sus caletres; escepto cuando apelaban á un ladino desvergonzado, como el Padre Isla, que, llamado á ser aprobante de un sermon gerundiano—¡cómo habia de aprobarlo!—se escapó por la tangente, haciendo equilibrios sobre el tema *laudet te alienus*.

Nosotros, al revés, aunque no nos sea desconocido el manejo del incensario, solemos ser tan rígidos—me doy á entender que por amor propio—que despues de comernos á besos á un autor en las columnas de una *Revista*, le destrozamos á bocados sin que le quede hueso sano, todo en nombre de la santa independenciam; y hacemoslo á veces con intempestivez tan manifiesta como don Leopoldo Augusto de Cueto cuando heredó á Quintana en la Academia, ó como Segovia y Nocedal cuando recibieran allí mismo á Cañete y Gonzalez Brabo.

Yo no soy hombre de tan malas partidas, y pues he aceptado la inmodesta tarea de este prólogo, no será para desacreditar la obra, si bien, por no haberseme exigido elogios, podré ser en

ellos todo lo parco ó todo lo pródigo que me aconseje mi criterio.

D. Mariano Carreras y Gonzalez, autor de esta coleccion, que él titula *Amapolas*, por contener obras nacidas espontáneamente en los intervalos de otras más nutritivas y de una aplicacion más práctica, ha recorrido tan diversos y aun opuestos estudios, y en lo que lleva publicado ha vertido tan heterogéneos conocimientos, que bien puede apellidarse un buen talento. Un hombre que escribe un *Derecho mercantil español* y mete en el teatro á *El Cardenal de Richelieu*, que publica una *Geografía industrial y comercial* y se descuelga con el arreglo de *Sullivan*, que dá á luz una *Filosofía del interés personal*—esto es, una *Economía política*—y nos importa como un valiente el *Suplicio de una mujer*, que estudia por cuenta de una Diputacion provincial *La España y la Inglaterra agrícolas* y luego se derrite en serenatas y otras amables menudencias, de las contenidas en las *Amapolas*, debe tener algo de duende y tiene positivamente mucho de enciclopédico. Él ha sido ó es todavía catedrático, periodista, autor dramático, crítico de teatros y quién sabe cuántas cosas más: si no se supiera que había nacido en Morata de Jalon, nadie le creyera aragonés, porque sus paisanos no acostumbramos á ser personas para tanto.

De todo esto, lo que le parece á él mejor, ó con lo que, digámoslo así, se distingue él á sí mismo,

es con la investidura de periodista; y como tal, sobre escribir en muchos otros, ha fundado ó contribuido á fundar *El Miguelete*, *La Opinion*, que era un buen periódico en Valencia, y *LA IBERIA*, que es de todos conocido.

De la literatura periodística ¿qué podría yo decir que no estuviese dicho hasta la saciedad por tantos y tantos como en esto se han ocupado, incluso yo mismo á quien pertenece el artículo *Periodismo* en la *Enciclopedia española*? ¿Qué escala no pudiera establecerse desde las famosas revistas inglesas del siglo pasado hasta los periódicos de entreacto; y en cuanto á los políticos, desde *El Times* hasta *La Regeneracion*? Pero esto no conduciría á resultado alguno para el fin que hoy me propongo. Lo único que en todo caso me conveniria consignar, sería la desdichada suerte que corren en España los periódicos literarios y la desdichada marcha que siguen los políticos. Respecto de los primeros, diría cuánto es de lamentar que no hayan podido aclimatarse entre nosotros publicaciones como la *Revista de Madrid* y la de *Ambos mundos*, cuán sensible es que no haya continuado á lo ménos la costumbre que algunos diarios, como *El Corresponsal*, *El Español*, *El Globo* y otros, establecieron de redactar una revista literaria semanal que hacer tragar, por decirlo así, á los suscritores; y cuán vergonzoso ha sido que no hayan gozado sino muy pocos meses de vida revistas como la *Gaceta literaria*, la cual nació es-

clusivamente para dar á conocer la *Historia del arte dramático español* escrita por Adolfo de Schack. Respecto de los segundos, no titubearía en acusarlos ante el tribunal del buen sentido por el abuso que hacen de sus fuerzas y de su numerosa clientela, envenenando por razones políticas cuanto tocan con su mano, lo cual, sobre mantener constantemente escitada la bilis del desdichado suscriptor, le aleja insensiblemente del buen gusto, de los placeres pacíficos, de las corteses frases, del perfume literario que convendría insuflarle para hacerle en todo digno de la verdadera ilustracion; pero, no siendo de mi resorte esta filípica, les rogaría solamente que, ya que administran al público veneno en los fondos, veneno en los sueltos, veneno en las gacetillas y veneno en las correspondencias, nos dejasen meter de vez en cuando el cuezo, aunque fuese á título de sopistas, á los que de tiempo en tiempo escribimos tal cual fruslería literaria.

Porque la verdad es, que fuera de los redactores de número, apenas se nos permite á los que no cobramos sueldo, ni aun la galantería de regalar á un periódico los frutos de nuestras vigiliass; y otra verdad es tambien que si no es enlazándonos á esos robustos muros, apenas podemos las plantas trepadoras darnos á luz, porque es muy doloroso y muy caro imprimir uno por su cuenta misceláneas literarias, para convertirlas en presente destinado á los amigos.

Ha sido necesario para que estas *Amapolas* formáran el ramillete que hoy presenta al público el Sr. Carreras, que su autor se ingeniára hasta ir las colocando en estos y los otros periódicos, y que ahora se haya decidido á arrostrar la prueba del libro encuadernado, de la cual no sé si saldrá con la felicidad que le deseo. Y no es en verdad, porque el libro no merezca leerse, sino porque la gran mayoría de los lectores españoles solo merece leer periódicos políticos, y haciéndose ella á sí propia recta justicia, no se permite tampoco otras lecturas.

Las *Amapolas* contienen varias piezas poéticas, entre las cuales yo me atrevo á recomendar la de *Aragon y Felipe II* por su impórtancia, la de *Ni quito ni pongo rey* por su belleza, las de *El Antecristo* y *El Progreso* por su espontaneidad en seguir á V. Hugo, de quien son los originales, la de *Cervantes* porque es uno de los buenos sonetos que ha producido la poesía contemporánea, la de *El Anochecer* por su buen gusto, y sobre todo la de *El Anochecer en primavera* porque, dadas todas sus condiciones, me parece excelente y la mejor de la colección.

Pasando á las obras en prosa, pueden aproximadamente dividirse en cuadros de costumbres y crítica literaria. De entre los primeros, no temo ser desmentido si digo que están muy bien observados y aun mejor desempeñados, el de *El Dia cortesano*, el de *La Casada* y el muy ingenioso de

*La Mentira universal*, en alguno de los cuales se vé seguida la escuela del malogrado Larra hasta donde es posible seguir á aquel moderno Quevedo. Las críticas todas son buenas: entre las que versan sobre obras dramáticas, me atrevería á señalar por su belleza, si no temiera que pasase como recomendacion de cosa propia, la de *Los Fueros de la Union*, drama de mi cosecha que, aplaudido en Barcelona y Zaragoza, no me pareció algun tanto digno de aplauso, hasta que me dejé convencer por la manera seductora con que me arguyó en letras de molde el Sr. Carreras, y perdóneme si con esta cita he quitado tal vez alguna importancia á los elogios que le tributo en este *Prólogo*, porque no están obligados todos mis lectores á conocer mi independenciam. Con la anterior compite tal vez la de *Un ramo de violetas*, que está muy bien sentida; supera á las dos por su grave erudicion el artículo *Estudios filológicos*, en que con el apresto de sesenta y cuatro oportu- nísimos pasajes, tomados de casi otros tantos hablistas, desde el infante D. Juan Manuel hasta el Sr. Martinez de la Rosa, demuestra el uso del *le dativo* en el pronombre personal femenino: revelan, en fin, todo el cariño que el autor profesa á los que se distinguen en la buena poesía, los artículos titulados *Gloria á Quintana!* y *El Renacimiento de un poeta*—con alusion al fecundo y popular Rubí—los cuales, con el lindo prólogo que vá al frente de *Dulces cadenas*, son un triple salu-

do á un poeta que nace, á un poeta que renace,  
y á un poeta que muere con toda la magnificen-  
cia del sol poniente ó con toda la majestad del  
autor de la *Jerusalem*.

Quien así sabe sentir la belleza y proclamar á  
los que han conseguido realizarla en sus escritos,  
y quien de propia inspiracion ha logrado producir  
obras como estas que he enumerado, merece,  
aunque economista, el lugar honroso que ya ocu-  
pa entre los ingénios; y yo por mi parte le ab-  
suelvo de sus arideces estadísticas y económicas,  
y le declaro de limpia sangre para poder sen-  
tarse en el Parnaso y recibir un beso de las Musas.

JERÓNIMO BORAO.

Zaragoza, octubre de 1866.

metodicas—que las palabras son una pintura de los  
 objetos—y lo que afirman los metafisicos—que nada  
 hay en el mundo sin razon suficiente, while es en un  
 certidumbre que no es suficiente;—pero protesto  
 una y mil veces que no he estado en este caso ni una  
 cosa ni otra, lo cual debe consistir sin duda en que yo  
 soy muy torpe, o en que la tal analogia es una de las  
 analogias que se llaman silbantes.

EL SILBANTE.

¿Saben Vds., queridísimos lectores, quién es *García*? Sin otras señas, tal vez no le conozcan, porque lo que es en el nombre se parece á muchos tontos; y no crean Vds. que esto es una asercion gratuita. Yo he observado, y conmigo lo han observado tambien varios de mis amigos, que casi todos los tontos se llaman *García*.

Suplico á Vds., si hay entre ellos quien lleve por casualidad este fatidico apellido, que no se ofenda; porque, en primer lugar, yo no digo que todos los *Garcías* sean tontos, y en segundo, es cierto que he sentado la regla general, pero si el sugeto en cuestion consiente en leer este articulo, declaro *altamente* que me siento dispuesto á incluirle en cualquiera de las escepciones.

He observado, pues, que muchos tontos se llaman *García*.—¿En qué consiste?—Vive Dios que no lo sé y que por más investigaciones que he hecho, todavía no he podido encontrar la analogia que hay entre estas dos palabras: *tonto* y *García*. Ello indudablemente debe haberla, si es cierto lo que dicen los eti-

Mariano Carreras  
 y Jorralca

mologistas—*que las palabras son una pintura de los objetos*—y lo que afirman los metafísicos—*que nada hay en el mundo sin razon suficiente, nihil est in universitate rerum sine ratione suficiente*;—pero protesto una y mil veces que no he hallado en este caso ni una cosa ni otra, lo cual debe consistir sin duda en que yo soy muy torpe, ó en que la tal analogía es uno de los sublimes cuanto recónditos arcanos de la sábia y misteriosa naturaleza.

En vista de esto, esperarán Vds. tal vez que yo invente alguna hipótesis ingeniosa, alguna profunda teoría ó algun bien concertado sistema, para explicar satisfactoriamente la *causa próxima* de semejante fenómeno, y aun que, remontándome á las *causas primeras*, haga una disertacion luminosa, en que hable de *la materia* y de *las fuerzas que rigen el Universo*, de *los fluidos imponderables* y *los cuerpos incoercibles*, de *la organizacion*, *las masas* y *el fluido nervéo*, con otras mil cosas de este jaez, y en que cite á *Newton* y á *Déscartes*, á *Cabanis* y á *Lavater*, á *Locke* y á *Puffendorf*; pero yo, señores míos, nunca me meto en camisa de once varas, y así dejo el sistematizar y hacer hipótesis al cuidado de los sábios; que son hombres que se pintan solos para el caso, contentándome con sentar este hecho evidente, esta verdad inconcusa, este axioma, para decirlo de una vez: *casi todos los tontos se llaman García.*

Pudiera citar en apoyo de mi proposición uno y dos y diez y veinte ejemplos; pero los paso por alto, en obsequio á la brevedad, y me limito á hacer observar á

Vds. que mi héroe lleva el susodicho nombre: presten Vds. atencion al retrato que de él voy á hacerles en este artículo, y díganme luego si no se parece á un tonto, como un huevo se parece á otro huevo.

A bien que Vds. saben quién es mejor que yo, y si ahora no caen en la cuenta es porque se están co-deando con él todos los días. Y sino... ¡vamos á ver!

¿No conocen Vds. á un jóven alto ó bajo, gordó ó flaco, moreno ó rubio, que de esto no estoy muy enterado, pero que se distingue por su vestido decente, si bien algo raído, por sus relucientes botas charoladas, su guante blanco, muchas veces limpiado al vapor, su sombrero atusado, aunque grasiento, y su siempre rizada cabellera?

Ese jóven se levanta en verano y en invierno á las doce. Su primera ocupacion es coser algun agujeró por el cual se rien sus pantalones del dueño, dar de tinta á alguna costura de su levita, que se empeña en encanecer antes de los diez años, limpiar de charol sus botas y rizarse á dedo su poblada melena. Retuércese despues los bigotes hasta hacerles empinarse al cielo, atúsase sus patillas de chuleta, engulle un dedal de chocolate *pesetero*, con tal cual rebanada trasparente de pan duro, y toma el camino de la Puerta del Sol, silbando un aria de *Il Nabuco*. *García* es un gran dilettanti.

*Similis similem quaerit, ó Dios los cria y ellos se juntan.*

—¿Qué hay, *García*?—le preguntan algunos de sus amigotes, apenas se acerca á ellos.

—¿No saben Vds?... ¡Oh! las relaciones de la marquesa de C. con el baron de H. son ya públicas; todo el mundo dice que es su *amor*. Anoche en la tertulia de la condesita de M. no se hablaba de otra cosa.

—¿Estuvo Vd?

—Sí.

—¿Y qué tal?

—¡Oh! brillante.

Advierto á Vds., amados lectores, que no olviden aquello de *omnis homo mendax*, todo hombre es embustero. *García* es hombre, ó por lo menos, tiene facha de tal.

—*García*, ¿qué sabe Vd. de la bailarina D?

—¿Inglesa?

—Sí: dicen que viene contratada este año.

—No lo crean Vds.; le ofrecen poco; en este país no saben apreciar á los artistas; ¡figúrense Vds. que no le dan mas que diez mil duros!...

—¿Y de teatros?

—Ahora van á poner en escena una nueva ópera de Verdi.

—No, se trata de comedias.

—¡Ah! ¡eso mal!... ¡muy mal!... ¡perdido!!

Esta vez tiene razon; pero no es porque lo ha visto, sino porque se lo han dicho; no hay perro ni gato que no lo sepán.

—¡Vamos!... ¿y qué se habla de política?

—¿De política?... ¡Hombre! ayer estuvo de caza. S. M... Dias pasados dió un gran convite el ministro de Hacienda...

—¿Pero no ha oído Vd. que van á crear algunos empleos?

—¡Oh! entonces me tocará á mí turrón; no lo duden Vds., me lo tiene prometido el ministro.

*García* es también pretendiente; ya ven Vds.; ¡se llama *García*!

Pasa una modista; nuestro hombre se despide de la reunion y la sigue.

—¡Adios, señores!

—¡Hola!... ¿va Vd. de conquista?

—No, hace tiempo que se rindió la plaza.

No lo crean Vds., es la primera vez que la ha visto; pero no por eso se detiene, hasta que consigue acompañarla, dejarla en el obrador y escuchar de su boca un *sí* más claro que la escalera de una casa de la Plaza.—¡Tan pronto!—No lo estrañen Vds., este es el siglo del fósforo; en Madrid se ama al vapor; el camino de un corazon á otro se recorre en segundos.

Después de dejar á la modista, *García* encuentra á una criada: ¡la misma operacion! ¡el mismo resultado! *García* tiene prestigio entre esta clase de gente; hace el amor al pormenor y recorre á todas horas calles y plazas en busca de conquistas, sin que le arredren el frio, ni la lluvia, ni el calor, ni el polvo. Su mayor enemigo es el tiempo: este pícaro viejo le persigue por todos lados, y así es capaz de hacer cualquier cosa por matarle. Por lo demas, su ocupacion vespertina le proporciona otra nocturna: cuando se retira á su casa, se sienta á una mesa y empieza á escribir cartas ni más ni ménos que si fuese un candi-

dato; la única diferencia consiste en que este escribe para ganar votos y *García* solo trata de ganar corazonas. *Al en ; por un ha á Amato en Amato*—

Llega la noche: ¿adónde irá nuestro hombre?—Si es en invierno á Amato; allí están abonados él y todos sus amigos. Aquel café pudiera llamarse el *Congreso de los sabios*; porque, en efecto, si nadie habla sin tener algo que decir, es indudable que todo el que habla dice, y que el que más habla es el que más dice, y como el que más dice es indudablemente el que más sabe, resulta que el más habla es el que más sabe; allí se reúnen todos los que más hablan, luego... Me parece que la consecuencia no puede ser más lógica.

¿Qué hace *García* en Amato?—Les diré á Vds.: pide un vaso de agua con azucarillo, si es que tiene cuatro cuartos, lo cual es cosa tan rara como un escritor rico ó como un editor pobre; se le bebe de un trago, porque *García* siempre tiene sed y aun hay quien opina que también hambre, pero... ¡Dios nos libre de malas lenguas! Despues, ve jugar al billar; y cuando tiene dinero, que ya he dicho ser cosa rara, pone un realito al punto. En seguida habla con todos y vuelve á referir las noticias de por la mañana y las que ha adquirido ó inventado por la tarde. Si hay funcion en el *Genio* ó en la *Aurora*, pide un billete á cualquiera. ¿Se le niegan? No importa, no se desanima por eso; plántase en la puerta del teatro é implora la caridad de cuantos conocidos entran... ¡él lo es de todo el mundo!... Alguno ha de apiadarse de su desgracia; pero si por casualidad sucede lo contrario, nuestro héroe es hombre de una

paciencia á toda prueba; espera, y terminada la comedia, penetra en el salon, como todo el que quiere, á ver la piececita final. Una vez allí, á todos saluda, con todos habla, reparte por todas partes sus sonrisas, y tal vez encuentra á alguna de sus amantes, que le ha dado cita y le está esperando en las últimas filas de los bancos.

En verano, ya se sabe, *García* pasa las dos terceras partes de la noche en Oriente. Aquel es otro *Congreso de sábios*; no vayan Vds. á creer que lo digo por ironía; soy muy poco aficionado á las figuras de retórica. Allí se entretiene en dar vueltas y más vueltas hasta encontrar un banco desocupado, porque, aunque podría sentarse en silla, ya saben Vds., no hay mas que una pequeña dificultad; ¡pero esa!..... y luego el ayuntamiento de Madrid de todo ha de sacar partido... el agua que se bebe, la tierra que uno pisa, hasta el aire que respira... ¡Y habrá quien diga que somos libres!..... ¡Picardía como ella!..... Así va todo en el mundo.

Volviendo, pues, á mi pregunta:

—¿Conocen Vds. á *García*?... ¿Aun no? Pues voy á enseñarles á Vds. su pasaporte.

Señas particulares del portador.

Es el hombre con quien tropiezan Vds. á cada paso, cuando andan por la calle.

El que les detiene una hora, siempre que van de prisa.

El que, parado en una esquina, les impide hablar á su amante, cuando acuden Vds. á sus citas.

El que les hace las visitas más largas y frecuentes.

El mismo á quien suelen Vds. dirigir esta indirecta, sin que él se dé por entendido: *Me apestan los hombres pesados; hay algunos que no es capaz de moverlos ni un cañon de á treinta y cuatro.*

Es el que les fuma á Vds. cuantos cigarros llevan en la petaca; el que, cuando toman café, se come todo el azúcar, y en fin, el que contesta siempre á la pregunta habitual de *¿Qué hace Vd. ahí?* con la obligada frase de *matar el tiempo.*

—¿Quieren Vds. todavía más señas?

—No, basta, basta; ya sabemos quién es *García.*

—¿Sí? pues háganme Vds. el favor de decirme: ¿qué oficio, qué profesion, qué carrera tiene ese hombre?... ¿Es estudiante, ó médico, ó abogado, ó arquitecto, ó...?

—Cá, no señor; no es nada de eso.

—¿Pero en qué se ocupa? ¿qué hace?

—Si le hemos de decir á Vd. la verdad, lo único que hace es *no hacer nada.*

—Entonces, es un miembro inútil de la sociedad, y cuando ménos, estorba é impide la accion regular de los otros. Corro, pues, á casa del comisario de policia á decirle que se sirva aplicar á nuestro héroe la ley de vagos.

—¡Eh!... ¡hombre!... ¿adónde vá Vd?... No puede Vd. hacer eso; *García* no es un vago.

—¿Pues qué es?

—¿Quiere Vd. saberlo?... *Un silbante.*

—¡Ah!!!

(*La Fama*, noviembre de 1848.)

Ya el buen labriego  
deja el arado;  
á sus ariscos  
toros el ganado;  
se oye del pájaro  
la voz medea;  
II.  
tiende el municipio  
su velo ya.

## EL ANOCHECER.

El sol se esconde  
tras las colinas,  
y de las altas  
sierras vecinas  
bajan las sombras,  
velando en torno  
la del crepúsculo  
luz sin color.

Lentas del río  
pasan las olas;  
duermen las aves,  
y sus corolas  
abren las flores,  
al que reciben  
del blando céfiro  
beso de amor.

Ya el buen labriego  
 deja el arado;  
 á sus apriscos  
 torna el ganado;  
 se oye del buho  
 la voz medrosa;  
 tiende el murciélago  
 su vuelo ya.

Y en el celaje  
 del firmamento  
 Héspero asoma...  
 y en un momento  
 crecen las sombras...  
 todo es tinieblas...  
 en noche lóbrega  
 la tierra está.

(*El Miguelete*, setiembre de 1856.)

### III.

## EL MÉDICO DE CÁMARA.

La historia, ha dicho un escritor francés, no toma acta de esas horas de la vida que se suceden unas á otras como las vibraciones monótonas de una campana; de la misma manera la crítica, decimos nosotros, no debería fijar su atención sino en aquellas obras que interrumpen el curso ordinario del mundo de las letras, y parecen destinadas á influir en él de una manera más ó ménos inmediata, más ó ménos profunda.

Pero hay personas que, no comprendiendo ó no queriendo comprender la sagrada mision del crítico, se imponen esta tarea como un oficio, como una especulacion; consideran las producciones del ingenio como un género de comercio, como un papel negociable, y se dedican en cuerpo y alma á hacer subir ó bajar su valor, segun les conviene jugar á la alza ó á la baja. Para ellos no hay obra buena ni mala en sí misma; el mérito de cada una consiste en la ganancia que les ofrece; ensalzan la que tienen comision de despachar; denigran la que puede hacerles competencia, y des-

representacion de *Felipe el Prudente*, otra produccion séria, profunda, notable, del señor Calvo Asensio, creemos que no ha sido el año cómico enteramente estéril para las letras.

Pero ¿qué es *El médico de cámara*? Ha llegado el momento de analizar esta comedia. *El médico de cámara* es una obra que encierra un pensamiento moral, un argumento agradable, un plan regular, situaciones de bastante interés, caracteres bien sostenidos y un diálogo fácil, correcto y elegante.

Toda la fábula está fundada en un *quid pro quo* muy natural, y tiene por objeto, además de darnos una idea del breve reinado de Luis I, enseñar los perniciosos efectos de ciertas influencias políticas.

La conducta ligera é inconsiderada de Isabel de Orleans, niña de trece años de edad, dá pábulo en la corte á ciertas hablillas ofensivas al honor de la Reina; un oscuro oficial, llamado Gaston, jóven y gallardo, valiente y pundonoroso, trata de oponerse á ellas, y es herido mortalmente en un desafío que sostiene por tan noble causa. El médico Solís le asiste, la linda camarista Laura vela por amor á la cabecera de su lecho, y la Reina misma, llevada de su gratitud, hace una ó dos visitas al pobre enfermó. Este lo ignora todo: las visitas de Laura no son conocidas mas que de Solís, y solo la camarera mayor posee el secreto de las de la Reina. Pero hé aquí que entre la camarera y el ministro Grimaldo, existe el convenio de dividir á los régios esposos por encargo reservado de Felipe V, que, retirado ya en San Ildefonso, despues de haber

resignado el cetro en manos de su hijo, pretende sin embargo, por tales medios, mantener su influencia y seguir gobernando en nombre del Rey legítimo. Grimaldo hace concebir sospechas á Luis I, y una noche, embozado este en su capa y al abrigo de las tinieblas, vé entrar en la habitación de Solís, donde todavía se halla Gaston convaleciendo de sus heridas, á una dama velada, que toma por la Reina. Entonces no duda ya el augusto mancebo; ama con todo el fuego de sus 18 años á su esposa y siente en su corazón el punzante dardo de los celos. Entre tanto, no está menos celosa la Reina; ha visto á su esposo que la espiaba, y cree que seguía á Laura á quien le designa, como querida del Rey, la astuta camarera. Así se va tramando el enredo; Solís, cándido y sencillo, acaba de anudarle, confesando francamente á Grimaldo las misteriosas visitas de la misteriosa dama, y refiriéndose á Laura cuando aquel le habla de la Reina, puesto que, por respeto debido á tan alta señora, ambos convienen en callar su nombre. Esta escena no puede ser más hábil y graciosa.

SOLIS. Ya estamos solos, marqués:  
ahora podeis preguntar:  
Sin duda quereis hablar  
de.....

GRIM. No la nombremos.

SOLIS. Pues!

nos entendemos... mejor!

Me habeis ahorrado un trabajo.

- Hablemos de ella... Mas bajo,  
 GRIM. que al fin importa á su honor,  
 y pudiera hacernos daño  
 tratar de tan grave punto.  
 SOLIS. No lo creais... ¡si este asunto  
 no tiene nada de extraño!  
 GRIM. ¿Estáis loco?  
 SOLIS. ¡Es cosa cierta!  
 GRIM. Mas no veis quién es?  
 SOLIS. ¡Pues no!  
 como que la abro yo  
 todas las noches la puerta!  
 GRIM. ¡Todas!... ¿Y á vuestra pericia  
 se oculta que es delicado?  
 SOLIS. Nada... estais equivocado:  
 la cosa no trae malicia.  
 GRIM. ¿No?... pues el Rey en conciencia  
 juzga perdido su honor.  
 SOLIS. Pues, señor, es un error  
 el juzgar por la apariencia.  
 GRIM. ¡Apariencia!... es buen capricho  
 negar al Rey lo que ve.  
 SOLIS. ¡La ha visto salir!... ¿y qué?  
 GRIM. ¿Y qué?  
 SOLIS. Me atengo á lo dicho:  
 no hay malicia.  
 GRIM. No entiendo estos devaneos.  
 SOLIS. Pues son bien claros, marqués.

- GRIM. Entonces hablemos, pues,  
sin embajes ni rodeos,
- SOLIS. Hablemos, será mejor.
- GRIM. No importa el cómo se llama,  
mas tratamos de una dama.
- SOLIS. ¡Pues!... de una dama de honor.
- GRIM. ¡Sea!... la dama es muy bella.
- SOLIS. Cierto... la dama es hermosa.
- GRIM. Su poder!..
- SOLIS. Es poderosa.
- GRIM. Corriente.
- SOLIS. ¿Es la misma?
- GRIM. Es ella.

Por su parte, la Reina, siempre agradecida al servicio que le ha prestado Gaston, hace que presenten á este en la córte, le protege, le nombra su secretario, y estos favores, irritando más y más al jóven monarca, escitan tambien los celos de Laura. La enamorada dama de honor acude á S. M., y tan imprudente paso es interpretado á su vez por Gaston como una infidelidad de su amante. Todos los personajes de la comedia se hallan con esto envueltos en una red inextricable; celosa la Reina, celosa Laura, celoso Gaston, celoso el Rey, Solis confuso y aturdido, solo la camarera mayor y Grimaldo tienen el hilo de semejante laberinto. El Rey no se contiene ya: convencido de que Gaston ama á la Reina, de que es amado de ella, le destierra de España; Isabel, herida en su orgullo, en su dignidad, en su amor propio, le defiende, y esta situacion dá



lugar á una escena sumamente dramática entre los dos esposos.

REY. Dicen que quereis hablarme, señora.

REINA. Bien os dijeron y por tanta diligencia mucha gratitud os debo. Dignaos escuchar.

REY. Ya escucho: ¿qué quereis de mí?

REINA. Pretendo averiguar por qué causa, con qué razon ó derecho, sin respetar de una reina

los ya escasísimos fueros, á uno de mis servidores, se echa de palacio.

REY. ¿Con que todo se reduce á decir que habeis resuelto negar á un regio mandato el debido cumplimiento?

Muy bien. REINA. Harto he devorado la humillacion, harto tiempo he vivido sin quejarme por tanto y tanto desprecio como he sufrido: seis meses hará, si mal no recuerdo,

que brilló para nosotros  
 la antorcha del himeneo.  
 ¡Seis meses!.. y en ese espacio  
 he apurado el sufrimiento.  
 Llegué de Francia, y al punto  
 que trasmonté el Pirineo,  
 mis nobles damas francesas  
 con otras substituyeron  
 de vuestra córte; á muy poco  
 bien adiviné el objeto  
 de esta medida: mi mesa  
 siempre vacía, mi lecho  
 vacío siempre, bien claro  
 me indicaron el secreto.

REY. ¿Acabásteis?

REINA. Acabé.

REY. Pues atended bien.

REINA. Atiendo.

REY. El rey don Felipe IV

fué víctima de los celos:

justos ó injustos, un día

sintió bramar en su pecho

la cólera y la venganza,

y á sus clamores cediendo,

mandó matar una noche

á Villamediana: espero

que no tráteis de obligarme

á seguir tan duro ejemplo.

REINA. ¡Oh! bien sé que no lo hareis.

¿Qué se diría en Versalles  
de mí, que aquí represento  
el honor de Francia?

REY. *El mio*

*es en España primero.*

Echaré á ese hombre.

REINA. Señor,

me obligais á defenderlo.

REY. Pues le matais.

REINA. ¡Oh! lo dudo.

REY. ¡Ya lo vereis!

REINA. ¡Lo veremos!

Algunos han tachado esta escena de violenta, porque pasa entre un Rey y una Reina; mas, prescindiendo de que, segun nuestra humilde opinion, no se rebaja en toda ella el alto carácter de los interlocutores, es preciso tener presente que ambos eran, por decirlo así, dos niños, y que su juvenil edad los eximia de esa prudencia, esa reserva, que es patrimonio de los grandes príncipes. Pasemos ahora adelante, y concluyamos en breves palabras de referir el argumento de *El médico de cámara*.

Luis I espulsa de su reino al que juzga amante de su esposa; Isabel de Orleans no quiere ser menos, y arroja de su córte á la que cree ser favorita de su esposo, á la inocente cuanto desgraciada Laura. En tal estado, media una esplicacion entre los dos amantes;

pero esta esplicacion solo sirve para confundirlos más y más, y para que ambos maldigan al pobre Solís, que con su candidez, su credulidad, su buena fé, juzgando siempre por las apariencias y queriendo explicarles la verdad, los ha engañado á uno y otro, les ha inspirado el error con que su propio cerebro batalla. El buen doctor no vuelve en sí de su asombro.

¿Pero qué es esto que pasa?

¿estoy despierto ó soñando?

¡Yo intrigante!... ¡y lo ha creído!

¡Yo intrigante!... ¡vamos, vamos,

si son para condenarme

estas cosas de Palacio!

¿Y cómo me justifico?

¡Uf!... ¡no sé por dónde ando!

¡Qué laberinto, Dios mio!

¡Ay! Señor, haced que un rayo

de vuestra gracia me alumbre;

que estoy, Señor, tan turbado

que no sé lo que me digo

ni tampoco lo que hago.

Por fin, todo se aclara: Solís, acusado por todas partes, señalado por el Rey, por la Reina, por Gaston y por Laura como el autor de los falsos rumores que circulan en Palacio, esclama: *yo hablaba por Laura*, y estas palabras bastan para el desenlace de la comedia.

Aquí se nos ocurre naturalmente preguntar: ¿no podía haberlas pronunciado antes? Sin duda, y entonces

no hubiera podido levantar el Sr. Hurtado todo aquel castillo de naipes. Pero precisamente eso mismo suele suceder en el transcurso de la vida: una equivocacion, una mala inteligencia, un *quid pro quo* dan lugar á crisis imprevistas, incomprensibles, á veces á crímenes y catástrofes. Lo que hay de cierto para nosotros en esta observacion, que han hecho algunas personas, es que dura demasiado tiempo el error, y que, teniendo más de una ocasion para hablar de su origen los personajes, discutiéndole, analizándole con tanta frecuencia, ocupándose casi esclusivamente en la resolucio del problema, no dén con la incógnita antes. Nuestro dictámen es que todo lo que sea prolongar el desenlace más allá del tercer acto peca en la inverosimilitud, y que por otro lado ese desenlace deberia ser tan casual como lo ha sido el enredo mismo, para que se hallase más justificado. En este punto tenia el Sr. Hurtado un gran modelo que seguir en Scribe, á quien parece que se ha propuesto imitar en *El médico de cámara*. Esta produccion tiende, en efecto, por el ingenio, á las comedias de enredo de nuestro teatro antiguo, de que es tambien imitador el mismo Scribe; por el arte, á la escuela del autor de *La calumnia* y *La cadena*, que á tanta altura ha sabido llevarle. Pero Scribe siempre tiene recursos nuevos, sencillos, inesperados para desenlazar sus fábulas; inventa una accion y desde el principio parece que se complace en enredarla; desata un nudo de ella, y cuando el espectador cree que todo ha concluido se encuentra con otro sin saber como ni cuando; así le hace caminar de peripecia en peripecia, siem-

pre anhelante, siempre lleno de interés, y le lleva al término en el momento mismo en que menos podía esperarlo.

En *El médico de cámara*, al contrario, el desenlace se prevé desde luego, y causa grande extrañeza que no llegue antes. No es esto decir, sin embargo, que la comedia del Sr. Hurtado sea una obra deleznable por su base, como pretenden algunos; por el contrario, nosotros creemos que sobre esa base, tan frágil como es, puede edificarse algo, un acto, dos actos, tres, si se quiere, no los cuatro que constituyen *El médico de cámara*. Por manera que nosotros encontramos los defectos de esta comedia en el plan, no en el argumento, el cual, como hemos dicho antes, nos parece perfectamente verosímil, porque no estamos viendo otra cosa en el seno de la sociedad en que vivimos. Hay más: para nosotros esa fragilidad de fundamento en que descansa la fábula de *El médico de cámara*, es un gran mérito; porque, en efecto, no puede dudarse que hace más difícil de urdir y sostener la fábula, y que el Sr. Hurtado ha necesitado mucho ingenio y mucho arte para cautivar, como lo ha hecho, con tan débiles recursos, la atención y el interés del público.

De todos modos, nadie podrá disputar al autor de *El médico de cámara* el triunfo que ha obtenido en la representación de esta comedia; triunfo noble, legítimo, espontáneo, como el que alcanzó no há mucho el señor Calvo Asensio con su *Felipe el Prudente*; triunfo no mendigado á los jefes de pandilla, ni á las plumas de los críticos de oficio, ni á la *claque* de las empresas dra-

máticas ; triunfo que puede satisfacer la dignidad de las Musas y la conciencia del poeta. *El médico de cámara* y *Felipe el Prudente* han sido los rayos más puros que ha lanzado este año el anublado sol de nuestro Parnaso ; sin embargo , tenemos derecho á exigir del señor Hurtado un destello más luminoso , más completo. *El médico de cámara* es una obra brillante , nosotros queremos una obra sólida ; no nos contentamos con las flores de la imaginacion , necesitamos ademas los frutos del talento. Que posee la primera el Sr. Hurtado , nos lo ha probado con *El médico de cámara* ; desde que vimos *El anillo del rey* , nos convencimos de que poseia tambien el segundo. Un esfuerzo más , y el Sr. Hurtado llegará á reunirlos en una sola obra , y realizará las dulces esperanzas que ha hecho concebir á los amantes de las letras.

(Mayo de 1853)

IV.

EN ALTA MAR.

Las solitarias olas  
del férvido Océano  
surcamos noche y día  
con inquietud mortal;

Y en su estension perdidos,  
ningun objeto humano  
la sábana interrumpe  
del líquido cristal.

Mas súbito una tarde,  
del sol á los reflejos,  
asoma en el espacio  
un punto sin color,

Y—¡Capitan! un buque  
divisase á lo lejos—  
el marinero esclama  
con grito atronador.

Entonces ¡ah! ¡qué gozo  
 los ánimos consuela!  
 ¡con qué avidez se clavan  
 los ojos en la mar!

—¡Un barco!.. ¡un barco amigo!—  
 y el buque á toda vela,  
 batiendo las espumas,  
 avanza sin cesar.

Ya tócanse las proas,  
 se juntan los costados,  
 del patrio suelo nuevas  
 se piden por do quier;

Mas ¡ay! que arrecia el viento,  
 los linos van hinchados,  
 partió la nao... vednos  
 tan solos como ayer!

(*El Miquelete*, octubre de 1856.)

## EL DIA CORTESANO.

Madrid es un mundo aparte, una poblacion especial.

Hay alli una clase, ó por mejor decir, una sociedad, que no se parece en nada á las demas; que no siente como ellas, que no está organizada á su manera; que, habitando en el mismo meridiano, á los mismos grados de longitud y latitud geográficas, no respira en la misma atmósfera, ni se calienta á los rayos del mismo sol, ni sufre los rigores del mismo clima.

Para esa clase el dia no es dia, ni la noche noche, ni se suda en el verano, ni se tiritita en el invierno, ni los árboles dan sombra, ni las flores tienen perfumes, ni existe otra naturaleza que la que pintan los telones y las bambalinas del teatro.

Para esa clase se desliza la vida en un torbellino incesante, atronador, volcánico; sin ayer y sin mañana, sin pasado y sin porvenir, pensando solo en los placeres, en la ambicion, en la intriga; afectando gravedad, mintiendo sonrisas, indiferente siempre en la apariencia, ocultando bajo una máscara impenetrable sus penas como sus alegrías.

Fórmanla un conjunto heterogéneo de personas de diversas edades y condiciones, magnates, empleados, jugadores, bolsistas, cómicos, escritores, hombres políticos, mujeres de mundo; gente toda bulliciosa é inquieta, que vive ó aspira á vivir sobre el país, que duerme poco, que trabaja menos; que bebe, rie, se aturde, se agita en una calentura continua.

Es verdad que esa clase no constituye el pueblo madrileño; que este pueblo tiene tambien su parte laboriosa, sencilla, natural, por decirlo así, con una existencia más monótona, más uniforme, más arreglada; pero no puede negarse al mismo tiempo que las demas clases viven para ella, y que ella, por sí sola, es la que presta á Madrid sello y colorido.

Describamos, pues, su carácter, sus costumbres, sus hábitos, y para esto elijamos un dia, un dia cualquiera del año, siempre que sea en invierno; porque entonces es cuando la córte se halla en todo su esplendor y magnificencia.

En verano se cierran los círculos, los salones, los teatros; la sociedad *comm' il faut* emigra; el verano es un paréntesis en la vida cortesana.

No hablemos de la primavera y el otoño: en Madrid no existen tales estaciones; no hay mas que invierno y verano.

Ahora bien, la córte es la region de España donde amanece más tarde: á las diez de la mañana despunta ordinariamente el alba; á esa hora se levantan los más madrugadores.

El sol, perezoso y dormilón, no aparece distinta-

mente para los madrileños hasta eso de las doce, y entonces es cuando principia el día cortesano.

Las peluquerías y las fondas se llenan de clientes; se hace la *toilette*, se almuerza; los hombres de negocios se dirijen á la Bolsa y á los ministerios; los desocupados al Casino ó al Café Suizo.

—¿A cómo andan los *treses*?

—¿Qué tal el concierto de la de Montijo?

—El escritor A. y el diputado C. se baten hoy mismo.

—¿Se ha resuelto la crisis?

—¡Es adorable!

—Yo tomo dos acciones.

—¡Cuidado con el marido!

Hé aquí las conversaciones que se oyen por todas partes. Se charla, se murmura, se politiquera; las manos están ociosas, pero las lenguas nunca.

Es la una, la hora de hacer visitas.

Un apretón de... guantes y una cortesía; despues el tema obligado del concierto, de la crisis, del duelo, del marido engañado, etc., etc.

Vamos al Retiro.

A la entrada, en aquella gran plaza donde se levanta todavía, ruinoso y carcomido, la mansion favorita del rey-poeta, encontramos una multitud de elegantes carruajes vacíos.

—Cocheros y lacayos, en animado coloquio, publican allí los secretos y las debilidades de sus amos.

—¿Qué interesantes escenas, qué sabrosas historias sorprenderíamos, si nos detuviésemos á escuchar un momento!

Pero no seamos curiosos; pasemos de largo, é internémonos en esas sombrías alamedas, en ese artificioso *parterre*, donde juguetea, vigilada por esbeltas niñeras y rollizas amas de cria, una turba de graciosos niños.

Mas allá, alrededor del magnífico estanque de los patos, podreis agregaros á la fila de paseantes de ambos sexos, que toman el sol haciendo un ejercicio higiénico.

¡Qué piecécitos tan breves, qué aire tan distinguido! Las madrileñas no conocen rivales en este punto.

El sol, entre tanto, declina; el dia cortesano es muy breve; pero tiene, en cambio, un crepúsculo larguísimo.

Todo el mundo abandona el Retiro; los coches regresan á escape por la calle de Alcalá y la Carrera de San Gerónimo; no paseis á esta hora por la Puerta del Sol, si no quereis esponer á un peligro inminente la vida.

¡Qué estrépito, qué confusion, qué remolinos! Los coches que cruzan en todas direcciones, los aguadores cargados con sus cubas, los ciegos que pregonan *el papelito nuevo*, los vendedores de fósforos, los granujas, los municipales, los tomadores del dos, los mil y un transeuntes que se agrupan alrededor de la farola de gas.... Huyamos, huyamos á toda prisa de esa nueva Babel, y entremos en el Casino, en el café de la Iberia ó en el Suizo.

Allí se preparan los estómagos para la próxima comida; el verde licor de ajenjos, disuelto en abundantes copas de agua, estimula las fuerzas digestivas y abre el apetito.

¡Qué actividad despues en las cocinas privadas y pú-

blicas! Cada fondista es un anfitrión, á quien rodean cien convidados por la gracia de *D. Félix Utroque*.

La comida se prolonga hasta que se abren los teatros: el Real y la Zarzuela suelen ser los más concurridos: la razón es muy sencilla. Hay en el segundo una *ignominia* y en el primero un *paraíso*, regiones ambas donde, entre otras gentes honradas, toman asiento las damas de medio pelo, las modistas, las niñas entretenidas... ¡y esto dá ocasión á tantas y tan dulces aventuras!

Por otra parte ¿quién asiste ya á las representaciones dramáticas? La literatura no está de moda: hoy lo que priva es una ópera y sobre todo una zarzuela. En un cortesano es de rigor preciarse de *diletantti*, hablar mucho de *spartittos*, de *floriture*, de la voz *pastosa* de la *prima donna*... Además ¡Caltañazor es tan gracioso!... Y, en fin, ¿dónde hay placer como el de salir del teatro tarareando unas coplas de *El Marqués de Caravaca*?

Son las once de la noche; la función ha terminado; aun sobra tiempo para asistir á las *soirée* de la marquesa de U., cenar en el Suizo una tortilla á las *finas yerbas*, ó jugar una partida de *golfo* en el Casino.

Precisamente esta es la hora de más animación, de más movimiento entre los cortesanos.

¿Hay máscaras ó concierto en Palacio? Entonces ya es otra cosa. No vereis por las calles mas que parejas disfrazadas; *tres por cientos* que vienen y van como locos; elegantes embutidos en capi-sayos, tapándose boca y narices.

A las dos de la mañana se cierra el Café Suizo;

pero todavía permanece en los *Andaluces* la gente de trueno con las mozas de rumbo, comiendo calamares, bebiendo manzanilla, esperando la aurora entre los vapores de la orgía.

Y si teneis paciencia para esperar hasta las tres ó las cuatro, aun encontrareis la berlina de algun secretario del Despacho que sale del ministerio, ó tropezareis con algun modesto periodista que acaba de redactar la *última hora* de su diario.

Con esto espira el día cortesano: los serenos se encargan de cantarle el *De profundis*, y de formar su fúnebre cortejo los carros de Sabatini.

La corte duerme: dejémosla descansar en paz con sus miserias brillantes y sus vicios dorados.

(El *Miguelete*, octubre de 1856.)

VI.

EL CUMPLEAÑOS.

¡Un año más!... ¿qué importa esa quimera  
Que llama edad la insensatez humana?...  
Pasó el ayer, pero vendrá el mañana,  
Y eterno el justo de su Dios le espera.

Tú, que viviste en la virtud severa,  
Cuya alma noble por el bien se afana,  
En vano el tiempo en tu cabeza cana  
Quiere mostrar el fin de tu carrera.

Envejece del rostro la pintura;  
Se apaga el brillo de los claros ojos;  
La carne vil, la misera figura,

Son de los años fútiles despojos:  
*El alma vive, nunca envejecida,*  
*Eterna juventud, eterna vida.*

(*El Miguelete*, diciembre de 1856.)

## A CERVANTES.

Soldado audaz , filósofo profundo,  
 Rival de Homero y émulo del Dante,  
 Naciste, del ingenio astro brillante,  
 Asombro á ser y admiracion del mundo.

En la invencion y el arte sin segundo,  
 Quiso crear tu espíritu gigante  
 Y escribiste con letras de diamante  
 Un libro en risa y lágrimas fecundo.

¡Libro sublime!... absorto en su argumento,  
 Mientras el sencillo vulgo rie á escote,  
 Llora tal vez el sabio de amargura;

Y es que supiste allí —¡raro portentol—  
 Juntar en Sancho Panza y don Quijote,  
 Simpleza y discrecion, juicio y locura.

(La América, mayo de 1864.)

los seres tan diferentes en su físico, no podían estar conformes en su moral: donaban y recibían el uno, aunque pudiese un tanto en malicioso, miraba todas las cosas bajo un aspecto triste y ocupado en diversificar siempre á costa ajena. Vestía gustoso el mundo.

## VII.

contento con abandonar de este modo los cuidados que á él son ajenos; celoso y colérico la otra, imponía á cuanto la rodeaba. LOS CELOS. frecuentes sucesos de envidia, hasta temblar á D. Pánfilo con los efectos de su vergüenza. En un matrimonio semejante, el mal de la mujer el marido; pero como según el proverbio, nunca truenan los cerros cuando van de ellos no truenan, así como

## LOS CELOS.

## CUENTO TRAGI-CÓMICO.

En un lugar de España, de cuyo nombre no quiero acordarme, vivían contentos y satisfechos, ni envidiosos de nadie ni envidiados, D. Pánfilo Tragaldabas y su esposa Doña Timotea. D. Pánfilo era gordo, rechoncho y pequeñuelo; su nariz piramidal, y adornada en su cúspide de una enorme verruga, cubría las tres cuartas partes de su rostro encarnado y mofletudo: sus ojos castaños y vivos se dibujaban apenas al través del poblado bosque de sus cejas: su barba se sumergía entre la gordura de su abultado cuello, y su vientre semi-esférico parecía un tambor colgado de su cintura. Doña Timotea, por el contrario, era alta, seca y escurrida; sus carnes enjutas dibujaban perfectamente el armazón de su esqueleto; se alzaba su rostro prolongado y escualido sobre un cuello de cigüeña; sus facciones juanetudas formaban un vistoso grupo de prominencias, y sus ojos redondos parecían querer saltarse de sus órbitas. Estos

dos séres, tan diferentes en su físico, no podían estar conformes en su moral: bonachon y decidor el uno, aunque picaba un tanto en malicioso, miraba todas las cosas bajo un aspecto risueño, y ocupado en divertirse siempre á costa ajena, resignaba gustoso el mando, contento con abandonar de este modo los cuidados que á él son anejos; celosa y colérica la otra, imponía á cuanto le rodeaba el más furioso despotismo, y en sus frecuentes accesos de envidia, hacía temblar á D. Pánfilo con los efectos de su venganza. En un matrimonio semejante, el marido debía ser la víctima y la mujer el verdugo; pero como, según el proverbio, *nunca riñen dos personas cuando una de ellas no quiere*, aquellos ilustres esposos habían visto deslizarse su vida en una paz octaviana, sin que ningún accidente sério hubiese turbado nunca la armonía de sus monótonas ocupaciones.

Levantábanse todos los días muy temprano, poían su misa como buenos cristianos, tomaban después sendos púlpitos de chocolate de Astorga, comían á las doce el *indispensable* cocido, y después de haber echado la *correspondiente* siesta, se levantaban para merendar el *obligado* chocolate, rezar á las ocho el rosario *cuotidiano*, y volver á sumergirse en el mullido lecho, después de haber cenado el guisado *de costumbre*. Aislado en su felicidad, nunca había brotado de aquel tronco un vástago que dignamente le perpetuase; así es que las almas de los dos cónyuges habían tenido necesidad de buscar un objeto en quien depositar su cariño. Dos séres, pues, eran los únicos que participaban de su soledad;

dos seres irracionales, pero inteligentes y divertidos como ellos solos: una mona y un lorito. La mona se llamaba Casilda; el loro se apellidaba Guillermo. La mona era la *queridita* de D. Pánfilo; el loro era el *ojito derecho* de Doña Timotea. D. Pánfilo amaba á la mona porque le vengaba de la tiranía de su mujer, y Doña Timotea quería al loro porque era un verdadero espía de su marido. En efecto, no podía D. Pánfilo despegar sus labios, sobre todo para hablar á una mujer, sin que el loro refiriese punto por punto su conversacion á la celosa Doña Timotea; ni esta podía tampoco ordenar los muebles ó arreglar las habitaciones, sin que la mona se apresurase á poner en todo el más encantador desorden. Hé aquí porqué todo el cariño de D. Pánfilo hacía la mona era en Doña Timotea un odio manifiesto, y todo el amor de ésta hacía el loro era en D. Pánfilo una aversion decidida. Y como habiendo causas no puede menos de haber efectos, la crónica matrimonial refiere el siguiente caso.

Era una noche de diciembre: gruesos copos de nieve desprendidos de las nubes cubrian la aterida tierra y las altas techumbres de las casas—estilo romántico.—Soplaba un cierzo que hacía *chuparse las uñas*, y era tal la oscuridad que reinaba, que *no se veían los dedos de la mano*. La campana del reloj vecino habia dado las nueve, y el sacristan repicaba las de la torre para anunciar á los fieles la hora de rezar por los difuntos. Todo yacía en silencio. Las entreabiertas ventanas de una casa dejaban escapar al traves de los diáfanos vidrios un rayo de luz, que iba á perderse en las tinieblas.

De vez en cuando interceptaba este rayo un cuerpo, cuya sombra se proyectaba en los vidrios. Entonces se percibía un rumor de pasos lentos y pausados. Era D. Pánfilo, que envuelto en su bata, y cubierta con un gorro blanco triangular su venerable calva, arrastraba por su cuarto los pies embutidos en cómodos pantuflos. Ya hacía largo rato que Doña Timotea había ido á acostarse con el loro á su apartada alcoba, porque es de advertir que los dos esposos nunca habían dormido en un mismo lecho. La mona se había recojido también, y dormía sin duda á pierna suelta, porque se oía el ronquido de una respiración entrecortada por el sueño.

D. Pánfilo, relleno ya el ventrículo y algo desvelado, se hallaba en uno de esos momentos de meditación en que nos sumergimos á veces, digiriendo, por decirlo así, abundantes polvos de rapé, que desde su enorme tabaquera sorbia por sus no menos enormes narices. Por fin, cansado sin duda de medir el estenso salón, fué á arrellanar en una butaca su *botijudo* cuerpo. Allí, inclinada hácia atrás la cabeza, los pies cruzados uno sobre otro y los brazos abandonados á su natural gravedad, abismóse más todavía en sus ideas, hasta que sus pupilas fueron apagándose por grados, sus párpados se cerraron lentamente y su laringe comenzó á roncar al unísono con la de la mona. Por espacio de algunos minutos pudo escucharse en silencio aquel admirable dúo. Pasado este tiempo, ábrense de repente las puertas de la alcoba y una figura alta, descarnada y pálida, con algunos mechones de canas en desorden, envuelta en una larga túnica blanca y llevando una luz en la mano,

se precipita furiosa hácia el dormido D. Pánfilo. Aquella figura era Doña Timotea, Doña Timotea que ha visto un bulto en el lecho de su esposo y viene, devorada de los celos, á pedirle cuenta de infidelidad tamaña. Entonces comienza una escena terrible: la ofendida esposa ase al pobre D. Pánfilo del cuello y procura ahogarle, gritando con acento amenazador y colérico:

¡ Oh ! ¡ misero de tí , desventurado !  
 te he cojido *infraganti* ; no repliques ;  
 te haré botin de suizo , desdichado :  
 que ya no pongo á mi impaciencia diques .

Entre tanto D. Pánfilo hace esfuerzos desesperados para librarse de aquella mano de hierro, quiere articular alguna excusa, pero en vano. Doña Timotea clava cada vez más las uñas en el cuello de su enemigo. Y enmedio de aquella lucha mortal, álzase de repente una llama que, oscilando alrededor de D. Pánfilo, amenaza devorarlo completamente. Era la luz de Doña Timotea que, cayendo de repente, había prendido fuego á la bata de la desgraciada víctima. Esta hace un postrer esfuerzo, y desasiéndose de su verdugo, trata de apagar aquella llama... es ya tarde; el calor empieza á infiltrarse en sus carnes, tuesta ya sus escondidos huesos y D. Pánfilo, sintiéndolo, grita y patea y danza el baile más grotesco que imaginarse puede. De pie, enmedio del salon, estira y encoje sucesivamente sus piernas, hace oscilar su cabeza sobre su cuello, gira incesante alrededor sus ojos y zarandea á

uno y otro lado sus brazos , en tanto que Doña Timotea le contempla inmóvil , como contemplaba Neron el incendio de la opulenta Roma.

—¡Casilda! ¡Casildita mía!—gritaba la desventurada víctima, llamando á la dormida mona. —¡Casilda mía! ven á socorrer á tu amo en este apurado trance. —Pero la mona estaba sorda á sus voces , y el incendio iba propagándose cada vez más por el cuerpo del infeliz, que enmedio de sus desaforados gritos no abandonaba un momento su danza y sus contorsiones. Por fin, la llama llegó á penetrar en su rasgada boca, lamió la cúspide de su verrugosa nariz, y ya no quedó del ilustre D. Pánfilo mas que un cadáver ardiendo ante la furiosa Doña Timotea, que seguía impávida contemplando aquel espectáculo.

A los gritos de la víctima acude la ronda á la casa, echa por tierra la puerta despues de haber sacudido inútilmente la campanilla , penetra en la estancia de D. Pánfilo, y al querer interrogar á Doña Timotea sobre la causa de aquella catástrofe, esclama esta mujer furiosa con el acento de la virtud indignada:

Esas que veis, señores, tristes llamas, un cadáver en toston , mústias cenizas, fueron un tiempo Pánfilo mi esposo.

Yo quise ahogarle entre mis manos frias, mas no lo permitió su sino adverso: escrito está que á fuego moriria.

Fué aleve, fué traidor, infiel ha sido; quiso que otra mujer liviana, inícuca,

el castísimo lecho profanase  
 que yo le abandoné con fé sencilla;  
 y el cielo ha castigado sus maldades  
 dándole hoy una muerte tan impía.

Vengan ustedes y serán testigos  
 de la verdad de las palabras mías.

Entonces el alcalde y los esbirros se precipitan hácia la nupcial alcoba, guiados por la furiosa Doña Timotea; acércanse al lecho de D. Pánfilo y ¡oh Dios mío!

Descubren á la luz, en lontananza,  
 arropadita bien dentro del lecho,  
 á la mona rascándose la panza.

A la vista de aquel espectáculo, una carcajada universal resuena en las enjalbegadas techumbres, y los esbirros se apoderan de la viuda para conducirla á la prision, cargada de grillos y cadenas. La mona sigue lanzando al viento acompasadamente su melodioso ronquido, y una quietud sepulcral se apodera del sitio de la catástrofe. Por fin la aurora destierra las tinieblas de la noche, precediendo la llegada del astro del dia, y más madrugador que la mona,

Toma el fresco al balcon Guillermo el loro elevando su voz hasta los cielos,  
 y á todos cuenta con su pico de oro  
 aquella escena trágica de celos.

(*El Miguelete*, noviembre de 1836.)

Tal á mi pobre corazon natura  
 en su esplendor y magestad se ostenta;  
 preso de soledad en cárcel dura,  
 lejos del tierno amor por quien alienta;  
 insiente en su centro perenal vacío,  
 que cada instante acrece

de la ausencia fatal con el desvío

Venid á mí, los que bajo otro cielo  
 las tibias auras respirais apenas;  
 único alivio, bálsamo y consuelo  
 que puedo dar á mis amargas penas;  
 ¡oh! dulces prendas de mi dulce anhelo,  
 almas de encanto y de ternura llenas,  
 vosotros de mi sér vivos pedazos,  
 venid, volad á mis amantes brazos!

Y tú, amiga, que escuchas mis pesares,  
 tú, á quien mis cuitas y mi afan confío,  
 no me demandes frívolos cantares,  
 himnos de fiesta y de placer impío;  
 en tanto ¡ay Dios! que en apartados láres  
 no acudan ellos al acento mio,  
 ronco mi plectro está y desacordado,  
 mi corazon deshecho y desgarrado.

(*El Miguelete*, diciembre de 1856.)

después de haber devorado una por una las  
 sus escenas, preciso es confesar que hecádo en  
 gran parte el entusiasmo que de entonces tenemos  
 por esta comedia. Admirando el feliz pensamiento que  
 la había inspirado; espantado con el gusto que  
 se dio á la obra, y asombrado al ver que el público  
 se dio á la obra, y asombrado al ver que el público

## IX.

EL HONOR Y EL DINERO.  
 Un año hará que los aplausos tributados á una obra  
 dramática en el teatro del *Odeon*, de París, vinieron á  
 resonar en nuestros oídos. El público más ilustrado de  
 la capital de Francia, un público acostumbrado á ren-  
 dir culto á las bellezas del arte, acudía en tropel á  
 aquel coliseo; la prensa estaba unánime en considerar  
 cada representación como un triunfo escénico; la crí-  
 tica no encontraba más que elogios para la obra; el  
 gobierno mismo recompensaba al autor con honores y  
 riquezas; todo era vítores para el afortunado poeta:  
 parecía, en fin, haberse realizado para él en aquella  
 ocasión los dos fines á que aspira todo escritor concien-  
 zudo, honra y provecho, *El honor y el dinero*. Tal era  
 también el título de la comedia; el nombre del poeta,  
 Ponsard, autor de *Carlota Corday* y de *Lucrezia*.

Amantes de las letras, apasionados como el que  
 más del arte dramático, concebimos al punto el deseo  
 de leer y estudiar la obra que era objeto de tantas  
 ovaciones: cuando llegó á nuestras manos *El honor y*

*el dinero*, despues de haber devorado una por una todas sus escenas, preciso es confesar que decayó en gran parte el entusiasmo que de antemano teniamos por esta comedia. Admirando el feliz pensamiento que la habia inspirado; saboreando con placer el gusto clásico, la fluidez de la versificacion, la pureza y elegancia del estilo que resaltaban en ella, echábamos de ménos al mismo tiempo la *vis cómica*, la concision enérgica, el fuego de la pasion, el encanto del sentimiento, el interés de las situaciones, que constituyen la verdadera inspiracion poética. Era aquello, á nuestros ojos, una larga disertacion en verso, más bien que una comedia, sobre un asunto bello, sin duda alguna, simpático, moral, filosófico, pero bajo una forma seca, árida, fria y poco seductora para la escena. Ponsard no podia haber estado más oportuno al elegir el argumento de su drama. *El honor y el dinero* son los dos polos sobre que gira la sociedad culta, lo mismo en Francia que en España; el que se inclina al primero huye del segundo, y vice-versa, sucediendo tambien, por desgracia, que si hay personas que buscan el *honor*, hay más todavía que buscan el *dinero*. Era, pues, conveniente y de un interés actual, palpitante, el presentar á los ojos del público un cuadro de esas miserias sociales, en que los hombres aparecieran segun los móviles que los guian; honrados, si se dejan guiar por el honor; infames, si no tienen otras miras que el vil interés ó la avaricia sórdida. Pero tambien era preciso no contentarse con dibujar perfectamente ese cuadro, para que le admirase algun conoecedor ó

deleitara un momento la vista de los curiosos; se necesitaba además pintar bien las figuras, darles un colorido apropiado, adornarlas con tintas bastante subidas para que, sin dejar de ser exactas, impresionasen vivamente el ánimo del vulgo. En nuestra humilde opinion, *El honor y el dinero*, tal como habia salido de la pluma de Ponsard, carecia de estas últimas condiciones; era la obra del filósofo, faltaba en ella el poeta; encerraba el resultado de la observacion y del talento frio, carecia del calor del corazon, del fuego de la fantasia.

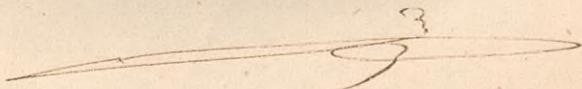
Esta comedia, nos dijimos entonces, merece concluirse, se concluirá sin duda; pensamientos como el que le sirve de base no suelen quedar incompletos; una inteligencia perfecciona lo que otra inteligencia crea; no se desdenó Moreto de acabar en *El desden con el desden* lo que Lope habia empezado en *Los milagros del desprecio*; Moratin y Corneille diéron la última mano á composiciones de Moliere y Guillen de Castro. ¿Seguirá alguno su ejemplo en este caso? ¿Habrá en *El honor y el dinero* quien pueda y quiera imitarlos?

Esto último nos parecia sumamente difícil. El escritor que lo intentára debería, en primer lugar, tener un corazon que latiera fuertemente á la voz del honor; un alma que respondiese como una cuerda vibrante á aquellos mágicos acentos de la comedia francesa; un fondo tal de probidad y de austera independenciam que se estremeciera de indignación ante el espectáculo de esa gangrena que corroe las entrañas de nuestra sociedad, el interés, tan anatematizado en la obra del

poeta del Sena. Esto en cuanto al hombre privado, en cuanto al escritor considerado en su vida moral y por decirlo así doméstica; porque ¿cómo hubiera espresado bien las verdades filosóficas de *El honor y el dinero* aquel que no las sintiese? ¿Es por ventura la poesía otra cosa que el sentimiento? Con respecto al escritor considerado en sí mismo, ¿de cuántas cualidades, de cuántas dotes de ingenio y de arte necesitaba estar adornado para poder desempeñar la tarea de que se trata! Fuerza de percepcion, que le pusiera en estado de comprender y asimilarse perfectamente los pensamientos ajenos; don de imitacion, bien entendido, que le hiciese capaz, sin copiar servilmente, de reproducir con exactitud el fondo del original; conocimiento profundo de nuestra escena, á fin de trasladar á ella de una manera apropiada á nuestras costumbres y nuestros gustos una fábula imaginada para otras costumbres, para otros gustos ajenos: finalmente, correccion en el lenguaje, pureza en la diction, armonia en el metro, elocuencia en la frase, brillantéz en el estilo, de modo que la forma española no desmereciese en nada de la forma francesa. Y con todo esto, *El honor y el dinero* no hubiera hecho mas que permanecer en su mismo grado de mérito; para que ganara, para que se convirtiese en buena comedia, sería preciso además prestarle todas aquellas condiciones de que ya hemos dicho que carecia.

Repetimos que semejante obra nos parecía sumamente difícil. ¿Quién habia de emprenderla? No serian ciertamente los traductores de oficio, que, acostumbrados á poner en mala jerga castellana las estrava-

gancias de los dramaturgos franceses, no habian de encontrar en *El honor y el dinero* nada digno de su oficio. Tampoco serian de fijo las medianías satisfechas, que enjaretan cada año media docena de plagios y rebuscos literarios, y despues se dan el tono de autores originales, proclamando en voz alta que ellos no copian ni imitan á nadie. ¡Desdichados rapsodistas, que ignoran ó afectan ignorar que la literatura, como todos los ramos del saber humano, no sería nada sin la imitacion, y que aun los ingenios de primer orden no han hecho nada sin haber imitado! Así Virgilio imitó á Homero, el Tasso imitó á Virgilio, los Romanos imitaron á los Griegos, nosotros imitamos á los Romanos, y ningun hombre, por grande que sea, puede decir que ha creado por sí solo una obra completa. ¡Gracias, si alguna de esas criaturas privilegiadas, alguno de esos genios que de vez en cuando arroja Dios al mundo para confundir á la humanidad y demostrar su poder infinito, añade una piedra al edificio que otros empezaron! ¡Gracias que en el teatro sean alguna vez originales Calderon y Shakespeare, esos dos semi-dioses del arte, sin que pretenda escalar sus altares tanto y tanto idolillo como algunos falsos apóstoles recomiendan todos los dias á nuestra admiracion y aplauso! No serian, pues, lo repetimos, estos insípidos fabricantes de letras los que se *rebajasen* hasta el extremo de imitar la comedia de Ponsard. Ni menos esos otros falsificadores que tienen la triste habilidad de desfigurar las obras ajenas, apropiándose despues con sin igual audacia la honra y el prove-



cho que aquellas producen. Para esta especie de grajos, las plumas del poeta francés tenían colores demasiado graves, y no podían engalanarse con ellas de modo que llamasen la atención del vulgo, el cual no gusta generalmente más que de relumbrones y arlequinadas.

Por fortuna, al tender la vista en derredor nuestro, encontrábamos hombres respetables encanecidos en el cultivo de las letras, frentes coronadas del laurel de la gloria, dignamente arrancado del árbol de la poesía, ingenios concienzudos, una juventud amante de lo bello, una pleyada brillante, que alumbraba hoy nuestra escena con luz propia y que nada tiene que agradecer á los astros moribundos de otros países extraños. Pero estos favoritos de las musas ¿querían emprender la tarea ingrata de restaurar un cuadro debido á otros pinceles, para que despues la envidia ó la maledicencia los acusase de plagiarios, reclamando para el pintor primitivo toda la honra de su trabajo? ¿tendrían bastante abnegacion para hacer el sacrificio de su nombre en las aras del arte? Ellos que, animados del soplo divino, partícipes de aquella inspiracion que elevó á los grandes maestros hasta las esferas de la fama, encontraron en su corazon y en su inteligencia las bellas concepciones que han enriquecido nuestro teatro, ¿consentirían en concluir la obra ajena, pudiendo producir quizá con menos tiempo y estudio una propia?

Era sin duda poco probable, y ya casi habíamos desconfiado de ver realizados nuestros deseos, cuando

los carteles del *Teatro del Principe* nos anunciaron la comedia *El honor y el dinero*, escrita sobre la de F. Ponsard, de este mismo título. Corrimos presurosos á aquel coliseo, en la noche de la primera representacion, y ¡cuál no fué nuestra sorpresa al ver una obra nueva, aunque completamente basada sobre la obra francesa! El pensamiento era el mismo, la fábula parecida, los caractéres semejantes, ¡pero cuán distinto el plan, cuán mejoradas las situaciones, cuánto más acabada la forma! Vimos, desde luego, condensada la accion en cuatro actos, de los cinco en que está dividido el original; el primero y el segundo de este último refundidos en uno; en el segundo presentado un nuevo personaje, el esposo destinado á María, aquel D. Juan cuya figura aparece entonces tan oportunamente, como la personificacion del *dinero* triunfante, al lado del *honor* humillado por el mundo: ese mismo personaje, reproducido con sumo tino en el tercer acto, y convertido por último en el cuarto en instrumento de tortura para el avariento padre, que le habia concedido, por ser rico, la mano de su hija. Encontramos, sobre todo, el cuarto acto original en su mayor parte, y no pudimos menos de oir entusiasmados desde el principio de la comedia aquellos magníficos versos, que eran otras tantas perlas engarzadas en la joya de Ponsard.

Sirvan de ejemplo los siguientes del segundo acto, en que, condenando Adolfo los matrimonios llamados de conveniencia, esclama en un apóstrofe á los padres:

¡Oh! cuando, al coger los frutos,  
 de tan impías uniones,  
 os levantaiis implacables  
 gritando inmoralidad;  
 si habeis conciencia, callad;  
 vosotros sois responsables.

Guardad quejas tan prolijas  
 en lo más hondo del pecho,  
 y llorad sobre el deshecho  
 limpio honor de vuestras hijas.

Y si á una torpe ambicion  
 sacrificarlas quereis,  
 fuerza es que les arranqueis  
 al nacer el corazon:  
 pues de otra suerte, el imperio  
 paternal haceis odioso,  
 y al darles un mal esposo,  
 les brindais el adulterio.

Y estos otros del acto tercero, en que Cárlos, desesperado y casi arrepentido ya de su heroica accion, prorrumpe en gritos de indignacion, que procura calmar Adolfo:

CÁRLOS. ¡Ruín honor!!!

ADOLFO. ¡Blasfemia impia!

CÁRLOS. ¡Oh! ¡si las cosas tuvieran  
 un rémedio!... ¡si se hicieran  
 dos veces!

ADOLFO. ¿Cómo?

**CÁRLOS.** Hombres en la intriga diestros,  
 que haceis del vicio una ciencia,  
 hombres sin fé, sin conciencia...  
 ¡plaza!... yo soy de los vuestros!  
 —Usted, á quien ver consigo,  
 por ser á su honor alevé,  
 hecho ídolo de la plebe...  
 ¡toque usted, yo soy su amigo!  
 —Usted, logogrifo humano,  
 ambulante peripecia,  
 que por el oro desprecia  
 la virtud... ¡venga esa mano!  
 —Relajado libertino,  
 á quien la palabra asusta,  
 mientras el pecado gusta...  
 ¡toca, porque te adivino!  
 —Petardistas, renegados,  
 usureros y bribones,  
 de todas las condiciones  
 y de todos los estados,  
 ¡salud!... ¡nosotros debemos  
 estrechar nuestra amistad;  
 si, mezquina sociedad,  
 nosotros te comprendemos!  
 Nada importa que el desdoro  
 echemos con fin siniestro  
 sobre tí, ¡ya el mundo es nuestro!  
 ¡silencio!... ¡tenemos oro!!!

En suma, asistíamos á la representacion de una comedia clásica, con una fábula sencilla pero bien conducida, con una moral derivada de los hechos, con un interes creciente, con un desenlace natural y rápido, con un diálogo digno del siglo de oro de nuestro teatro. Habian desaparecido de la obra francesa la languidez, la frialdad, la monotonía, sustituyéndose con la animacion, la vida, el sentimiento: no tropezábamos ya á cada paso con aquellos largos y pesados discursos de una lógica fria, sino con los vehementes arranques de la pasion; á la palidez de las tintas habia sucedido la viveza del colorido; todo el cuadro habia adquirido un no sé qué de vigor y de frescura; las figuras se destacaban mejor del fondo; sus contornos eran más delicados; habíase esparcido por toda la composicion un soplo de inspiracion, un suave perfume de poesía. Tal aparecia á nuestros ojos la regenerada comedia: nosotros habíamos buscado inútilmente en Ponsard lo que entonces se nos ofrecia á manos llenas, la mágia, el atractivo, el encanto que nos deleitaba en aquel espectáculo: el poeta francés nos habia inspirado respeto, el poeta español nos infundia admiracion y entusiasmo.

Observábamos con placer que los personajes franceses se habian convertido en personajes españoles, puramente españoles, de esos á quienes uno ve todos los dias, á quienes contempla brillar en el mundo, escalar el poder, atesorar las riquezas, y figurar, en una palabra, de la misma manera que figuran en *El honor y el dinero*. Es cierto que en nuestra sociedad no abundan tanto como en la sociedad francesa; pero no por

eso dejan de existir en ella, con otros nombres, con otros títulos, con otro lenguaje, en otras circunstancias, pero con los mismos caractéres y casi con los mismos hábitos. Carlos se presentaba quizá ante nosotros como un hombre extraordinario, no imposible; un poco ideal, no absurdo; pero esto nos bastaba, como basta para el arte, el cual no va por cierto en pos de la verdad real, sino de la verosimilitud, de la verdad absoluta. Lo mismo pensábamos de Adolfo y de don Juan, á quienes no podíamos considerar como personajes históricos, que únicamente existen en París ó en otro pueblo determinado, en tal ó cual época, en tal ó cual punto del globo, sino como abstracciones filosóficas, como creaciones de la fantasia, á quienes basta reunir en sí cualidades que puedan adunarse en un hombre cualquiera, para que figuren sin inconveniencia en en una obra dramática.

Sorprendiónos sobre todo agradablemente la escena entre D. Juan y D. Luis en el acto cuarto, porque no se halla en la comedia francesa, y porque, adivinando la intencion del poeta español, creimos sumamente acertado castigar á aquel padre avariento, haciéndole ver todo el cinismo y la abyeccion del yerno que habia elegido. En esta situacion notamos un tino exquisito de parte del autor para llevar á cabo el fin moral que se habia propuesto, sin hacer demasiado repugnante el carácter de D. Juan.

En resúmen, el trabajo del poeta español nos satisfizo como el complemento del que habia hecho el poeta francés; pedir más, hubiera sido, en nuestro concepto,

pretender casi un imposible; esto es, una obra sin defectos, cuando tantos habia sido preciso corregir; una composicion llena toda de bellezas, cuando tantas se habian aumentado. Unimos, pues, nuestros bravos y nuestros aplausos á los del público, para llamar á la escena al concienzudo é inspirado vate, como un premio que juzgábamos debido á su mérito, porque para nosotros tambien crea el que perfecciona, y solo á fuerza de repetidas instancias tuvimos el gusto de que se nos presentara, ¿para qué?... para declarar con el rubor en la frente, delante de toda aquella ilustrada asamblea, que ese premio que le tributábamos se le reservase á PONSARD, sobre cuyo primer plano habia él levantado el edificio de la comedia.

Semejante *declaracion*, acogida con admiracion y asombro, como no podia menos de serlo, en una época en que pasa por una escepcion rarísima un rasgo de modestia, acabó de completar la idea que nosotros nos habíamos formado de antemano del escritor que acometiese la tarea de españolizar *El honor y el dinero*. Ese escritor era un poeta, un jóven ya ventajosamente conocido por otras obras escénicas, D. JUAN DE LA ROSA GONZALEZ, autor de la linda comedia *Con razon y sin razon*, de la cual conserva aun el público gratos recuerdos. Como nosotros habíamos previsto, sacrificaba su gloria á la gloria de PONSARD, pero la sacrificaba, inmolándose él mismo, por su propia mano; y siendo el colaborador del poeta francés, habiendo partido con él el trabajo y los esfuerzos del ingenio, no queria que, al concederse el premio, se le tuviese en cuenta para

nada. De esta manera desarmaba, tal vez sin saberlo él mismo, la murmuración de los envidiosos; pero permítasenos aquí, por más que esta se subleve, protestar, como elocuentemente ha protestado el público, contra una abnegación tan injusta, y reclamar, en nombre de la equidad, para el SR. DE LA ROSA GONZALEZ, una parte al menos, la mitad de esa gloria, que él tan generosamente quiso ceder al escritor del Sena. La gloria de *El honor y el dinero* no pertenece solo al SR. DE LA ROSA; pertenece también á las letras españolas, en las cuales refleja: el derecho de concederla ó negarla es solo del público y de la crítica, y ambos están acordes por esta vez en repartirla por igual entre los dos poetas.

(*La Nación*, febrero de 1854.)

## EL ANOCHECER EN PRIMAVERA.

Ya tienden su oscuro manto  
sobre la tierra las sombras,  
y huye el sol tras las colinas  
á más apartadas zonas;  
la tibia luz del crepúsculo  
apenas los campos dora,  
y á su resplandor escaso,  
que los cielos tornasola,  
ráfagas de fuego y grana  
el horizonte coloran.

Ya las auras vespertinas,  
que dormían perezosas  
del jardín entre las flores,  
del árbol entre las hojas,  
en el césped de los valles  
y del arroyo en las ondas,  
rápidas alzan su vuelo,

cual bandada de palomas,  
y por la ardiente campiña  
vienen y van revoltosas,  
llevando frescos perfumes  
entre sus alas sonoras.  
Magnífica está la tarde,  
apacible está la sombra:  
ni aun el vapor más liviano  
empaña la pura atmósfera;  
irguen su tallo los lirios,  
abren su cáliz las rosas,  
el girasol veleidoso  
al occidente se torna,  
y la nevada azuzena,  
desplegando su corola,  
aire y espacio embalsama  
con sus fragantes aromas.  
Todo calla, todo yace  
en soledad silenciosa;  
calla el colorin pintado,  
calla la tímida tórtola,  
calla el pajarillo oculto  
en la enramada frondosa,  
calla el ruisenor amante  
y callan las aves todas,  
que están durmiendo en sus nidos  
y aguardan la nueva aurora.  
Hasta el fugaz arroyuelo,  
cuyas cristalinas olas  
serpean de la pradera

por la pintoresca alfombra,  
 diríase que suspende  
 su corriente bullidora,  
 y que más lento camina,  
 porque ménos se le oiga.  
 Solo el silencio interrumpe  
 las ovejas baladoras;  
 el canto del pastorcillo  
 que las guía por la loma,  
 del fiel mastín ayudado,  
 hácia las vecinas chozas;  
 ó la rana vocinglera  
 que á la laguna se asoma,  
 ó ya el áspero chirrido  
 de la cigarra monótona.  
 Allá á lo lejos las casas  
 véense de la aldea próxima  
 con sus pajizos tejados,  
 cuyas chimeneas brotan  
 densas espirales de humo  
 que en los aires se remontan.  
 Acaso el sendero cruza  
 algún labrador, que torna  
 de hendir en penosos surcos  
 la madre tierra que abona,  
 y alegre y feliz á un tiempo,  
 ginete en su mula torda,  
 al son de un aire sencillo  
 tiernos cantares entona;  
 y acaso alguna aldeana,

que el campesino enamora,  
le aguarda ya en el sendero,  
cuanto inquieta cariñosa,  
y tras las dulces caricias  
que mutuamente se roban,  
él en sus brazos la estrecha  
y ella á la grupa se monta.  
Mas ya desaparece el día,  
ya la luz muere en la sombra;  
las campanas de la torre  
lanzan sus vibrantes notas,  
anunciando á los cristianos  
que es de la oracion la hora;  
de algun torreón morisco  
sobre las almenas góticas  
canta el agorero buho  
con su voz triste y medrosa:  
tal cual estrella aparece  
del cielo azul en la bóveda,  
y el solitario murciélago  
deja su morada ignota;  
hasta que, al fin, de la noche  
las tinieblas misteriosas  
del vacilante crepúsculo  
la luz moribunda ahogan.

(*El Miguelete*, febrero de 1857.)

## LA FIESTA DE UN LUGAR.

Las doce han dado en el reloj de la torre, y ya circula por las calles multitud de labradores, que abandonan los campos y se apresuran á acudir á sus hogares, donde les aguardan la mesa puesta y preparada la ropa *dominguera*, con que han de engalanarse para concurrir á la procesion de la tarde.

Las mujeres han hecho festivo este dia para ayudar al sacristan, que desde el amanecer se ocupa en arreglar la iglesia, limpiar las telarañas, colgar las paredes y la balaustrada del coro, poner á la Virgen la blanca toca, lavada y planchada por la sobrina del cura, la corona y los anillos de pedrería, regalo del primer comendador de Calatrava.

Los músicos que han llegado de la inmediata ciudad ensayan ya la *Salve* y los walses que han de tocar en la procesion.

Por fin suenan las seis de la tarde; las campanas

agitan como locas sus lenguas de metal; jóvenes y ancianos acuden al templo con sus correspondientes velas de cera; el párroco, adornado de la mejor capa pluvial y asistido de los demas sacerdotes, entona el principio de la *Salve*, y la orquesta lanza repentinamente sus brillantes melodías. La iglesia está radiante de esplendor: infinidad de luces coronan los altares y vienen á reflejar sus rayos en las antiguas cornucopias que adornan las paredes; la albahaca y las azucenas embalsaman la atmósfera, y los incensarios agitados por los ordenados de prima tonsura despiden columnas de humo, que se elevan en espiral, formando una nube en derredor de las santas imágenes. La multitud ora humildemente prosternada, y el solemne silencio que reina es solo interrumpido de vez en cuando por el murmullo del rezo de una vieja, por los suspiros de alguna doncella, cuyos vestidos se rozan con el calzon de su novio, ó por los chirridos del órgano que desafina el sacristan á fuerza de porrazos para producir arpegios. Entre tanto el director de la orquesta se impacienta porque no le dejan llevar el compás; los devotos se escandalizan por el ruido; el alcalde mira hácia el coro como para indicar que haya más orden; los alguaciles recorren la iglesia para conservarle; los monaguillos gritan, chillan los muchachos, el sacristan pateá, los viejos gruñen, y los jóvenes se aprovechan de esta ocasion para ocuparse de su tema favorito, para hablar de amores.

En medio de tanta confusion y desorden, concluye la *Salve*, calla la orquesta, el órgano suprime sus chir-

ridos, el sacerdote desaparece, las luces se apagan, á escepcion de alguna que otra cerilla, que todavía arde en honor de San Roque ó Santa Lucia, y los mozos, colocados á la puerta del templo, inundan de agua bendita las manos de las doncellas, recibiendo de estas en cambio alguna flor, que ostentan despues en sus chaquetas cortas ó en sus redondos sombreros.

La fiesta sagrada cesa y dá principio la profana. La plaza se va llenando de gente; las guitarras y las bandurrias preludian ya los bailes nacionales; las castañuelas repiquetean, agitadas por manos hábiles; cada mozo se ha colocado frente á su pareja en una actitud coreográfica; de repente suena el gaitero su tambor y comienza el baile, bullicioso, agitado, inquieto, con sus codazos, sus miradas, sus apretones, sus gestos. Allí las lenguas callan y enmudecen los labios; pero hablan los ojos por medio de sus miradas; hablan las manos, unas veces caidas con desden, otras apoyadas seductoramente en las caderas, ya estendidas hácia adelante en ademan de abrazar ó ya movidas con inquietud á uno y otro lado; y todo está en medio de aquella música sencilla, alegre, encantadora, que arrebatada, que exalta, que enajena el ánimo, á cuyos sonidos se agitan involuntariamente los miembros, como se conmovian las rocas á los acentos de la lira de Orfeo. Las parejas formadas en peloton, sin orden, sin regularidad alguna, mezcladas, confundidas, apiñadas unas con otras, se agitan en todas direcciones, presentando un espectáculo curioso. Aquí el galán corre desalentado tras su dama, que huye de él desdeñosa y esquiva;

allí, por el contrario, la dama es quien persigue á su galán que se le escapa; acá dama y galán, satisfechos uno de otro, se entregan al contento que les inspira el verse correspondidos, y saltan y brincan como locos; acullá los dos alegres, risueños, juguetones, se unen y se separan, se esquivan y se juntan, se buscan y se desdennan, con las miradas de fuego, con las sonrisas inefables, con los pechos palpitantes. Y cuando más absorto está cada uno en la contemplacion de su pareja, cuando ya se entrelazan las manos, cuando se confunden las respiraciones, cuando casi se tocan los labios, el gaitero hace resonar su tamborcillo y todo el mundo despierta de aquella especie de agitado sueño.

Entonces mozas y mozos, inundados de sudor, se apresuran á llamar al *alojero*, que discurre por la plaza con la garrafa á cuestas; y todos, despues de remover los gznates, se acercan á los puestos de los vendedores, cuyas lenguas, mudas durante el baile, se han desatado al toque del tambor para pregonar toda clase de golosinas.

Entre tanto llega la noche: los puestos de venta se coronan de infinidad de farolillos de papel; los mozos encienden enormes teas, y caminan aquí y allá inundando de confites las faldas de las muchachas. Suena la hora de cenar, y la plaza queda desierta y silenciosa en un momento; pero no tarda en recobrar su animacion con la llegada de los mozos que, despues de repleto el ventrículo, acuden con panderetas, hierros, bandurrias, guitarras y toda clase de instrumentos



para dirigirse desde allí á hacer la acostumbrada é indispensable ronda. Entonces todos, formados en cuadrilla, recorren las calles cantando y tocando alegres jotas y bulliciosas seguidillas; páranse á las rejas de las respectivas casas en que habitan las novias, y entonan amorosos cantares, recibiendo en cambio parabienes que llenan de orgullo sus corazones, bollos y mantecados que refuerzan sus estómagos, y sendas copas de aguardiente y rosoli para *remojár la palabra*. Ni falta doncella que, habiéndose acostado por obedecer las órdenes de su padre, se levanta azorada é inquieta al escuchar aquella copla:

Asómate á esa vergüenza,  
cara de poca ventana, etc.

Y corriendo á ella, en efecto, tal vez en paños menores, la abre de par en par y se apresura á dar la bienvenida á su novio, que en su interior maldice las sombras que le ocultan tantos encantos. Los primeros rayos de la aurora vienen á interrumpir sus dulces coloquios, y toda la ronda se dispersa dando treguas al placer para proporcionar algun descanso al fatigado cuerpo.

A las diez de la mañana anuncian ya las campanas que es hora de asistir á misa mayor, y el ayuntamiento pleno, precedido de la gaita y el tamboril, y seguido de todo el vecindario engalanado con el traje de fiesta, acude al templo á escuchar el sermón que ha de predicar el señor cura en alabanza de la Virgen.

Concluida la misa, vuelve el gaitero á conducir á casa

del alcalde á los individuos del ayuntamiento, al son de una marcha antigua pero majestuosa, y todos los vecinos empiezan á hacerse mútuas visitas, poniendo á contribucion en cada una de ellas la bodega y la despensa del visitado.

Las horas restantes hasta la caída de la tarde se emplean en prepararse para asistir á la procesion, que anuncian las campanas con sus lenguas de metal, vulgo *badajos*. Esta ceremonia está dispuesta del modo siguiente.

Abren la marcha los *estandartes* y la *manga*, sostenidos por las *notabilidades de la banca* del pueblo; siguen los acólitos, jadeando por empinar los faroles; caminan despues los músicos, cantando un himno en loor de la Virgen, cuyas andas, sostenidas por los mancebos más robustos, están rodeadas por el párroco, vestido de capa pluvial, los demas sacerdotes del pueblo, adornados con blancas y rizadas sobrepellices, el sacristán y todos los *señores de justicia*; por último, cierra la marcha un peloton de hombres, muy arropados con capas nuevas en el mes de setiembre, que van alumbrando á la imágen con enormes hachas de cera. En todo el tránsito de la carrera llueven de las ventanas confites y flores sobre las andas de la Virgen y las cabezas de cuantos la rodean, en tanto que numerosas salvas, disparadas desde la calle y los tejados, vienen á mezclar su estrépito con el zumbido de las campanas y con los desentonados cánticos que se oyen por todas partes.

La procesion termina, y ya solo se trata de los no-

villos que deben lidiarse al siguiente dia. Todos los vecinos se reunen; cierran con carros y carretas la plaza y las boca-calles por donde han de pasar las reses; y montando despues en jacas, burros y toda clase de cuadrúpedos acémilas, se arman de enormes picas y se dirijen al soto. Ya han conseguido reunir el ganado, y entre latigazos, voces y silbidos, le conducen por el camino en direccion al lugar de la fiesta, cuando un cabestro espantado tuerce hácia una vereda inmediata, arrastra tras sí las demas reses, y todas huyen en dispersion completa.

Corro yo, pues, armado de pica y á caballo en un rocín, á ayudar á los *encerradores*; y si entre todos volvemos á coger, como no dudo, los fugitivos novillos, te prometo, lector amable, que verás la corrida desde una grada de sombra en las columnas de este periódico.

¿Estás colocado, lector amigo, en el asiento de grada cuyo billete te reservé anteriormente? Préstame, pues, atencion porque va á empezar la corrida; las reses han llegado con toda felicidad y ya están encerradas en el corral de la tia Engracia, el cual sirve de toril, á falta de otra cosa, porque su puerta principal da á la plaza.

Las boca-calles están obstruidas por infinidad de carros y carretas; penden de las rejas gruesas sogas, con ayuda de las cuales han de ponerse los mozos fuera del alcance de los cuernos del toro; todos aquellos cuya principal virtud es la prudencia, ocupan ya el mal per-

geñado andamio que sirve de tendido á los hombres; las mujeres empiezan á subir tambien al suyo, que á modo de vasar se ostenta en la fachada de la iglesia, formado de tablas horizontales sostenidas por maderos implantados en la pared del templo. Aquel lugar de salvacion no tiene escaleras por medio de las cuales comuniquen con el suelo; una soga de esparto y una polea vieja constituyen la máquina que sirve para depositar en él á las mujeres, al modo que los albañiles suben á la altura que necesitan las espuertas de yeso y otros materiales que entran en la construccion de un edificio. Los maridos y los novios tienen el privilegio esclusivo de practicar esta operacion, asi como tambien el de recoger los bajos de los vestidos para ocultar á las miradas de los curiosos aquellas partes que la decencia no permite descubrir, frustrando de este modo las esperanzas de algun galan que tal vez está repitiendo por lo bajo:

¡Bien haya ese guarda-pies,  
que apenas es guarda-piernas!

Por fin se llena de espectadoras el tendido-vasar, corona multitud de cabezas el campanario de la torre y los tejados de las casas, las ventanas se inundan de gente, los carros y las carretas gimen bajo el peso de multitud de chiquillos armados de largas varas y enormes garrotes; los mozos se pasean por la plaza aguardando la salida del novillo para capearle; aparecen los individuos del ayuntamiento en el balcon de la casa consistorial; el alcalde hace la seña, redobla el gaité-

ro en su tamboril , y la puerta del corral de la tia Engracia da paso á la fiera que, intrépida y recelosa , se arroja bramando en medio de la multitud. Un clamor unánime de ahullidos, silbos, gritos y chillidos, saluda su entrada en la plaza; al instante llueven , como por encanto, sobre su cabeza, palos , piedras , chaquetas, sombreros y cuantos objetos hallan á mano todos aquellos espectadores que apiñados , confundidos , amontonados, se asemejan á un enjambre de abejas vagando en derredor de una colmena, ó á una bandada de grullas cruzando los aires en direccion á remotas tierras.

A tan repentino ataque párase la fiera sorprendida; dirige vagas miradas á todas partes ; amenaza con sus terribles bramidos , y cuando conoce que aquella multitud se burla de ella y la acosa y la provoca por todos lados, se irrita y la rabia hierve en su pecho, escarba la tierra, lanza un resoplido de cólera, su hocico se baña de espuma y fijando en un grupo sus rasgados ojos, que centellean y parecen querer saltarse de sus órbitas, arranca tras sus cobardes enemigos, los cuales huyen en tropel despavoridos y trémulos á buscar su salvacion en las barreras, en las rejas y en el tendido. Fatigada, rendida, jadeante, vuelve la fiera al medio del circo á buscar un objeto en que saciar su coraje, y al divisar una figura de hombre que, inmóvil y tiesa, se mantiene delante de sus ojos, sobre un caballo flaco, escualido, moribundo, desechado de la caballeriza de algun labrador, despues de contar luengos años de servicio, arremete con furia y haciendo rodar por el polvo á caballo y caballero, tiñe sus afilados cuernos en la

sangre de la triste cabalgadura y los enjuga y limpia en la paja que constituye el cuerpo del *cabalgador*.

Así consume sus fuerzas el noble animal, y cuando ya por su cansancio no puede servir de juguete á la bulliciosa multitud, toca el gaitero el obligado redoble en su tambor, se abre la puerta del toril, y al ruido de los cencerros de los cabestros, vuelve el novillo á ser conducido al corral entre gritos, palos, pedradas y silbidos.

De repente un chillido agudísimo viene á herir los oídos de los espectadores: todo el mundo se levanta, salta de sus asientos y se dirige hácia el tablado de las mujeres; los mozos acuden presurosos y en tropel, el balcon del ayuntamiento se despeja, los señores de justicia intervienen en el tumulto, por todas partes se escuchan gemidos y sollozos, las lágrimas caen á torrentes, la confusion crece, aumenta el desórden, y en medio de aquel *mare magnum* todos hablan, gritan, juran, vienen y van de una á otra parte, sin que nadie sea capaz de entenderse. Por fin, se averigua la causa de aquel alboroto; se han hundido algunas tablas del tendido-vasar y multitud de mujeres viejas y jóvenes, feas y bonitas, casadas y doncellas, han caído en peloton con los chiquillos, enganchadas unas con otras; envueltas en sus faldas, arremolinadas por decirlo así, y yacen heridas y malparadas por el suelo. ¡Cuántas de ellas han descubierto el objeto de su recato! ¡cuántas otras han enseñado á sus galanes lo que hasta entonces les habian ocultado cuidadosamente! Y entre tanto los indiferentes rien á su sabor al contemplar aquel espectáculo, agudos silbi-

dos resuenan en todos los ángulos de la plaza, los muchachos hacen chascar sus látigos de cáñamo, y el alcaide se impacienta y patea y hiere el suelo con el medio pino que, á guisa de vara, empuña en su diestra, sin que por más que grita y amenaza, por más que destaca á los alguaciles por todas partes, pueda conseguir aplacar aquel alboroto, aquella risa universal, aquella carcajada unánime.

Por fin, las mujeres se levantan desgrenadas y polvorosas, ocultando entre sus manos la vergüenza que acude á sus rostros en encendidas tintas de carmin. El tumulto cesa, los carpinteros clavetean las rotas tablas, y la interrumpida fiesta continúa á los gritos de la multitud, que esclama entusiasmada: *¡El toro de muerte! ¡El toro de la Virgen!* Entonces resuena el redoble del tamboril, la puerta del corral se abre, todas las miradas se fijan en ella, y cuando los espectadores esperan impacientes la salida de la fiera, solo un perrillo dogo, estropeado y asqueroso, aparece ahullando en medio del circo. Una carcajada saluda al recién llegado y los mozos se precipitan en el toril para averiguar la causa de aquella tardanza; pero ¡oh, sorpresa! las tapias eran muy bajas y el toro, salvándolas sin duda, ha escapado á la furia de sus perseguidores. Al escuchar tan fatal noticia, la plaza queda completamente desierta, y todo el mundo echa por las calles en busca de la fugitiva víctima; ¡en vano! El toro no parece por ninguna parte y ya se vuelve hácia el pueblo desconsolada y triste la *columna expedicionaria*, cuando al pasar por la puerta trasera de la iglesia,

el cura que la vé abierta y contempla aquel movimiento desde su ventana, concibe una idea terrible y esclama con acento de terror: *¡El toro está en la iglesia!*  
*¡El toro está en la iglesia!* Esta noticia corre de boca en boca; todos los ánimos se llenan de espanto; las campanas empiezan á tocar á rebato; se manda abrir la puerta principal del templo, y el cura, persuadido de que el demonio se habia introducido en el cuerpo del animal, y por eso estaba profanando el lugar sagrado, se acerca á la puerta maldita con el hisopo en la mano, murmurando conjuros y exorcismos. Por fin el endemoniado toro sale del templo, y halla su muerte á manos de aquella multitud, que á su ferocidad ordinaria une ahora la supersticion que le han inspirado las palabras del venerable párroco. Este, ayudado del sacristan, inunda la profanada iglesia de agua bendita, y despues de un rosario que rezan devotamente todos los vecinos, termina la fiesta con la luz del dia que va á ocultarse tras el lejano confin del Occidente.

(*El Miguelete*, febrero de 1857.)

XII.

EN LA MUERTE DE PALAFÓX.

El héroe ha muerto: en eternal reposo

Yace en la tumba solitaria y fria;

Al escuchar sus ayes de agonía,

Allá en la suya sonrió el *Coloso*.

¡Ay! ya no late el pecho generoso

Del que á su patria defendió algun día,

Cuando en la dura esclavitud gemía,

Lleno de rabia el corazon brioso.

Su muerte llora el genio de la guerra;

El castellano leon ruge con saña;

Baja la frente y la rodilla en tierra,

Gime á su lado la angustiada España;

Visten luto los bélicos pendones,

Y en son medroso truenan los cañones.

(*El Miguelete*, febrero de 1857.)

## À LA EMINENTE TRÁGICA A. RISTORI.

Rayo te admiro de venganza en *Camma*;  
Martir de castidad, te lloro en *Pia*;  
Reina y amante viéndote en *Maria*,  
Adoro en tí la víctima y la dama.

En *Judit* de tu fé la ardiente llama  
Mi corazon extático encendia,  
Y al mirarte en *Medea*, el alma mia,  
De la tuya á la par, detesta y ama.

¿Quién eres tú que así de las pasiones  
La tempestad desatas... cuyo acento  
Ya me sumerge en piélago profundo,

Ya me arrebatara á empireas regiones?  
Diosa del arte, el soplo de tu aliento  
Crear pudiera de la nada un mundo.

## ESTUDIOS FILOLÓGICOS.

Suelen mirarse con indiferencia y aun despreciarse por los *esprits forts* literarios, considerándolas como de escasa ó ninguna importancia, las cuestiones de palabras; y sin embargo, apenas habrá alguna que no participe más ó ménos de este carácter. Cuestión de palabras y solo de palabras es la nomenclatura científica, de la cual dice Lavoisier que es imposible separarla de la ciencia misma.

«La palabra, añade el ilustre químico, aunque refiriéndose solo á las ciencias naturales, debe producir la idea y esta presentar el hecho: son tres copias de un mismo cuño; y como las palabras conservan y transmiten las ideas, resulta que no puede perfeccionarse el lenguaje sin tocar á la ciencia ni viceversa, y que, por ciertos que fuesen los hechos y verdaderas las ideas que de ellos se tuvieran, transmitiríamos impresiones falsas si nos valiésemos de palabras inexactas para explicarlos.»

«Crear una ciencia, ha dicho tambien Destutt-Tracy, es crear el idioma de ella,» y no faltan ideólogos que consideran como una misma cosa la facultad de hablar y la de pensar, por cuanto las ideas no pueden, segun ellos, analizarse, ni aun con el pensamiento, sino á medida que se inventan los signos con que las representamos.

Sin duda hay exageracion, y grande, en esta última doctrina, que, admitida en todo su rigor, nos conduciria á negar al sordo-mudo las ideas, porque carece del don de la palabra; pero no por eso es menos cierto que el lenguaje puede y debe considerarse como un instrumento necesario, no solo á la expresion, sino tambien al desarrollo del pensamiento.

«No pensamos, dice Condillac, sino por medio de las palabras; los idiomas son verdaderos métodos analíticos; el álgebra, que es la lengua más sencilla, la más exacta y la que mejor llena el objeto de espresarse con toda generalidad, es á la vez un lenguaje y un método analítico; el arte de raciocinar se reduce á un idioma bien hecho.»

Tienen, pues, tambien su importancia las cuestiones de palabras, y hacen mal, muy mal, los que desvian su atención de ellas por creerlas indignas de la alteza de su entendimiento.

Pero en el lenguaje, considerado en general, pueden distinguirse dos sistemas de vocablos: uno que sirve para el uso esclusivo de los sábios, subdividido en tantas clases cuantas son las ciencias que cultivan aquellos; otro que cae bajo el dominio del vulgo,—del

que todos, doctos é ignorantes, formamos parte en cierto modo, —y que se subdivide tambien en tantas variedades cuantos son los grupos etnográficos de que consta la gran familia humana.

El primero, el lenguaje científico, debe tener el rigorismo propio de la ciencia á que sirve de espresion, y no admitir reforma ni variacion alguna en la contextura de sus palabras, que no vaya precedida de una reforma ó variacion de las ideas que representan.

En el segundo, por el contrario, es preciso dejar algo á lo que se llama el *uso*, confundiéndolo malamente con el *capricho*, cuando no es otra cosa que el génio particular de cada pueblo, dependiente, en materia de lenguaje, de la estructura de los órganos vocales, la cual depende á su vez del clima, de la raza, de la alimentacion, etc., sin que por eso neguemos nosotros las influencias secundarias de las relaciones sociales y los progresos científicos, causas todas que dan á las lenguas vulgares cierta uniformidad y las someten á leyes naturales y constantes, en medio de sus continuas y frecuentes variaciones.

En este sentido ha podido escribir el divino Horacio los bellos versos que nuestro insigne Solís interpreta sin duda violentamente, cuando dice—(Conquista de Méjico, cap. VII):— que «en los modos de hablar con que se esplican las cosas, no se debe buscar tanto la razon como el uso, el cual es árbitro legítimo de los aciertos de la lengua, y pone ó quita, como quiere, aquella congruencia que halla el oido entre las voces y lo que significan.»

Nó: el *uso* á que se refiere el preceptista latino no es, como pretende Solís, contrario á la razon, ni puede llegar nunca hasta alterar esencialmente la significacion de las palabras. Alterará y altera, en efecto, sus *accidentes*, tomando esta voz en su acepcion filosófica y aun gramatical, pero de ninguna manera su esencia; porque las palabras, como todos los demás objetos de la razon humana, tienen sus cualidades esenciales, permanentes, eternas é inmutables, y sus cualidades formales, pasajeras, transitorias y variables, independientes las primeras y sometidas las segundas á la accion de la voluntad humana, que, aunque libre y espontánea, no obra tampoco sin razon alguna; antes bien, se dirige por diversos caminos hácia un fin único y necesario.

El imperio del *uso* no se estiende, pues, más allá de las *formas*, esto es, de los *accidentes* del lenguaje; pero en esta esfera es omnímodo, absoluto, y no hay más que doblar la frente ante su autoridad incontestada é incontestable.

¿Qué *uso* es este? ¿El de unos pocos ó el de todos los que hablan una misma lengua, la voluntad de una fraccion ó la del mayor número? Nadie se atreverá á sostener lo primero, si no quiere ponerse en pugna con toda razon social y toda fórmula de derecho. El uso de que aquí se trata, el único respetable en materia de lenguaje, es el de la mayoría; pero como sería imposible consultar uno por uno á todos los individuos que la componen, y como, por otro lado, una grandísima parte de ellos es incompetente para legislar en tales

asuntos, se hace preciso admitir una delegacion que los represente, y esta delegacion no puede ser otra que la de los hombres versados en las letras, la de los escritores más castizos y elegantes. Ellos son, en efecto, los supremos legisladores en todo lo que se refiera á los *accidentes* de las palabras; ellos deben servirnos de modelo en las *formas*, así retóricas como gramaticales, del lenguaje.

Sentados estos principios, vengamos ya á la cuestion que nos ha hecho recordarlos.

¿Cómo deben usarse las desinencias *le* y *la*, *les* y *las* del pronombre de tercera persona?

No vamos á escribir sobre este asunto un artículo didáctico, ni menos á recordar las reglas de los preceptistas, entre los cuales reina por cierto una conformidad apenas alterada por tal cual escepcion de escasa valía. Siendo la cuestion que se debate relativa á un accidente gramatical—la *declinacion*—no han podido ni debido hacer otra cosa los gramáticos que resolverla en vista de la práctica general y constante, esto es, del *uso* de los buenos hablistas. Consultemos, pues, lo que estos nos dicen; establezcamos desde luego ese *uso*, y así no podrá tampoco acusárenos de buscar autoridades para apoyar una opinion concebida *á priori*. Entre los métodos de investigar la verdad, estamos por el análisis.

Hé aquí algunos ejemplos tomados de nuestros clásicos:

DE DON JUAN MANUEL.

Volvió los ojos contra su mujer é dijole con grande saña.

Y despues mandóle que le diese de comer, é nunca  
fabló ella; mas facia todo lo que él le decia.

*El Conde Lucanor.*

DE JUAN LORENZO.

Madre... non semeiedes á las mugieres en flaqueza  
nin en miedo que han por las cosas que les vienen.

Madre, ¿non veedes la luna que cuando ella es com-  
plida é mas luciente estonce le vien el eclipsis?

*Cartas al fin del poema de Alejandro, compuestas por el  
mismo Lorenzo.*

DEL MAESTRO JUAN DE ÁVILA.

Ántes porque *las* ama y por no quitar dellas su amor,  
por eso *las* castiga; y mientras más castigadas, mayor  
prenda *les* dá que no *las* desama.

*Carta á una señora doncella.*

Y como Nuestro Señor *la* ama muy de veras, hace  
lo mesmo con ella; porque bien pudiera él ordenarle  
vida que no tuviera trabajo.

*Otra carta.*

Y déle gracias al Señor porque *la* tuvo por digna de  
darle á beber de su misma copa. Llame, hermana, la  
tribulacion y déle muchos abrazos.

*Otra carta.*

DE FRAY JOSEPH DE SIGUENZA.

La historia de esotras hazañas ya *la* han escrito

muchos , y para todos hay materia , y no sé si alguno ha podido ó sabido darle el punto que merece.

*Historia de la Orden de San Jerónimo, part. I, lib. I, capítulo 56.*

Decia... que las casas de los religiosos eran la soledad, donde Dios prometió por el profeta que habia de llevar al alma para hablarle allí al corazon.

*Ibid., part. II, lib. II, cap. 1.º*

La madre , aunque le pagaba á aquella señora esta buena voluntad , pero vivia con gran cruz , porque los regalos le daban gran tormento.

*Ibid., part. II, lib. II, cap. 5.º*

DE FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS.

Porque la cobdicia y ánsia de haber oro era y es siempre tanta que ni la hambre del lobo , ni la pasion del mozo enamorado , ni el frenesí del loco se le puede igualar.

*Historia general, lib. III, cap. XXXVI.*

DE FRAY LUIS DE GRANADA.

Y prosiguiendo el mismo doctor esta materia, en otra homilia dice así : «¡Pensemos qué llanto será aquel del ánimo negligente cuando salga de esta vida ! ¡Qué angustias, qué oscuridad cuando vea que , entre los adversarios que la han de cercar, le salga primero al encuentro su propia conciencia !

*Guia de los Pecadores, part. II, cap. XXIII.*

Y yo, cristiano y piadoso lector, por darte manual  
remedio de tantos bienes que se *le* siguen al alma.

*Oracion y Meditacion.—Prólogo.*

Porque al tiempo que una persona espiritual sale de  
alguna profunda y devota oracion, allí se *le* renuevan  
todos los buenos propósitos.

*Ibid., cap. I, pág. 3.*

DE GARCILASO.

(De quien dice Quintana: «A las prendas sobresa-  
lientes que tiene como poeta, se añade la de ser el es-  
critor castellano que manejó en aquel tiempo la lengua  
con más *propiedad* y acierto.»)

Mil veces ella preguntó qué habia  
y me rogó que el mal *le* descubriese.

Con nuevo ruego y firme juramento  
me conjuró (ella) y rogó que *le* contase  
la causa de mi grave pensamiento.

Y si era amor que no me recelase  
de hacelle mi caso manifiesto  
y de mostralle aquella que yo amase.

*Egloga II.*

DE FERNANDO DE BALBUENA.

A mí me llamó Filida otro día,  
mas trajele en mis hombros fatigadas  
dos corderillas que perdido habia.

*Egloga IV.*

Espuelas á la muerte *le* ponemos.

*Egloga VII.*

¿Dime, Tyrseo, y sabe tus amores?  
que yo, de corto, nunca me he atrevido  
á contarle á la mía mis dolores.

*Egloga VI.*

DE FERNANDO DE HERRERA.

Nuestra virtud en vicio se remata;  
nuestra virtud que tanto fué temida,  
culpa de quien, pudiendo, *la* maltrata  
y no *le* dá lugar, etc.

*Elegia I.*

DE FRANCISCO DE RIOJA.

Cayó Itálica, dice, y lastimosa  
Eco reclama «Itálica» en la hojosa  
selva que se *le* opone, resonando  
«Itálica» etc.

*Cancion á las Ruinas de Itálica.*

DE BARTOLOMÉ DE ARGENSOLA.

La piedra que el dragon cria en su frente  
pones, Lize, en la tuya: ¡oh cuántas veces  
*le* das sucio lugar no indiferente!

.....  
¿No ves llorar las artes liberales,  
que este nombre *les* dieron, porque en ellas  
se ejercitaban hombres principales?

*Sátira contra los vicios de la córte.*

DE LUPERCIO LEONARDO DE ARGENSOLA.

Yo os quiero confesar, D. Juan, primero  
que aquel blanco y carmin de Doña Elvira

no tiene de ella mas, si bien se mira,  
que el haberle costado su dinero.

Agua de alumbre, buena para viejas,  
que quita las arrugas que los años  
*les* cargan como fuelles en las cejas.

*Sonetos.*

DE BALTASAR DE ALCÁZAR.

Ser vieja la casa es esto;  
veo que se va cayendo;  
voyle puntales poniendo,  
porque no caiga tan presto.

*Redondillas.*

DE LUIS MARTIN.

Iba cogiendo flores  
y guardando en la falda  
la ninfa, para hacer una guirnalda;  
mas primero *las* toca  
con los rosados labios de su boca  
y *les* da de su aliento los olores.

*Madrigal.*

DE JUAN DE LA CUEVA.

Blandísima es la L, y cuando cantes  
dulzuras, usa de ella y *dale* acento,  
que á las semivocales *la* adelantes.

*Ejemplar poético.*

DE MIGUEL DE CERVANTES.

Dejad, dejad á la miserable Dulcinea que triunfe, se goce y ufane con la suerte que Amor quiso darle en reducirle mi corazon y entregarle mi mano.

*Quijote, part. II, lib. VII, cap. XLIV.*

D. Quijote le preguntó cómo se llamaba... porque pensaba darle alguna parte de la honra que alcanzase por el valor de su brazo. Ella respondió con mucha humildad que se llamaba la Tolosa... D. Quijote le replicó que de allí en adelante se pusiese Don y se llamase D.<sup>a</sup> Tolosa. Ella se lo prometió y la otra le calzó la espuela... Preguntóle su nombre y dijo que se llamaba la Molinera.

*Ibid., part. I, cap. III.*

Condesa le caerá mejor y aun Dios y ayuda. Encomiéndalo tú á Dios, Sancho, respondió D. Quijote, que él le dará lo que más le convenga.

*Ibid., part. I, cap. VIII.*

Preguntóle si conocia ella á aquel Periandro que decia.

*Pérsiles y Segismunda, t. I, p. 14. Edicion de Sancha.*

Pues si no era la hermosura de Auristela ninguna otra podia igualársele.

*Ibid., t. I, p. 18.*

Entendióla muy bien Arnaldo y preguntóle si era bárbara de nacion.

*Ibid., t. I, p. 21.*

Y cuando les iba á preguntar qué misterio tenia saber ellas aquel lenguaje, etc.

*Ibid., t. I, p. 37.*

Pasmóse (una muchacha), pegáronsele los piés en la arena... derramósele el marisco... beséle las manos, halaguéle el rostro con las mias.

*Ibid.*, t. I, p. 53.

*Le* he dado (á la fé) el crédito que he podido darle.

*Ibid.*, t. I, p. 56.

Lo que *le* habia acontecido (á Auristela).

*Ibid.*, t. I, p. 64.

De estas sospechas *le* aseguró (á Auristela) el viento.

*Ibid.*, t. I, p. 65.

A Constanza *le* vinieron barruntos.

*Ibid.*, t. I, p. 186.

A la huéspedea *le* preguntaron.

*Ibid.*, t. II, p. 222.

Isabela dió un suspiro que pareció que con él se *le* arrancaba el alma.

*Ibid.*, t. II, p. 224.

Miráronle (á Isabela) el rostro.

*Ibid.*, t. II, p. 225.

Ruperta, Auristela... *le* ofrecieron (á Isabela).

*Ibid.*, t. II, p. 230.

Asentóle (á la Talaverana) la mano en mi presencia.

*Ibid.*, t. II, p. 275.

Dice que, si la sin par Auristela... quiere tomar á su cargo nuestra libertad, que *le* será fácil.

*Ibid.*, t. II, p. 276.

Y ella quería morir en su tierra y entre los suyos, donde no faltaria algun pariente que de compasion *le* cerrase los ojos.

*Ibid.*, t. II, p. 277.

En todo este tiempo le tuvo Auristela de informarse de todo aquello que á ella *le* parecia que *le* faltaba por saber de la fé católica.

*Ibid.*, t. II, p. 279 y 280.

Tambien estaba (Auristela) mirando si por alguna parte *le* descubria el cielo alguna luz que le mostrase, etc.

*Ibid.*, t. II, p. 283.

#### DE GASPAR GIL POLO.

Por eso *le* preguntaron su nombre, y ella dijo que se llamaba Arethea, etc.

Diana *le* preguntó, etc.

Ellos *le* agradecieron mucho las amorosas ofertas, y juntamente con ella caminaron hácia el templo.

Ismenia, oido esto, se tuvo por bienaventurada.... las lágrimas *le* salieron por los ojos de placer, etc.

*Diana enamorada, libro IV.*

#### DE LOPE DE VEGA CARPIO.

¿A quién se podia dedicar más justamente «La Corona merecida» que á quien merece tantas cuantas virtudes *la* adornan, donde se verifica que, si las cosas convienen con los nombres, el que *le* dieron á vuesa merced no fué sin causa?

Y así *le* suplico afectuosamente reciba «La Corona merecida» de mano de las musas.

*Dedicatoria de «La Corona merecida» de doña Angela Vernégali.*

DEL P. MARIANA.

Nombró por su heredera (Isabel la Católica) á la princesa doña Juana y con ella al Archiduque su marido. Pero, por su poca salud y ausencia, en conformidad de lo que por Córtes dos años antes *le* suplicaron sus vasallos, etc.

*Historia de España, lib. XXVIII, cap. XI.*

Tomaban calor para sacalla que la peste comenzaba á sentirse y picar en aquella ciudad. El marqués de Villena hacía instancia *la* llevasen á la villa de Escalona. Su condicion no daba lugar á que *le* persuadiesen otra cosa mas de lo que se *le* ponía en la cabeza.

*Ibid., lib. XXIX, cap. III.*

Entendióse por el semblante que mostró el Rey no *la* halló tan falta como se pensaba, y que *le* encomendó todo el gobierno del reino.

*Ibid., lib. XXIX, cap. X.*

Vióla uno de los cautivos que otro tiempo estuvo en su casa; advirtió que *le* faltaba un ojo, etc.

*Ibid., lib. XXIX, cap. XVIII.*

DE D. ANTONIO SOLIS.

Era tanto el número de las aves, y se ponía tanto cuidado en su conservacion, que se ocupaban en este ministerio más de trescientos hombres, diestros en el

conocimiento de sus enfermedades y obligados á suministrarles el cebo de que se alimentaban en su libertad.

*Conquista de Méjico, lib. III, cap. XIV.*

Esta batalla nocturna en la Calzada fué la más horrorosa y funesta para los españoles, é hizo en ellos tan dolorosa impresion que en adelante *le* dieron el sobrenombre de noche triste.

*Ibid., lib. IV, cap. XIX.*

DE VILLEGAS.

Si de mis ansias el amor supiste  
tú, que las quejas de mi amor llevaste,  
oye, no temas y á mi ninfa dile,  
dile que muero.

*Oda al céfiro.*

DE D. FRANCISCO DE QUEVEDO.

Antes con mil esposas me encarcelen  
que aquesa tome, y antes que «sí» diga,  
la lengua y las palabras se me yelen.

Antes que yo *le* dé mi mano amiga,  
me pase el pecho una enemiga mano....

*Sátira contra el matrimonio.*

Si *las* quieren, á sus damas, lo más que *les* dan es un soneto ó unas octavas, y si *las* aborrecen ó *las* dejan, lo ménos que *les* dejan es una sátira.

*Zahurdas de Pluton.*

DE D. DIEGO SAAVEDRA FAJARDO.

Y postrada á los pies de la virtud, su madre *le* refiere los agravios y desestimaciones de los filósofos. La

virtud *la* consuela, representándole los efectos de su fama en los hechos de los varones pasados... Con lo mismo, *le* responde la gloria, que procuras, ¡oh! madre mía, consolarme, etc.

*Edicion de Madrid—Benito Cano—1788—pág. 25.*

DE D. ISIDORO DE ANTILLON.

Al publicar la segunda (edicion), he corregido y aumentado algunas cosas que *le* darán más claridad y *la* harán más completa.

*Idea de la Esfera.—Traduc.—1812.*

DE D. ISIDRO DE GUEVARA.

A la buena, júntate con ella, y á la mala ponte la almohada.

A la mal casada, mirad*le* la cara.

*Coleccion de refranes castellanos.*

DE D. MANUEL JOSÉ QUINTANA.

Ya es una simplecilla que, habiendo perdido los zarcillos que *le* dió su amante, etc.

*Obras completas, part. I, pág. 158.*

Y por otra parte, á la Direccion de Estudios no tanto *le* corresponde aplaudir y defender como ejecutar y cumplir.

*Ibid., pág. 194.*

Lejos de mí la intencion, tan inoportuna como pueril, de insultar á aquellas corporaciones venerables y de renovar ese cansado proceso que se *les* viene ha-

ciendo por la barbarie de los tiempos en que se fundaron.

*Ibid.*, pág. 195.

DEL CONDE DE TORENO.

La justa indignación abrigada en todos los pechos bullía con acelerados latidos en el de los moradores del antiguo asiento de las franquezas y libertades españolas, en la inmortal Zaragoza. Gloria duradera *le* estaba reservada, etc.

*Historia del levantamiento, guerra y revolución de España, libro III.*

DE MARTINEZ DE LA ROSA.

Tienen para el verso libre una lengua tan numerosa como la que más y que, si cede en melodía únicamente á la italiana, eso mismo *le* da un carácter más varonil, propio de la tragedia.

*Obras literarias, t. I, pág. 455.*

Pero basta, que ya tememos cansar á nuestros lectores. Para averiguar el uso que debe hacerse de las desinencias *le* y *la*, *les* y *las* del pronombre de tercera persona, hemos interrogado á 28 autores clásicos, entresacando de sus mejores escritos 64 ejemplos. ¿Qué nos enseñan unos y otros? Precisamente la doctrina de la Academia de la Lengua, la cual dice en su gramática:

«Asimismo puede resultar equivocación en el uso y conocimiento de los casos dativo y acusativo de este pronombre en ambos números... Para precaverla, se

observará la regla siguiente: Ó la accion y significacion del verbo termina en el pronombre personal de que se trata, ó termina en otra ó en otras partes de la oracion. Si en el pronombre, este está en acusativo; si en otra parte de la oracion, el pronombre será dativo del singular ó plural. El de singular será *le*, y *les* el de plural de cualquier género que sea, cuya diferencia dependerá claramente del contexto de la oracion. El acusativo de singular será *le*, y el de plural *los* cuando el pronombre sea masculino; y siendo femenino, se dirá en singular *la* y *las* en plural. Por ejemplo: el juez persiguió á un ladron, *le* prendió y *le* castigó; persiguió á unos ladrones, *los* prendió y *los* castigó: están los pronombres en acusativo masculino de singular y plural. El juez persiguió á una gitana, *la* prendió y *la* castigó; persiguió á unas gitanas, *las* prendió y *las* castigó: están los pronombres en acusativo femenino en ambos números. El juez prendió á un ladron, *le* tomó declaracion, *le* notificó la sentencia; prendió á unos ladrones, *les* tomó declaracion, *les* notificó la sentencia: están los pronombres en dativo masculino de singular y plural. El juez prendió á una gitana, *le* tomó declaracion, *le* notificó la sentencia; prendió á unas gitanas, *les* tomó declaracion, *les* notificó la sentencia; están los pronombres en dativo femenino de singular y plural. De este modo se han de conocer y usar los dativos y acusativos de este pronombre, en lo cual suele haber muy poca exactitud, no solo en el comun modo de hablar, sino aun en los escritos de autores por otra parte recomendables.»

Cesen, pues, las divergencias que haya podido haber hasta aquí entre *laistas* y *leistas*; cese, sobre todo, el erróneo y vicioso uso que, *no solo en el comun modo de hablar, sino aun en los escritos de autores por otra parte recomendables*, se hace muchas veces de las desinencias *le* y *la*, *les* y *las* del pronombre de tercera persona: cualquiera que no sea el que prescribe la Academia y se halla sancionado por nuestros mejores hablistas, debe tenerse por un *barbarismo* y tolerarse cuando más en los discursos de las sencillas, pero indoctas gentes del vulgo.

Y no se diga que puede resultar confusion en el discurso, usando la desinencia *le* como dativo del singular para ambos géneros: nuestra lengua es fecundísima en recursos, susceptible de un grande hipébaton, de mil giros y combinaciones diversas en el orden de las palabras: semejante obstáculo, como el que opone muchas veces el uso del posesivo *su* y *sus*, por referirse indistintamente á uno ó varios poseedores, del género masculino ó femenino, no puede arredrar mas que á escritores de imaginacion pobre ó poco iniciados en los secretos del lenguaje.

(*Revista de Cataluña*, 1862.)

¡Jamás! ¡Jamás! Las auras de estos montes  
pláceme respirar en dulces olores;  
pláceme ver sus puras horizontes,  
fértil campiña y blanda vegetal.  
Allí la Hoz el sazonado fructo  
guarda entre moles de granito.

XIV.

**ADIOS Á MIS AMIGOS DE CUENCA.**

¡No más!.. ¡no más!.. Los ecos de otros séres,  
que por mi ausencia desolados lloran,  
me arrancan al contento y los placeres  
con que me brinda aun vuestra amistad.

¡Venid!.. ¡y que os estreche entre mis brazos  
la última vez hasta que el cielo quiera!..  
Serán, lo juro, eternos estos lazos;  
no olvidaré de Cuenca la ciudad.

Que en ella vive la sin par señora,  
á quien madre de amor mi labio aclama;  
en ella el jóven entusiasta mora  
que, más que amigo, hermano es para mí.

Aquí otro hogar, otra familia amante,  
aunque la propia reemplazar no pueda,  
halla mi alma de su amor distante:  
¿cómo olvidar cuanto me trae aquí?

¡Jamás!.. ¡jamás!.. Las auras de estos montes  
pláceme respirar en dulce calma;  
pláceme ver sus puros horizontes,  
fértil campiña y plácido vergel.

Allí LA Hoz el sazonado fruto  
guarda entre moles de granito, avara;  
allí á rendir los rios en tributo  
sus claras linfas corren en tropel.

Y más allá, sobre escarpado cerro,  
la vetusta ciudad se alza altanera,  
vestida aun con hábito de hierro  
como la edad que la miró nacer.

De negra y fea, horrible catadura,  
pero de gloria y de recuerdos llena,  
pláceme acaso allá en la noche oscura  
sus tortuosas calles recorrer.

Y de ancha capa envuelto en el embozo,  
pendiente al cinto el toledano acero,  
como galan y aventurero mozo  
plantado ante una reja sin temor;

Sueño tal vez que escucho el dulce acento  
de hermosa y noble y sin igual doncella,  
y que en las alas rápidas del viento  
me envia las protestas de su amor.

Y luego al aire y á la luz despierto,  
y por las frescas ALAMEDAS vago,  
y escucho de las aves el concierto,  
que á la aurora saludan al nacer;

Y de espumosa, hirviente catarata  
 el repentino ruido me estremece,  
 con que el remanso próximo desata  
 las ondas que no puede contener.

No, amigos, no temais que mi memoria  
 olvide nunca de tan bellos días  
 la inolvidable cuanto dulce historia;  
 impresa vá en mi pobre corazon.

Ellos se deslizaron suavemente  
 en vuestro seno amable y cariñoso;  
 no lograrán borrarlos de mi mente  
 ni gloria, ni fortuna, ni ambicion.

¡Adios! pues... al partir de vuestro lado,  
 solo un consuelo en mi dolor me resta;  
 yo os amo á todos cuanto me hais amado,  
 cuanto deciros no podré quizás.

¡Adios! HERMANO... pierdo ya la calma...

¡adios! MADRE, SEÑORA, HERMANAS MIAS....

os doy á todos la mitad del alma;

¡partidla, si quereis!... ¡no tengo más!!!

(*El Miguelete*, mayo de 1857.)

LA CASADA.

I.

Si, como ha dicho la ciencia moderna, la sociedad es el estado natural del hombre, el matrimonio, como digo yo mismo, que soy bastante autoridad en la materia.

*Nota.* El autor dobló hace ya tiempo su cerviz á la matrimonial coyunda.

El matrimonio, repito, es el estado social de la mujer.

Más que el estado: el matrimonio es para la mujer una carrera, una profesion, un oficio—como quieran ustedes llamarlo—pero profesion necesaria, carrera indispensable, oficio fatal, á que la arrastran irremisiblemente su vocacion, su naturaleza y su sino; porque, ó la mujer ha nacido para casarse, ó yo no sé entonces para lo que ha nacido.

Francamente: yo no concibo una mujer que no sea casada, ó no esté—permitaseme la frase—en *disponibilidad* de casarse.

La niña no es mujer; lo será con los años, y esto es todo lo que puedo conceder, siendo mi opinion que los individuos de la especie humana no nacen con un sexo determinado—prescindan Vds. de alguna elipse ó algun pleonasma del organismo, insuficientes para constituir verdaderos caracteres sexuales—y que, al llegar á la pubertad, lo mismo pueden adoptar esos individuos un sexo que otro, convirtiéndose en hombre el que parecia destinado en su origen para mujer, y en mujer el que parecia destinado para hombre. Creo que me esplico y que no necesitaré entrar en pormenores históricos acerca de las mujeres varoniles y los hombres afeminados.

Si la niña no es mujer, la vieja no tiene más motivos para serlo; moralmente, vuelve á la condicion de niña; materialmente, pierde hasta los últimos vestigios del sexo. ¿Quien, sinó, reconocerá en ella un ejemplar de aquel tipo natural de la mujer, de aquella Eva de la creacion, de quien nos dice Zorrilla:

Era la hermosa de gentil talante  
Acabada de pechos y cintura,  
De enhiesto cuello y lánguido semblante?

Muy lince habia de ser ó muy topo el que tomase por una mujer á una vieja.

Nada diré de la monja ni la solterona. La primera es la virginidad consagrada; la segunda, el egoismo con faldas algunas veces, y casi siempre un conato de esposa frustrado, con las circunstancias agravantes de

premeditacion y alevosía. A la primera se la rebajaria mucho llamándola mujer, á la segunda se la enalteceria demasiado.

— Pero ya oigo que me grita algun *chevalier des dames*:

— ¿Y la doncella? ¿Y la viuda?

— Amigo mio, esas son casi mujeres: están, como he dicho antes, en *disponibilidad* de casarse: la doncellez y la viudez son el prólogo y el epílogo de todas las historias conyugales.

— Vuelvo, pues, á mi tema: la mujer ha nacido para casarse, el matrimonio es el estado social de la mujer; en ese estado es como yo debo estudiar á la más hermosa mitad del género humano, describir sus sentimientos, sus pasiones, sus hábitos, sus costumbres, sus virtudes y sus vicios; en actitud matrimonial, por decirlo así, es como yo he de sorprender á mi objeto, plantar delante de él mi máquina fotogénica y hacer *d'après nature* el retrato del sexo.

— Ea, pues, señora casada; quieta ya, si á usted place, y empecemos.

## II.

¡Qué solemne es para la mujer el momento en que liga su suerte á la de un hombre!

Se hizo amable y la amaron; flechó sus miradas, mostró su sonrisa, dejó mecerse blandamente su talle, como la palmera al soplo del aura; irritó la pasion

varonil, dejándole adivinar lo que le escondia; ostentó sus gracias, desplegó sus hechizos, puso en juego todo ese terrible tren de batir pechos indiferentes y asaltar corazones frios; tendió, en fin, la red de los amores y cautivó en ella un marido.

Hé aquí que vá á casarse, á tener un nombre respetable, cuando nó ilustre; á ocupar una posicion en la sociedad, á desempeñar una mision en el mundo.

Antes no era nada; ó por mejor decir, sí, era un tierno arbusto confundido con otros muchos en el vivero; una flor delicada escondida cuidadosamente en la estufa; sin tierra en que estender sus raices, sin aire donde esparcir sus ramas, sin luz que revelase sus colores, sin espacio que inundar con sus perfumes.

Ahora ya es otra cosa; tendrá luz y aire, tierra y espacio; entrará en su personalidad—no digó en su libertad, porque la mujer no es nunca libre—ó lo que dá lo mismo, en la vida: se llamará la mujer ó la señora de Tal—aquí el nombre del marido—en vez de llamarse Fulanita ó Menganita; llevará el título de condesa ó labradora, coronela ó artesana, boticaria ó ministra, segun la clase á que *él* pertenezca; gozará de derechos, administrará una casa, irá sola á misa, visitará á sus amigas, podrá decir á boca llena *mi hombre* ó *mi esposo*; será, en fin, casada.

¡Casada! ¿qué mayor triunfo, qué mayor felicidad, qué honra más señalada para la mujer? No conozco mas que una, ser madre, y aun esa se convierte en un padron de infamia, á los ojos de la sociedad, si no vá precedida del matrimonio.

Observad á un mancebo en la víspera de su boda, y le vereis ordinariamente distraído, taciturno, preocupado, melancólico, no contestando mas que por monosílabos, dejando escapar de vez en cuando algun suspiro, mirando á todas partes y sin fijar en ninguna sus miradas.

Por el contrario, una doncella. ¡Qué alegre, qué aturdida, qué vivaracha! Borda sus enaguas; se prueba sus trajes; hace con solícito afán sus preparativos; canta, brinca, rie y llora á un mismo tiempo; el gozo la enloquece, la dicha la embriaga, el orgullo hinche su corazon y brota por sus pupilas en chispeantes rayos.

¿Por qué esta diferencia?

¡Ah! es que para el mancebo el matrimonio encierra un terrible problema: *ser ó no ser.....*,

To be or not to be, that's the question;

mientras que la doncella encuentra en este lazo la solución del problema mismo. El primero necesita casarse bien: á la segunda le basta por de pronto con casarse. ¿Qué sería de la triste si permaneciese soltera? Lo mejor que entonces se diria de ella es que era fea, ó bien lo que se dice: *no sirve mas que para vestir imágenes.*

El matrimonio es, pues, el objeto de los deseos de la mujer, el fin de sus pensamientos, el límite de su ambición, el término de sus aspiraciones, el blanco de todos sus esfuerzos, la meta de su social carrera. Por

eso está tan complacida, tan satisfecha de sí misma cuando vá á casarse.

Tal vez se acerca al altar un poco recelosa, y una vez allí, en presencia del novio—otro hubiera dicho del *prometido esposo*, porque la palabra *novio* no vá estando ya de moda entre nuestros *fashionables* hablistas,—en presencia, digo, del sacerdote, del novio y de los testigos, se muestra avergonzada de sí propia.

—Ese es el pudor,—murmurará tal vez aqui algun moralista fisiólogo,—ó bien el dolor de separarse de la familia.

Pero no lo creáis: ni el pudor ni el dolor de la separacion tienen motivo de revelarse todavía; el pudor se alarmará naturalmente en el instante supremo; el dolor conmoverá todas las fibras del corazon filial cuando se cumpla aquel precepto divino:

Abandonarás á tu padre y á tu madre para seguir á tu esposo;

pero entretanto otro es el sentimiento que domina el alma de la doncella: el remordimiento de haber atrapado á un incauto, la vergüenza de verse cojida *in fraganti*; ó si lo quereis mejor, la modestia de que se reviste todo autor cuando se lee delante de él y se corona públicamente su obra.

¿Tenia ó no tenia yo razon hace un momento, cuando esclamaba:

¿Qué solemne es para la mujer el momento en que liga su suerte á la de un hombre!

## III.

No conozco costumbre tan bárbara, tan grosera, tan repugnante como una boda.

Esta observacion la ha hecho ya en una de sus novelas una mujer de gran talento: Mad. du Devant, bien conocida en el mundo literario por el seudónimo de Jorge Sand, que recuerda otro apellido igualmente célebre en la república de las letras: Julio Sandeau. La novela se llama *Valentina*, si no me engaño, y aparte del incidente moral á que me refiero, no se distingue mucho que digamos por la moralidad de su argumento. Aprovecho esta ocasion para recomendar á los padres, y sobre todo á los maridos, que no la pongan en manos de sus hijas ni sus mujeres.

Decia, pues, que la boda, y ahora debo añadir con mayor razon, la tornaboda, es la costumbre más bárbara, más grosera, más repugnante que conozco.

Nuestras clases acomodadas han dado una gran prueba de delicadeza, suprimiéndola. Entre ellas, no hay ya de algun tiempo á esta parte, ni acompañamiento para ir á la iglesia, ni publicidad en el desposorio, ni banquete, ni sarao, ni baile despues de la ceremonia; los novios se dirijen al templo al anocheecer, ó bien hacen venir al sacerdote á su casa, y allí solitos con los padres, con los padrinos, y algun amigo íntimo, testigos indispensables de su felicidad, reciben el sacramento que une sus almas amorosas en un dulce consorcio eterno. Así la virginidad de la mujer

pasa intacta desde el sagrado depósito de la familia, desde el tabernáculo del hogar doméstico al ara del himeneo, sin que se pierda un solo átomo, sin que se evapore una sola gota de su esencia en medio de esa atmósfera mundanal, en que tantos lábios se entrecierran para aspirar sus perfumes!

¡Cuán diferente es lo que sucede en las clases bajas de la sociedad, y especialmente en las villas y las aldeas! Allí se convida á todos los parientes—¡y vaya si es larga la lista!—á todos los amigos, á todos los vecinos del barrio; se pasea á la novia por las calles, antes y despues de ir á la iglesia; se la expone á todas las miradas, á todas las sonrisas burlonas, á todas las maliciosas hablillas; se la hace bailar, beber, cantar en medio de una multitud ébria; se la pasa de mano en mano como un objeto curioso; y despues, entre el ruido de la orgía, el choque de las copas, las carcajadas de los convidados, se la arrastra al tálamo nupcial y se la entrega al esposo!!!

¿Creeis que ya ha concluido todo? No, falta todavía la tornaboda.

Al dia siguiente, la misma multitud, ávida de emociones, la misma comitiva de la fiesta, penetra muy de mañana en el templo del amor, y sin respetar siquiera el sueño de los esposos, descorre el velo del santuario, descubre sus más sagrados misterios; pregunta, busca, se informa con lúbrico afan de cuanto puede halagar sus brutales instintos... y luego se repiten las mismas escenas de la víspera, se aja el decoro de la desposada, se profana su castidad, se cuelga

su pudor del balcon de la casa;—¿por qué nó sus vestiduras más íntimas, como diz que hacen los gitanos?—¡y á esto se llama casarsé!!!

No y mil veces no; eso es un espectáculo indigno, una saturnal odiosa, una verdadera hecatombe, en que la mujer hace las veces de holocausto; y en que no se sabe qué admirar más, si la abnegación de la víctima, ó la crueldad y el cinismo de los sacrificadores.

¡Casarse, por el contrario, es fundir dos almas en una, atar dos corazones en un lazo misterioso y santo!..

Casarse la mujer es trasladar á una nueva casa, confiar á un nuevo depósito el tesoro de sus púdicas gracias; entrar en esa sociedad moral, antes que legal y religiosa, en que el marido lleva al fondo comun su nombre, su inteligencia, su fortuna, su porvenir, su valor, su fuerza, todas las cualidades que le hacen el rey de la creacion y la imágen del Criador eterno.

Pero ¿qué llevaria la mujer, si no llevase su virginal pureza? ¿Acaso su hermosura? Efímero y pasajero don, que se pierde al menor contacto, que basta á destruir un rayo de sol ó una ráfaga de viento, que dura muchas veces *lo que viven las rosas, el espacio de una mañana.*

No, la verdadera belleza de la mujer está en su pudor, en ese sentimiento divino por el cual parece que el alma recoje sus blancas vestiduras para no mancharlas con el fango de la materia.

La esposa debe ir á cobijarse en el seno del esposo, pura, inmaculada, castísima; vírgen, como dice Alfonso

Karr, ignorada, ignorante, que no haya sido desflorada ni aun por lejanos suspiros.

De otro modo, el matrimonio sería un comercio carnal inmundo; el día en que se celebra una feria, y la mujer una vil mercancía vendida á son de pregones en el bazar de la familia.

#### IV.

Hay en la vida conyugal un periodo, que todo el mundo presiente como el ideal de la felicidad humana; por el cual, suspiran los novios, como debieron suspirar por el Cielo los Santos Padres del Limbo; que los casados viejos conservan en la memoria, como conservó sin duda el desdichado Adán el recuerdo del Paraíso perdido.

Este periodo es el primero del matrimonio; y se conoce con el dulce y significativo nombre de la *luna de miel*.

No tiene duracion fija ni existe siempre para los dos esposos; á veces se prolonga algunas semanas, á veces cesa el día mismo de la tornaboda; en ciertos casos es para la mujer para quien pasa desapercibido, en ciertos otros es para el marido.

Hijo de la ilusion amorosa, no puede tener más vida que la que ella le preste: cuando la ilusion no exista, la luna de miel no aparecerá ciertamente en el horizonte del matrimonio; cuando la realidad penetre en

el hogar doméstico, no tardará en eclipsarse entre las sombras de esa realidad terrible.

Figuraos una humilde aldeana, recién casada con un jornalero. En vano los dos esposos se amarán tiernamente; en vano querrán prolongar toda la vida las primicias del himeneo: la pobre jóven no posee otro dote que su belleza; el marido ha gastado el jornal de la semana en la boda; el menaje es miserable, los recursos escasos ó negativos; el hambre llama tal vez á la puerta del hogar doméstico el dia mismo de la tornaboda..... hé aquí ya desvanecida la ilusion, hé aquí la luna de miel eclipsada para siempre. Y es que la luna de miel no existe para las desgraciadas hijas del pueblo, ó pasa tan rápida para ellas que apenas dura una fase del melancólico astro de la noche.

Figuraos tambien otra doncella arrastrada al tálamo de un viejo lúbrico, vendida á uno de esos avaros que parece no han acumulado el fruto de medio siglo de privaciones sino para comprar con oro lo que jamás se les hubiera dado de gracia... ¿Cuál será la luna de miel de esa infeliz en semejante enlace? Suspiros ahogados, lágrimas comprimidas, martirio del corazon y de los sentidos... todo el fúnebre cortejo de la violencia moral, del más repugnante y odioso sacrificio. Y es que la luna de miel tampoco existe para las que se casan por interés, para las que ahogan en su pecho el grito de un amor puro, para esas desgraciadas criaturas que no ven en el matrimonio una institucion santa sino una mina inagotable ó un premio de la lotería.

Pero cuando no ocurren ninguna de las circunstan-

cias anteriores, cuando la luna de miel existe, este periodo matrimonial es para los dos esposos manantial de tranquilos placeres, de supremas é inefables delicias. No han llegado aun el cansancio ó el hastío; no han surjido esas pequeñas disensiones que vienen á turbar de vez en cuando la paz de la familia. La mujer disfruta todas las ventajas de casada, sin sufrir ninguno de los inconvenientes; conserva los fueros de amante, aumentados con los derechos de esposa; recibe una adoracion, un verdadero culto del marido; es, en fin, la señora absoluta, la reina, el númen propicio del matrimonio.

Añadid que no se ocupa todavía en la enfadosa tarea de administrar la casa, de probar el guisado ó tomar las cuentas á la criada; que no le roban el tiempo los cuidados domésticos, y puede consagrar toda su atencion á querer y ser querida, á amar y ponerse bonita, ó lo que es lo mismo, á la vanidad y el amor, sus dos predilectos caprichos. Así es que divide el dia por completo entre el tocador y el marido, no sé si concediendo á los dos igual parte, aunque sospecho que no ha de llevarse la mayor el segundo.

Entonces es cuando luce todos sus trajes, todos sus adornos, todo su brillante equipaje de novia: el abanico de plumas que le envió su tia, el vestido de calle que le compró su madre, la mantilla ó el aderezo que le regaló su hermano; aquella sencilla sortija ó aquel anillo riquísimo que le puso en el dedo su esposo al jurarle su fé en los altares.

¡Qué graciosa está la recién casada, qué elegante y

qué bella á todas las horas del día; en su casa como en la calle, en público como en privado! Y sobre todo, ¡qué alegre, qué satisfecha, cuán feliz se halla en aquel delicioso periodo de su nueva vida!

Cierto que entonces es cuando tiene ménos libertad; cuando ménos puede charlar con sus amigas; cuando no vá todavía sola al teatro, á paseo, á la iglesia, á ninguna parte. Pero ¿qué le importa á ella todo esto? ¿Para qué quiere esa libertad? ¿Por ventura se opondrá á sus deseos? ¿Acaso no se cumplen sus más livianos caprichos?

Apoyarse en el brazo de un hombre; mostrarse con él en público; poder decir á todas las solteras:—¡Rabiad de envidia!—A todas las casadas:—¡No soy ménos que vosotras!... ¿Qué más se necesita para llenar durante la luna de miel el corazón de la esposa?

¡Ah! ¡si esa luna existiese siempre!... ¡Si durase siquiera toda la vida!

¡Cuánto no daría una mujer por lograrlo!

¿No es verdad que tengo razon, lectoras mías?

Enlances es cuando luce. V. dos sus trajes, todos sus adornos, todo su brillante equipaje de novia: el aparato de la luna de miel pasemos al estado interesante.

Es la transicion más natural, ménos violenta, más insensible para el autor de este artículo, aunque no lo sea precisamente para el tipo que retrata.

Entre la luna de miel y el estado interesante no hay por lo comun ningun paréntesis, ningun intervalo, nin-

guna solución de continuidad histórica; al contrario, esos dos periodos de la vida de la casada parecen unidos por misteriosas afinidades.

Ahora bien, el estado interesante no es precisamente la época de la gestación, el prelude indispensable de la maternidad: si lo fuera, yo me guardaría muy bien, á fuer de discreto, de investigar sus arcanos y darle en espectáculo á la malicia de las gentes.

El estado interesante es ni más ni ménos un acceso de caprichosa manía; un paroxismo de pequeños deseos, de escentricidades, de extravagancias, de *antojos*, para valerme de la espresion consagrada, y que tiene su origen ó su pretesto en la proximidad de la reproducción.

No se observa, por lo comun, este fenómeno en las que llevan algunos años de matrimonio y tienen dadas ya sus pruebas de fecundidad; no suelen padecer este achaque más que las recién-casadas, las primerizas, las que están muy mimadas por sus maridos ó tienen necesidad de que las mimen.

Cierto que la concepcion produce una revolucion moral en todas las mujeres, cualesquiera que sean su carácter, su educacion y su temperamento; así lo afirman los fisiólogos, y no seré yo quien me oponga á autoridad tan respetable. Conozco algunos hechos históricos que nos refieren los autores para probar las aberraciones de que es susceptible una mujer en cinta.

Ya es, por ejemplo, cierta dama que no pudo contener el deseo de dar un mordisco en el hombro rollizo de un panadero—este infeliz solia pasar por casa de la

dama en traje de *negligé*, como van en Madrid y otras ciudades; llevando los hombros al descubierto—y añade la crónica que tuvo la abnegacion de prestarse á saciar la voracidad de aquella antropófaga.

Ya se trata de otra señora que, por una tentacion irresistible, se vió arrastrada á imprimir un ósculo en el redondo tozuelo de un lego,—no recuerdo si á esta le cupo la misma suerte que á la anterior, aunque, pensando piadosamente, no es de suponer que un monje fuese ménos bondadoso que un panadero.

Pero mis lectores observarán—sobre todo los casados,—que todos estos antojos y otros del mismo género que pudiera referir, si tuviera tiempo y noticia de ellos, son muy baratos para los maridos: la víctima—porque víctima siempre ha de haberla—es otra persona, y todo lo más que puede temerse es que exija en cambio algun resarcimiento, en cuyo caso, y si la mujer es bonita, Dios sabe hasta dónde podria llegar la existencia!...

Nada de lo dicho sucede en el verdadero estado interesante. La mujer que en él se halla no tiene más que apetitos costosos, que afectan inmediatamente á la bolsa matrimonial, que no pueden satisfacerse sino haciendo el marido la víctima. En esto se distinguen de los anteriormente referidos.

Y ¡ay! del desdichado paciente, si desconoce en tales casos los derechos de su mitad carisima! Tenga por seguro que el fruto de su amor no madurará en el árbol materno, ó brotará de sus ramas ya seco y marchito, ó bien llevará en su corteza alguna

escrescencia singular, señal indeleble del no atendido capricho.

¿Quién de Vds. en prueba de ello, no ha oido contar á alguna comadre ó suegra—protectoras declaradas de todo estado interesante—que tal niño nació con rabo, por no haberse permitido á la madre gastar un vestido de cola, y tal otro sacó la forma de un mono, por haberse negado á la misma la posesion de uno de estos animalitos?

A la verdad que si la concepcion es la causa de todos los dolores y todas las alegrías para la esposa sensata, el estado interesante puede considerarse como el manto de todas las vanidades y la legitimacion de todos los antojos para la casada casquivana y antojadiza.

Compadecemos, pues, lectores míos, compadezcamos al marido que tiene en estado interesante á su esposa. El bueno de nuestro hombre, al mero anuncio de esta nueva, saltará y brincará de gozo, no pensando más que en la dicha de verse reproducido. ¡Desgraciado! ¡No advierte que hasta tocar esa dulce esperanza tiene que pasar por muchas realidades horribles!

Ya me parece ver al triste, llevando del brazo á la futura madre con su contenido. En vano quiere conducirla por las calles más solitarias de la ciudad... ella le arrastra, á pesar suyo, le hace pararse delante de todos los almacenes, de todas las tiendas...

- ¡Qué bonito es aquel chal, Fulano!
- ¡Cómo me gusta ese aderezo!
- ¡Anda! cómprame ese vestido.
- Pero, mujer...



—Cómpramelo, Fulanito.

—Repara que es muy caro, que no estamos ahora en fondos, etc., etc.

—¡Pues!... bastaba que fuese antojo mio para que tú...

—¡Adios!... ¡la bolsa ó la vida!... no hay escape para la víctima.

## VI.

De todas las desventuras que pueden llover sobre un marido desventurado—y son muchas ciertamenté, como tambien lo son las bienandanzas—ninguna más grande, más desconsoladora, más terrible que la de dar con una mujer celosa.

Los celos son una prueba de amor en la novia y en la querida : infundades ó nó, tienen su razon de ser y hasta su encanto para el hombre en cualquiera de estas dos condiciones de la vida femenina : la mujer puede temer todavía que se le escape un corazon que es libre y no está sujeto al suyo sino por el vínculo débil de la simpatía, puede ver en cada paso un peligro y es muy natural que procure apartar de él al objeto de su cariño.

Todo le es lícito entonces : las tiernas quejas, las dulces sonrisas, las lágrimas, los suspiros, las coquetearías, y sobre todo, esa finjida indiferencia, esa esquivez aparente, ese desden delicado y finísimo, lluvia menuda

que, cayendo en el pecho querido, reanima la hoguera latente que en el fondo de su corazón ardía.

¿Y qué amante no se siente orgulloso cuando se emplean tales armas para reconquistarle ó rendirle?

¡Ah! para dos enamorados son tan precisos los celos, que si ella no los tuviese de él por ventura, él los tendría de ella de seguro, no pudiendo concebir que una mujer le amase sin temer á cada instante perder su cariño; sin sospechar que iban á robársele la familia, los deudos, los amigos; sin envidiar, en fin, á cuantos objetos le rodeáran, el afecto, el interés y hasta el capricho que pudieran inspirar á su amada.

Por eso cuando un amante siente que vá apoderándose la indiferencia del corazón del objeto querido, se apresura á herir su amor propio con el dardo punzante de los celos, y rara vez la pasión mal curada deja de irritarse con la herida; porque es condición de nuestro sér, siempre egoísta y miserable, codiciar con doble afán el bien de que se vé privado, y todas las pasiones humanas, como ha dicho hace tiempo la filosofía, se reducen en último término al amor de sí mismo.

El trato de dos novios, como las relaciones de dos Estados vecinos, se reduce á una alternativa de quejas y desagrazos, de rompimientos y reconciliaciones, de guerras y de armisticios, y como para producirla es preciso que intervengan los celos, de aquí es que no se conciban amores sin la intervención de esta potencia, y que cuando los celos no existen, si ha de durar el cariño, no hay más remedio que inventarlos.

Nada de esto sucede en el matrimonio. En tal estado ni el hombre ni la mujer se pertenecen á sí mismos; unidos ya por tan santo lazo, se han entregado mutuamente sus almas, y así como no deben el uno al otro faltarse, tampoco tiene ninguno de los dos derecho á suponer que se le falta. Ya que no se amen, que se estimen al menos; ó más bien, que antes de quererse empiecen por estimarse; porque ¿cómo ha de haber cariño allí donde no existe confianza? ¿Ni qué matrimonio es aquel en que se ha perdido la estimacion recíproca?

Que la mujer que sospeche de su marido procure ante todo cerciorarse de su desgracia; y una vez de ella segura, que siga la línea de conducta que la prudencia y la razon le dictan. Si su dignidad ha sido hollada, si se han desconocido sus derechos legítimos, que rompa materialmente un lazo ya quebrantado por el infiel; si solo su corazon ha sido herido, fácil le será hallar el bálsamo tras un halago ó una caricia.

Pero no es así como se conduce ordinariamente una casada celosa. Demasiado desconfiada de su propio mérito, de la fidelidad y el honor de su marido, suspicaz, imprudente, irreflexiva; juzgando tal vez de la intencion ajena por la suya, una palabra, un gesto, un saludo, un chisme de vecindad le bastan para creerse vendida y estallar en una tempestad de celos horribles. A veces esta tempestad se resuelve en un chaparron abundante de lágrimas, que fácilmente se secan con algunos pañuelos de mimo; pero otras, descarga en ráfagas de dictiones, y entonces todos los

para-rayos de la paciencia no bastan á librar de ella á la víctima.

¡Qué hacer en tan apurado trance, Dios mio? ¡Dar el grito de ¡sálvese quien pueda! y apelar á la fuga? ¡Inútil y vana estratagema! Ni aun así lograreis calmar la rabia de la mujer celosa ó ponerlos fuera del alcance de su malicia. Ella os seguirá á todas partes ú organizará contra vosotros un espionaje, una verdadera policía; tendreis que darle cuenta de todas vuestras acciones, de todos vuestros pensamientos; no podreis andar un paso sin encontrarla en vuestro camino, y habreis por fin de resignaros á emigrar al otro mundo—único viaje en que no os hará compañía,—ó llevarla siempre á vuestro lado como un fantasma terrible.

¡Ay de vosotros, sobre todo, si os coje en el más leve renunciol... No regaleis una flor á otra dama, no le ofrezcais la mano al subir á un carruaje, no se la estrecheis al saludarla, como exige la moderna etiqueta; porque correis gran peligro de morir estrangulados ó de perder cuando menos las barbas entre las uñas de la nueva Euménide.

¡Tantæ ne animis celestibus iræ!

que dijo el poeta latino:

¡Tanta ira cabe en femeniles pechos!

## VII.

La peor cualidad que puede tener una casada; despues de los celos, es el no estar orgullosa de su marido.

Yo no aconsejaría á ningun hombre se casase con una mujer que valiera más que él en ningun sentido; que fuese superior, ni siquiera igual, en talento, posicion ó fortuna.

En primer lugar, el talento me ha parecido siempre en la mujer una aberracion de la naturaleza, y la historia está ahí para probar que esto no es una aprension mia. Semíramis, Aspasia, Fulvia, Agripina, Margarita de Borgoña, Lucrecia Borgia, Catalina Howard, Isabel de Inglaterra, Cristina de Suecia, Catalina de Rusia y tantas otras, ¿qué han sido? ¿Habrá entre mis lectores quien quiera cargar con alguna de ellas?

No es esto decir que el bello sexo deba carecer de entendimiento, de discrecion y fantasía; en una palabra, que para ser bueno haya de ser estúpido. Pero nadie me negará que el verdadero talento es patrimonio natural del hombre; que una inteligencia elevada escluye por lo comun una sensibilidad esquisita; que la mujer ha nacido para sentir y nó para pensar; por consiguiente, que la mujer que piensa es una mujer peligrosa.

Y si esto sucede, generalmente hablando, ¿cuánto más no sucederá en el matrimonio?

Pues no digo nada de aquella que lleva al marido por dote una posicion ó fortuna. La mujer pobre que se enlaza á un hombre rico suele hacer un negocio dudoso, pero no tanto de seguro como el hombre que busca en el matrimonio una renta. El proverbio comun: *cásate por interés y me lo dirás despues*, se refiere principalmente á los maridos.

Insisto, pues, en lo dicho: ningun hombre debe casarse con una mujer superior, y la razon no puede ser más sencilla. El matrimonio es una especie de monarquía absoluta, donde, como el rey en esta clase de gobiernos, el marido representa el principio de autoridad, y resume en sí todos los poderes, el gubernativo y el legislativo. Sin duda que, para el mayor acierto, conviene que consulte á su mujer, como el monarca algunas veces á su Consejo; pero ya se conforme ó nó con el voto de aquella, las leyes que en último resultado promulgue han de ser fielmente cumplidas. Ahora bien, toda ley tiene por sancion necesaria la fuerza; ¿quereis que el marido apele á esta *ultima ratio regum* para ser obedecido? Pues si no lo quereis, como es justo; si juzgais, como yo juzgo, que la autoridad marital debe apoyarse en el prestigio, no le quiteis este elemento de gobierno, negándole la única condicion que puede dársele, la superioridad sobre la mujer, fundada en el talento, la posicion ó la fortuna. De otro modo, la autoridad pasará toda entera á manos de aquella; el matrimonio será una verdadera anarquía, y el marido se convertirá moralmente en mujer, para pasar la mujer á marido, como sucede ordinariamente.

En semejante matrimonio, ella es, en efecto, la que ordena y manda como un correjidor de los *buenos tiempos antiguos*; ella la que dirige los negocios interiores de la casa, como las relaciones exteriores de la familia; ella la que forma el presupuesto de gastos y el de ingresos, cobrando á su capricho el segundo é

invirtiendo el primero segun le place ; ella , en fin , la que *lleva los calzones* , como vulgarmente se dice , y sustituye en todo y por todo al marido , despachando sus pleitos si es abogado ; recetando á sus enfermos , si médico ; representando al país ó administrándole , si diputado ó ministro.

En cambio , no suele esa mujer hacer nada de lo que verdaderamente le atañe . No toma las criadas , reservándose únicamente el derecho de despedirlas ; no cuida de entregar la ropa á la lavandera , no tiene la llave de la despensa , no dispone las compras del consumo doméstico , y para pintarla en un solo rasgo , no sabe á cómo valen los garbanzos , pero llevará , si es preciso , la cuenta del *alza y baja* de la Bolsa y el curso de los efectos públicos . Esta ocupacion , á lo ménos , se halla á la altura de su importancia : todas las demás las desdeña abandonándolas á su marido , y él se muestra tan digno de su mision que no será extraño verle algun dia ir á la compra con una cesta en el brazo , fregar los cacharros cuando no haya criada , y aun dar á su cara mitad , si se le antoja , el chocolate en la cama.

Convengamos en que estos maricas no tienen precio para amas de llave , y en que una *mujer superior* es el marido que en tales matrimonios se necesita.

### VIII.

He descrito ya los principales vicios de la casada , y voy á concluir bosquejando el cuadro de sus virtu-

des; porque tambien la casada, como todas las personalidades humanas, es susceptible de virtudes y de vicios.

Pero antes debo consignar una observacion que, no por lo vulgar, deja de ser importantísima. El marido hace á la mujer, y de todas las culpas de ésta es más ó ménos responsable el primero.

Efectivamente, una doncella no tiene la libertad necesaria para elejirse un esposo, porque carece de iniciativa en este gran problema, el primero, como ya he dicho, y el más importante de su vida; su condicion social la obliga á esperar que se le presente, como suele decirse, un partido, el cual puede muy bien no ser el que satisfaga á su corazon ó convenga á sus miras, y débil por naturaleza, subordinada á la voluntad paterna por educacion y costumbre, quizá se sacrifica al interés de la familia, quizá se vé arrastrada á optar entre todos sus amantes por el que ménos le agrada ó más le repugna. No es, pues, extraño que dé muchas veces con un tiranuelo, en vez de hallar un protector cariñoso y solícito, y en tales casos tiene un derecho indisputable á ser consolada y compadecida.

En muy diferente posicion se encuentra el hombre colocado respecto del matrimonio. Él goza de una libertad ámplia, dispone en la eleccion de un campo vastísimo, nadie coárta por lo comun su independencia, nada se opone á sus amantes votos, y si tropieza con algun obstáculo, fácilmente prescinde de él ó le salva con su accion y su iniciativa. Añádase que su

corazon es ménos sensible , su razon más calculadora y más fría , su voluntad más firme y más poderosa para dominar los ímpetus de la pasion ó el capricho. Si con todos estos elementos se engaña ; si atribuye á la mujer que ama cualidades de que carece , ó desconoce en ella los defectos que moralmente la desfiguran ; ¿á quién debe culpar sino á sí mismo de lo que despues le sobrevenga?

Pero hay más aun : el marido que no tenga la habilidad necesaria para hacer de su mujer una esposa dócil y tierna , aun cuando la haya recibido en el altar indómita y arisca , es indigno del noble cargo que el matrimonio le confiere , y merece todos los atributos de imbecilidad con que la mujer no dejará de adornar su cabeza. ¿No han depositado en sus manos la sociedad y la iglesia el cetro de la autoridad conyugal? ¿Por qué , pues , no usa de ésta discretamente? ¿Por qué se deja usurpar aquel , trocándole muchas veces por la caña ó la rueca?

¡Ah! que el marido conquiste en el ánimo de la mujer la legítima influencia que le conceden su carácter y su derecho ; que la ejerza de un modo saludable y discreto , y la mujer—esté seguro de ello—será lo que no puede menos de ser , lo que es efectivamente en tales casos—digámoslo ya en justa vindicacion de la clase :

La esposa dócil y tierna , la amiga fiel y cariñosa , la dulce compañera de la vida ; la mano que enjuga nuestras lágrimas , el bálsamo que cura nuestras heridas , el alma que sufre nuestros dolores , el pecho que

exhala nuestros suspiros, la dicha con que gozamos,  
 el seno que nos abriga, el corazón con que sentimos;  
 el presente que nos halaga, el porvenir que nos sonríe;  
 el orgullo de nuestra juventud, el encanto de nuestra  
 existencia, el espejo de nuestro honor, la alegría de  
 nuestra casa, el ángel de nuestra familia, y para de-  
 cirlo de una vez, la madre de nuestros hijos.

(La América, marzo de 1860.)

exalta nuestros aspiras, la dicha con que gozamos  
 el seno que nos abraza, el corazón que nos sostiene;  
 el presente que nos halaga, el porvenir que nos sostiene;  
 el orgullo de nuestra juventud, el encanto de nuestra  
 existencia, el espejo de nuestro honor, la alegría de  
 nuestra casa, el ángel de nuestra familia, y para de-  
 cirlo de una vez, la madre de nuestros hijos.

## XVI.

## EL PROGRESO.

(TRADUCCION DE VÍCTOR HUGO.)

## I.

Por áridos desiertos,  
 incultos arenales,  
 en larga caravana,  
 con incansable afán,  
 Errantes los espíritus,  
 viajeros eternos,  
 sembrando las ideas  
 sobre la tierra van.

Costumbres, hechos, leyes,  
 en rápido proceso  
 arrastran por do quiera  
 que aciertan á pasar,  
 Y en este santo viaje,

que Dios llama *progreso*,  
 andar es su destino,  
 andar, andar, andar.

Tal vez por la fatiga  
 y el sueño acometidos,  
 siempre el oído atento  
 al más leve rumor;

Detiéndense un instante  
 sedientos ó rendidos;  
 mas á partir al punto  
 tornan con nuevo ardor.

¡En marchal... ¡en marchal... y viérais,  
 cruzando llano y montes,  
 cuál llámanse y acuden  
 por no quedarse atrás;

Sucédense comarcas  
 y climas, y horizontes,  
 y ellos andando siempre,  
 ¡ay! sin llegar jamás.

En pós de sí las letras,  
 las ciencias y las artes;  
 á cada etapa un guía  
 encuentran por do quier:

Moisés, Sócrates, Cristo,  
 Newton, Colon, Descartes,  
 unos tras otro, ante ellos  
 se ven aparecer.

Y cuanto más caminan,  
 más crece su esperanza;  
 ni abismos los detienen,  
 ni ceden al temor;

Presta la fé á sus pechos  
 indómita pujanza,  
 y gritales un ángel:  
 «¡valor!... ¡valor!... ¡valor!...»

Intrépidos sondean  
 regiones ignoradas,  
 la bruma desaparece  
 por donde quier que van,

Del término del viaje  
 no apartan sus miradas,  
 fijos en él los ojos  
 con indecible afán.

¡Ved!... punto luminoso  
 en medio la llanura,  
 estrella rutilante  
 que alumbrará á otra edad;

La dicha en el trabajo,  
 la paz en la ventura,  
 la universal concordia,  
 la santa *Libertad*;

Tal es para la ilustre,  
 piadosa caravana,  
 del mundo, en que sin tregua

agítase, el confin;

El ideal supremo

de toda ciencia humana,

último *non plus ultra*,

Meca del hombre, en fin.

## II.

La luz muere en las sombras,

y una áspera colina,

que soledad inmensa

circunda en derredor,

Cuyo horizonte lúgubre

el sol ya no ilumina,

ni un árbol interrumpe

ni un césped, ni una flor,

La caravana asalta

para tomar reposo;

enciende sus hogueras,

sus tiendas alza allí:

Es ya la noche.—¡Gloria

al Todopoderoso!

¡Cansados peregrinos,

dormid en paz, dormid!

Mas nó, que de vosotros

todo en redor despierta;

nó, nó, que en el espacio  
se oye siniestro són.

¡Alerta, peregrinos!  
¡legion sagrada, alerta!  
que, oculta entre las sombras,  
acecha la traicion.

Es la hora en que el *pasado* ,  
que os mira como presa,  
de sus rapaces garras  
ya próxima á escapar,

Saliendo de repente  
de entre la sombra espesa,  
la ilustre caravana  
procurará asaltar.

¡Mirad!... á la luz tibia,  
que el cielo azul refleja,  
el agorero buho,  
el bárbaro chacal,

El repugnante mono,  
la astuta comadreja,  
la rata abyecta y súcia,  
la zorra desleal;

La sanguinaria hiena,  
de refinado olfato,  
que amaga y despues huye  
con claudicante pié;

El tigre carnicero,

en cuyo cráneo chato  
ni aun el menor instinto  
predominar se vé.....

Todos, horribles fieras,  
aves de luto y duelo,  
bandidos de los bosques,  
con voz ronca y cruel,

De entre la espesa sombra  
con que se cubre el suelo,  
á la radiante hoguera  
se acercan en tropel.

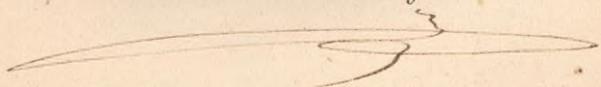
¡Tropel informe, horrendo!

Mil ojos encendidos  
se ven en las tinieblas  
aquí y allí vagar;

La soledad estalla  
en fúnebres aullidos,  
y silbos espantosos  
se escuchan sin cesar:

Pues siempre que el desierto  
surcan humanas huellas,  
á la hora en que las sombras  
condensan su crespon,

Y la celeste bóveda  
esmaltan las estrellas,  
y su concierto flébil  
entona la Creacion,



El pueblo fiero y ronco  
 que en el desierto habita,  
 dejando de sus cuevas  
 el antro aterrador,

Bajo las nubes pálidas  
 sus miembros ejercita,  
 y acoje al caminante  
 con infernal clamor.

Caos confuso, hediondo,  
 de mónstruos y reptiles,  
 que á su apetito inmundo  
 presa buscando van,

Y aullan , mayan , gruñen ,  
 silban y ladran viles,  
 sus garras afilando  
 con sanguinario afan.

### III.

De pronto , todo calla;  
 ruido y tumulto cesa;  
 gritos y quejas roncás  
 estinguense do quier ;

Cual ¡ay! del moribundo,  
 que en la garganta opresa  
 ahoga la agonía  
 del trance postrimer.

Diríase que buitres, panteras y chacales,  
abominables séres, mónstruos de la Creacion,

Que en esta triste vida  
son para los mortales  
lo que en la vida eterna  
Safán y su legion,

Desde su escelso trono,  
de rayos circundado,  
tal vez por un prodigio  
de su eternal poder,

Dios mismo, ante su aspecto,  
de su obra horrorizado,  
en sombras los envuelve  
que nunca han de romper.

## IV.

Mudo el desierto yace;  
sombras y densos velos  
tan solo el ojo humano  
distingue en derredor,

Cuando un rujido horrisono,  
que sube hasta los cielos,  
retumba en el espacio,  
inmenso, atronador.

Es el leon, agosto  
 rey de la selva umbría,  
 que, del profundo sueño  
 queriendo despertar,  
 Abre sus grandes ojos  
 al declinar el dia,  
 y poderoso exhala  
 su aliento al bostezar.

¡Mirad!... Ya surge y viene,  
 no cual la loba artera  
 que el tímido cordero  
 intenta devorar;  
 Ni cual jaguar, que deja  
 su oculta madriguera,  
 buscando los cadáveres  
 que echó á la playa el mar;

Sino solemne y grave,  
 al que la luna arroja,  
 del cénit suspendida,  
 purísimo arrebol;

Que ya hizo á tales rayos  
 Dios su pupila roja,  
 y dió al leon la luna  
 y al águila dió el sol.

Ya viene, del crepúsculo  
 atravesando el velo,  
 marchando en silenciosa

profunda distraccion;  
 Tranquilo y majestuoso,  
 bajo el azul del cielo,  
 aspira el aire puro  
 que no halla en su mansion.

Su larga cola agita,  
 y en golpes compasados  
 azota sus hijares  
 que laten sin cesar;

Nadie le vé ni siente  
 mover sus piés callados,  
 mas tiemblan las palmeras  
 cabe ellas al pasar.

Y así es como camina,  
 altivo y prepotente;  
 y así vendrá mañana,  
 como venia ayer;

A la hora en que ya Vénus  
 declina al Occidente  
 y su esplendor divino  
 se vé palidecer.

Mas ántes de acercarse  
 á la áspera colina,  
 en la movible arena  
 marcando el ancho pié,

Antes que sér viviente  
 su forma peregrina,

vago fantasma negro,  
pueda decir que vé;

Solo del noble bruto  
al soplo poderoso,  
huye el tropel inmundo  
á la honda oscuridad;

Espira en el espacio  
todo rumor medroso,  
y por do quiera reinan  
silencio y soledad.

#### V.

Así cuando de tu antro  
rompiendo al fin la losa,  
rasgando de tu noche  
el fúnebre capúz,

¡Oh pueblo! te despiertes  
en calma majestuosa  
y entreabras de la ciencia  
tus ojos á la luz;

Al anunciarte sólo,  
al vigoroso aliento  
que prestará á tus lábios  
tu propia dignidad;

Sin aguardar que estalle  
tu atronador acento,

sin afrontar tus iras,  
sin contemplar tu faz;

La hipócrita mentira,  
la estúpida quimera,  
la intriga tenebrosa,  
la atroz preocupacion;  
El mal en todas formas,  
mónstruo, reptil ó fiera,  
ya fanatismo ciego,  
ya vil supersticion;

Todos, desde el bandido  
hasta el sutil ratero,  
del seide hasta el tirano,  
de Augusto hasta Mandrin;

Huirán de tu presencia  
llenos de espanto fiero,  
entre la eterna sombra  
buscando eterno fin.

(*La América*, noviembre de 1860.)

XVII.

UN RAMO DE VIOLETAS.

Sr. Director de *El Valenciano*.

Muy señor mio y amigo: Un periodista errante, que, para no renunciar á sí mismo, renunció no há mucho al hogar de publicidad labrado por sus propias manos, viene á pedir á Vd. hospitalidad en un rincon de su apreciable diario.

No trata de ofender al pudor, ni de publicar noticias alarmantes, ni de poner en duda la legitimidad de las quintas, ni de cometer ninguno de los innumerables delitos y faltas que, con solícita prevision, han señalado á los escritores públicos los benévolos legisladores de la imprenta. Su objeto no es en manera alguna peligroso para el editor responsable de *El Valenciano*; y si hay en él algun peligro, está reservado para mí, caballero andante de la crítica y desfacedor de entuertos literarios, que he tropezado tal vez con un Ginesillo de Pasamonte cuando he querido dar suelta por los campos de la Fama á algun ingénio amarrado á las cadenas de la oscuridad y el olvido.

No temo ya que vuelva á sucederme este percance, sabiendo que doy con almas elevadas y dignas; pero, aunque lo temiera, no sería esto bastante á retraerme de mi propósito, porque no soy hombre que especulo con la gratitud ni pongo mi pluma al servicio de aquellos que pueden pagármela.

Yo, como Vd., soy independiente por carácter, y aun si me comparo con Diógenes, debo creerme afortunado: el filósofo griego buscaba en su patria un hombre, y no podia encontrarle; yo, amigo mio, sin buscarlos, he encontrado en Valencia hace pocos años un poeta, y hoy un autor dramático.

No voy á pedir por ellos el hallazgo: del primero me le dió hace ya tiempo en plácemes casi todo el periodismo de la córte; del segundo, no ha de negármelo en satisfacciones mi conciencia, cuando no me lo agradeciesen los amantes de las letras valencianas, en cuyo número, Sr. Director, no me olvido de contarle.

Solo pretendo al acercarme á Vd. referirle los pormenores de mi buena suerte, y darle, por decirlo así, las señas que distinguen al nuevo alumno de Melpómene y Talía. Hé aquí el caso:

Hallábame yo la noche del 2 del corriente en el *Teatro Principal*, donde algunos actores apreciables rinden culto al arte de Moliere y de Lope de Rueda, y escarmentado ya por una dolorosa esperiencia, me disponia á asistir, entre bostezos de fastidio y accesos de sueño, á la representacion de alguno de esos mal pergeñados engendros que suelen regalarnos nuestros ingénios vulgares, y con los cuales yo mismo, drama-

turgo incorregible, habré solicitado más de una vez la atención pública en mis pasatiempos literarios. Había visto alzarse el telon con la mayor indiferencia, y aun me había arrellanado con estóica resignacion en mi butaca, cuando de pronto empezaron á herir mis oidos versos correctos y armoniosos, conceptos delicados, palabras llenas de sentimiento y de poesía. Poco á poco mis ojos se fijaron á pesar mio en la escena, y empecé á seguir con curiosidad creciente los movimientos, los gestos, las actitudes de los personajes, que evocaban en mi alma imágenes, ora sombrías y tristes, ora alegres y risueñas, pero todas bellas, todas verdaderas, con esa verdad que presta el arte, y que en mal hora pretende convertir en una realidad deforme la escuela que ha dado en llamarse *realista*. Bien pronto sacudí mi letargo; me despojé de mis prevenciones dramáticas, olvidé el público y las bambalinas, dejé de pertenecerme á mí mismo, y me encontré trasportado á otro lugar y otra época, en medio de un mundo extraño, combatido de las mismas pasiones que el nuestro, pero con su fisonomía propia, con su traje y sus maneras; con su lenguaje y sus costumbres.

Corria el siglo xvii, y ensangrentaba el suelo español la rebelion de una de sus más ricas provincias.

El pueblo catalan, harto de miseria y vejaciones, habia alzado pendones contra el rey Felipe cuarto.

En una oscura aldea del Principado, inmediata al Ebro, y en el fondo de un aposento humilde, pero que revelaba en su modesto ajuar el aseo y la holgura, se desarrollaba una accion por demás sencilla, pero tierna é interesante; uno de esos acontecimientos de familia que no cambian la faz de los imperios ni afectan á la suerte de la humanidad, pero que conmueven hondamente los corazones sensibles. Una jóven, llamada María, cándida y pura como el primer rayo de la aurora, buscaba inquieta los medios de salvar á su amante, capitán del ejército real, que, despues de haber cumplido una mision en la rebelde Barcelona, andaba por aquellos contornos, perseguido de los Migueletes catalanes. Era hija única del honrado labriego Gaspar, que, devorado por el dolor, no tenía más consuelo que el cariño de aquella niña. El pobre anciano habia visto, al principio de la guerra, quemado su hogar, talados sus campos por las huestes castellanas; habia perdido á su esposa, y para colmo de males habia cerrado los ojos á su hija mayor, deshonrada por la brutalidad de un soldado.

Era una rosa tronchada del tallo, y como perdía una hoja cada dia, vino á quedar deshojada.

Desde entonces el alma de Gaspar rebotaba de amargura, y guardaba en su memoria el nombre del criminal con un rencor implacable. Tenia, sin embar-

go, un corazón cristiano; no desconocía el placer santo de perdonar, que la tierna María le dejaba entrever á cada instante, recordándole las sublimes máximas del Crucificado, y bien podía esperarse que si un día daba con el ladrón de su honra, con el asesino de su perdida hija, un solo sentimiento, el sentimiento religioso, calmaría su desesperación de padre; una sola idea, la idea del deber, sería capaz de hacerle vacilar en su venganza. En esta disposición de ánimo se hallaba cuando una noche, acosado por los Migueletes, pidiendo asilo contra la persecución de que era objeto, penetra en su casa el capitán de los tercios castellanos, el amante de la bella María. ¡Un partidario del rey!... ¡un enemigo de su patria!... ¡un compañero de armas de aquellos bárbaros soldados á quienes debe toda su desgracia! Motivo tendría Gaspar para rechazarle de su albergue, para negarle la hospitalidad que reclama, para abandonarle en manos de sus perseguidores:

Mas cuando un alma padece,  
su sola patria es el cielo.

Gaspar, por el contrario, le hace sentar á su mesa; le presenta como sobrino suyo al sargento de los Migueletes; consiente, para alejar toda sospecha, en que pase por amante de María... ¡Vanos ardides!... Por más que diga el gran Alarcon, no siempre

El mejor engaño  
es con la misma verdad.

El sargento Pedro Rubio ha conocido al capitán; el Consejo de Barcelona le ofrece doscientos ducados por su captura; la codicia reclama su presa. ¿Qué hará Gaspar? ¿Dejará perecer á su huésped? No.

La piedad es generosa,  
y aun deber, más que virtud,  
para los que esperan y oran.

El laborioso anciano ha logrado, á fuerza de afanes y privaciones, juntar otros doscientos ducados para el dote de su hija. La pobre niña daría toda su sangre por salvar á su amante; Gaspar ofrece al sargento el fruto de sus ahorros en cambio de la vida y la libertad del proscrito. Pedro Rubio acepta, y para acreditar por su parte la buena fé del contrato, muestra la orden que ha recibido de sus jefes:

Ordena y manda el Consejo  
que la orilla se recorra  
del Ebro, batiendo el campo,  
por si detener se logra  
al hombre á quien se conoce  
por el capitán Mendoza.

—¡Mendoza!...—esclama entonces Gaspar con una alegría feroz.—¡Mendoza!... ¡el miserable que deshonoró á mi difunta hija!

¡Ah!... el cielo  
en mi camino le arroja.

MARÍA. ¡Padre!... ¡compasion!

GASPAR. ¡Nunca!

MARÍA. ¡María os lo ruega!

Allí, confiado, inerme,  
seguro en vuestra honradez,  
se habrá dormido tal vez  
y...

GASPAR. El último sueño duerme.

¿Quién á una sierpe cobija  
sin aplastar su cabeza?

MARÍA. Me espanta vuestra fiereza.

GASPAR. ¡Tú no has perdido una hijal!

¿Quieres detener mi mano?

MARÍA. Mi alma le pertenece.

GASPAR. ¡Tú!

MARÍA. ¡Sí!

GASPAR. ¡Imposible!... ¡Gran Dios!

MARÍA. ¿Y si imposible no fuera?

GASPAR. ¡Oh! si verdad lo creyera  
os mataría á los dos.

¡Mendoza!

MARÍA. ¡Padre!

GASPAR. ¡Mendoza!

Soy Gaspar Gil; en castigo,  
tu impura sangre derramo.

MARÍA. ¡Ah! no.

GASPAR. ¡Atrás!

**MARÍA.** ¡Perdon!... ¡le amo!

¡Deteneos!

**GASPAR.** ¡Atrás digo!

**MARÍA.** Pensad que tiene en su abono

lo que ella dijo: «Jesus

»perdonó sobre la Cruz:

»yo tambien, padre, perdono.»

Ante este recuerdo sagrado, Gaspar se deliene y permite á Mendoza probar su inocencia.

**MENDOZA.** ¡Oid, María!

**MARÍA.** Es en vano.

**MENDOZA.** No, María, no. El autor

de vuestro inmenso dolor

ha muerto ya: fué mi hermano.

En mis brazos, casi muerto,

su estravío me contó.

«Vé, me dijo el desdichado,

»y dáles toda mi hacienda

»en expiatoria ofrenda

»del mal que les he causado.

»Diles que, al dejar el mundo,

»quiero su perdon y olvido.»

Señor, María, lo pido

en nombre de un moribundo.

Gaspar perdona; María espera, y el capitán, pro-

metiéndole su manó, se aleja para trasponer el Ebro

en la barca del pescador Juanillo.

Tales eran, Sr. Director, los sucesos que pasaban á mi vista. ¿Cómo podré pintar á Vd. ahora los dulces afectos que me agitaban, sobre todo en las últimas escenas? Yo, amigo mio, que contemplo impassible las sombrías elucubraciones de Bouchardy; yo, á quien no han logrado interesar las desgracias de *La Dama de las camelias* ni otros héroes sacados al teatro desde los presidios y los lupanares; yo, que no me conmuevo siquiera al escuchar esas homilias dialogadas con que nos aturden los oídos ciertos diablos predicadores, disfrazados de autores dramáticos... yo, sin embargo —¿lo creará Vd.?—tenia el pecho oprimido, los ojos arrasados de lágrimas, el corazón embargado por la piedad, la abnegación, la ternura y los más puros sentimientos del espíritu humano.

¿Por qué? No habia allí ni puñales, ni filtros, ni tisis llovidas del cielo, ni cegueras imprevistas, ni mudeces improvisadas, ni ninguno de esos *Deus ex machina* con que tan fácilmente se impresiona al vulgo en las parodias del romanticismo. No era todo aquello más que un misterio de la vida íntima, un pequeño cuadro de Rembrandt, con un asunto más grave; y sin embargo, yo sentia á su aspecto un placer que no siempre me es dado sentir en el teatro. Aquella figura, sobre todo, aquella figura de María, tan cándida, tan esbelta, tan hermosa, se me aparecia como la imagen del dolor resignado y tranquilo; aquel anciano tan noble, tan venerable, poseido de tan justa ira, y deponiéndola, sin embargo, á la voz de la caridad, representaba á mis ojos el sacrificio de la pasión, el deber austero

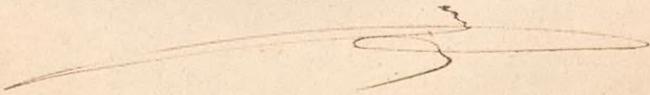
é inexorable; y hasta en aquel pescador, Juanillo, tan animoso, tan arrojado, tan solícito, creía yo ver no sé qué sombra de la Providencia, no sé qué personificación de esa mano misteriosa, de ese ángel invisible que nunca abandona al hombre en los más ásperos caminos de la vida.

Acababa, en fin, de ver un drama, escrito no para entretener, no para divertir únicamente los ócios del público, suprema aspiración de todos los confeccionadores de obras escénicas, sino con un fin más alto, con un pensamiento moral, encerrado en una fábula llena de interés, encarnado en personajes perfectamente dibujados, espresado en un diálogo castizo, sonoro, fácil, con esa difícil facilidad de que hablaba el restaurador de nuestro teatro.

Tales eran, amigo mio, las bellezas del drama. ¿Hablaré á Vd. de sus defectos? ¿Para qué? No faltarán Aristarcos que se encarguen de buscárselos; no faltará, sobre todo, esa censura del silencio, que toma el partido de callar cuando no puede menos de reconocer el mérito; que oculta una envidia impotente bajo la máscara de la indiferencia, y de la que, en versos inéditos, pero que no tardarán mucho en ser publicados y aplaudidos, ha dicho uno de nuestros primeros poetas:

Esa es la calumnia muda  
conque algunos se dan tono.

Pero Vd. querrá conocer el título del drama y la pluma á quien se debe. Pues bien, sépalo Vd., amigo mio:



los carteles anunciaban *Un ramo de violetas*, original de D. FRANCISCO DANVILA. El autor era el mismo jóven que tan felices pruebas de su inspiracion nos habia dado poco tiempo antes, un escritor valenciano ya conocido por otros trabajos. Desde *El toque del alba*, su primer ensayo, habia adquirido más concision, más energía en la espresion de los afectos, más colorido en la pintura de los caracteres, más claridad y método en la exposicion de la fábula. Era ya todo un autor dramático, novel sin duda en el arte, pero á quien se abre un porvenir risueño, una vasta carrera, que él recorrerá con aplicacion y constancia.

Ya vé Vd., Sr. Director, que no le engañaba al anunciarle mi hallazgo, y que está bastante justificado mi atrevimiento al dirigir á Vd. esta carta. Pago, por otra parte, en ella una deuda de gratitud al estudioso jóven que la ha motivado. Él, redactor y crítico de ese apreciable periódico, tuvo la bondad de dispensar hace tiempo á una de mis producciones literarias una atencion inmerecida. Espero que con estas líneas se dará por correspondido y satisfecho.

Y si Vd., amigo mio, tiene la bondad de acojerlas y publicarlas, nada le quedará que desear al que con este motivo se repite su obligado, atento, seguro servidor Q. S. M. B.

MARIANO CARRERAS Y GONZALEZ.

Valencia 12 de mayo de 1861.

De luego son sus miradas;  
 es de alabastro su lex;  
 sus rizos son de xaxabax;  
 es líli y breve su pié;  
 Y de su moribido tallo  
 quedo prendo el  
 XVIII.  
 Y agora voce cautivo,  
 cautivo en su dulce red.

## SERENATA.

Sal, mi bien, á la reja,  
 sal sin temor;  
 oye los ecos

Sal, mi bien, á la reja,  
 sal sin temor;  
 oye los ecos  
 de mi canción.

Que la luz de tus ojos  
 vea mi amor;  
 ven, gitanilla  
 del corazon.

Por una noble doncella,  
 hermosa como una flor,  
 está perdido de amores  
 un caballero español.

En vano en toscos sayales  
 envuelve ella su primor,  
 que mal disfrazan las nubes  
 los rayos del rojo sol.

De fuego son sus miradas;  
 es de alabastro su tez;  
 sus rizos son de azabache,  
 sutil y breve su pié;

Y de su mórbido talle  
 quedó prendado el doncel,  
 y agora yace cautivo,  
 cautivo en su dulce red.

Sal, mi bien , á la reja,  
 sal sin temor;  
 oye los ecos  
 de mi cancion.

Que la luz de tus ojos  
 vea mi amor;  
 ven, gitanilla  
 del corazon.

(*El Saldubense*, febrero de 1862.)

XIX.

UNA ESCURSION Á PORTACELI.

VALENCIA.

I.

El día 24 de diciembre del año de gracia 185...: salian tres tartanas por el arco de la Torre de Serranos.

Con decir tartanas ya habrán adivinado nuestros lectores el lugar de la escena: no puede ser otro que Valencia, la morisca Valencia, la ciudad de las bellas y de las flores.

Aquel informe vehículo constituye, en efecto, con el arroz y las chufas, los zaragüelles y las festetas, la fisonomía del pueblo valenciano.

Mezcla singular de cajon y de coche, de litera y de carromato, que un jóven y ya popular poeta ha llamado, en fáciles é ingeniosos versos,

Negra curiana, de día,

Gusano de luz, de noche,

la antigua y tradicional tartana es á la metrópoli del Turia lo que eran no há mucho tiempo los calesines á

Madrid, lo que son todavía los fiacres á París y las góndolas á Venecia.

No es, pues, extraño que atravesáran tres de ellas la gigantesca y almenada torre, ni nosotros fijáramos nuestra atención en sus formas, si no encerrasen objetos que particularmente nos interesan.

Dentro de las dos primeras iban, en efecto, hasta nueve jóvenes, ocho de ellos, de ingenio, de erudición, de verdadero y profundo talento, fervientes adoradores de Minerva, discípulos predilectos de las musas: el otro restante era el autor de este artículo.

La tercera tartana contenía equipajes y comestibles, colchones y cestas de vianda, gabanes y botas de vino, abrigos del cuerpo y del estómago; en una palabra, todas las provisiones necesarias para un viaje del siglo xv.

La mañana, aunque de invierno, era una de esas que solo pueden disfrutarse en Valéncia, bajo aquel clima suave y templado, en aquella tierra húmeda y esponjosa, que dan vida al naranjo y á la palmera.

El sol estaba espléndido y sereno;

El aura mansa, diáfana y azul,

como diría el fantástico y caballeresco Zorrilla.

Los viajeros alegres, bulliciosos, aturdidos, juguetones, como niños á quienes el preceptor acaba de dar suelta, charlaban, reían, gritaban ó cantaban en sus respectivas tartanas, aspirando con delicia el aire puro y perfumado de los campos. Al verlos así, dentro de aquellos vehículos, hubiera podido esclamarse con

nuestro amigo Miguel de los Santos Alvarez , el vate escéntrico y humorista:

¡Paz á los hombres! ¡Gloria en las alturas!

¡Cantad en vuestra jaula, criaturas!

¿A dónde se dirijian? ¿A dónde? A un sitio solitario y apartado, agreste, encantador, poético, en que mirar al sol cara á cara, contemplar nuevos horizontes, empaparse en el aroma del tomillo; conversar con los árboles y las fuentes, romper las redes sociales; vivir en fin libres, con esa libertad que soñaba Rousseau, léjos del bufete y de los salones, sin guantes ni corbata, sin etiquetas ni ceremonias ridículas, sin más testigos de sus acciones que el espacio y la naturaleza.

El término de su viaje, como veremos muy pronto, era la *Cartuja de Portaceli*.

## II.

Ya habíamos andado una legua. Nos hallábamos á la entrada de uno de esos pueblecillos, cuyas casas blancas y aseadas se apiñan, como una bandada de palomas, enmedio de la huerta de Valencia.

Delante de nosotros se levantaba, como el milano que las acecha, un antiguo palacio rodeado de árboles y jardines.

Aquel pueblo era Burjasot, que quizá de torre árabe edificada enmedio de un soto, como lo indican de consuno su etimología y su topografía, ha llegado á

villa rica y floreciente ; aquel palacio el del señor don Juan de Rivera , dos siglos hace arzobispo de Valencia y patriarca de Antioquía , hoy Beato de la Iglesia y venerado como tal en los altares.

El jefe de la caravana , el discreto y previsor F... , dió la voz de alto.

Penetramos en el pueblo y nos detuvimos en el palacio.

—Hay, como sabéis, en Valencia—nós dijo entonces el piadoso B...—un colegio de teología llamado de *Corpus Christi*, por venerarse bajo esta advocación al Dios-Hombre en el suntuoso templo que está anejo al edificio. Pues bien ; en este palacio, y segun cuenta la tradicion, bajo un enorme carrasco que descollaba en su bosque, escribió el ilustre prelado las constituciones de aquel instituto, que fundó y dotó con pingües rentas él mismo ; constituciones admirables por la sabiduría con que están redactadas, y por haberse previsto y evitado en ellas la desamortizacion eclesiástica, disponiendo que en tal caso pueda reivindicar para sí los bienes de la fundacion la noble familia de los Rivera. El carrasco á qué me refiero, nuevo árbol de Guernica, tenia, segun añaden las crónicas, catorce ramas magistrales, tan récias y encaramadas que hubieran podido pasar por encinas, necesitando para no desgajarse el apoyo de otros tantos pilares de ladrillo que las sostenian ; tomada la medida de ellas en cruz y de punta á punta, ocupaban tres hanegadas de tierra, y la sombra que proyectaba su copa formaba una espaciosa plaza de cuarenta y ocho pasos de diámetro y

ciento cuarenta y cuatro de circunferencia. Tal era este gigante de la vegetacion, por su vejez y extraordinaria corpulencia verdadera maravilla de la naturaleza. Él, plantado quizá por la mano de algun árabe labriego, vió en todo su esplendor y poderío la dominacion de los moriscos en estas comarcas, y asistió despues á la espulsion de sus descendientes, arrojados de su pátria adoptiva por el mismo señor á quien cobijaba bajo sus ramas, por el religioso arzobispo, convertido á la sazón en capitan general de Valencia.

—Y lloró tambien—le interrumpí yo al oír esto— el abandono en que la madre tierra quedaba con tan bárbara medida, mientras el monarca que la autorizaba, el devoto Felipe III, murmuraba sin duda, con los ojos fijos en el cielo, estas palabras del gran Quintana:

Llora la industria su viudez: ¿qué importa?

Su voz no llegó á mí.

—¿Qué importa, ciertamente?—me replicó B.— Era preciso crear la unidad religiosa.

Y en estas pláticas llegamos al otro extremo del pueblo, donde nos aguardaba un nuevo objeto de curiosidad histórica.

Era una ancha plaza cuadrilátera, situada sobre una colina y cubierta de grandes losas de piedra, que interrumpian de trecho en trecho varios mojones con argollas de hierro. Levantamos uno de éstos y asomándonos por el agujero que dejaba al descubierto, distinguimos una concavidad oscura y profunda.

—Hé aquí—nos dijo entonces F...—los famosos *silos de Burjasot*. Son cuarenta y una cuevas ó sótanos, escavados en la peña, que los del país llaman *siches*, y los antiguos *criptas* ó *silos*; ocupan un recinto casi cuadrado, cercado de muros; tienen ciento noventa y cinco piés de largo por ciento ochenta y tres de ancho, y pueden contener hasta veintidos mil doscientos setenta cahices de trigo. Su destino es servir de granero donde se deposita aquel cereal para socorrer las necesidades, principalmente de los labradores, á quienes se adelanta el necesario para la sementera con la obligacion de reponerle, aumentado en un cuartillo por ciento al tiempo de la cosecha. Empezaron á construirse en 1573 y duró la obra cerca de dos siglos.

—La institucion, sin embargo,—añadió A...,—se remonta á los tiempos de los Romanos, y ya el sábio Plinio, hablando de las varias precauciones que en todos los países del mundo se emplean para conservar los granos, decia:

*Utilissimè servantur in scrobibus, quos siros vocant.*

Pero no bien hubo acabado de hablar nuestro erudito amigo, echaron á andar nuestras tartanas y nosotros con ellas.

Una legua más allá encontramos á Bétera, hoy villa de doscientos vecinos y cabeza en otro tiempo de los pueblos llamados *Beterones*. Tocó su señorío en la conquista á los comendadores de Calatrava, y despues le poseyeron por mucho tiempo los señores Boyles de

Vivas, con obligación de dar cada año cierta renta á un caballero del hábito; pero ya no quedan en él de la Edad media otros vestigios que un castillo de piedra, flanqueado por tres torres y que pertenece al marqués de Dos-Aguas. Visitamos aquel monumento de la barbarie, y nos entregamos á largos y poéticos comentarios, creyendo oír todavía desde las almenas los gritos de las *algaradas* moriscas, y ver en el patio de armas al castellano cubierto de hierro enmedio de sus arqueos prontos á la batalla.

Después continuamos nuestro camino.

### III.

Era ya medio día; el sol suspendido en el cenit como un globo de fuego, derramaba sobre nosotros sus rayos abrasadores.

Daban las doce en el reloj del pueblo vecino, y las campanas de la torre anunciaban al laborioso labriego la hora del alimento y del reposo.

A sus vibrantes notas, cesaban como por encanto las faenas agrícolas: clavábanse el arado y la esteva en el no concluido surco, y libertando á los dóciles bueyes del pesado yugo, se les dejaba rumiar á su sabor la fresca yerba, mientras, sentados á la sombra de un árbol, celebraban entre sorbo y sorbo los dueños su campesino y frugal banquete.

No hay *afecto* tan contagioso como el apetito: aquel espectáculo hubiera despertado el de un eremita,

acostumbrado á vivir de raíces silvestres, ó el de un canónigo del siglo XVIII, después de levantarse de la mesa.

El ejercicio habia agotado nuestras fuerzas; el olorillo de los manjares heria gratamente nuestros olfatos; los estómagos dieron, como era natural, la voz de alerta.

En vano nuestro amigo B... nos hizo notar piadosamente que, siendo día de ayuno y no pudiendo hacerse más que una comida, convendría aplazarla para más tarde, á fin de soportar mejor la falta de alimento hasta el día siguiente.

—*Vox ventri, vox Dei!*—esclamamos todos en coro, y nos lanzamos con ímpetu voraz sobre la tartana que hacía de despensa.

Las cestas, las alforjás, las botas hidrópicas

De ese líquido que suelo  
 Llamar yo néctar divino,  
 Y al que llaman otros vino  
 Porque nos vino del cielo;

todo lo pusimos á contribucion en un momento, y allí, muellemente reclinados sobre un lindero, improvisamos el almuerzo más esquisito que jamás ha devorado gastrónomo alguno, porque el hambre sazónaba nuestros manjares y no hay arte de cocina que pueda reemplazar esta salsa de la naturaleza. Lúculo mismo hubiera envidiado nuestro banquete, y á poder abrir sus mandíbulas, hasta los dioses terminales—*Dei termini!*—habrían bostezado simpáticamente.

Las libaciones se sucedían con una frecuencia peligrosa para la serenidad de las inteligencias, y escusado es decir si entre ocho comensales, todos jóvenes é inspirados—el noveno era el piadoso B... que, fiel á su propósito, guardaba una abstinencia verdaderamente heroica—escasearían las *bombas* y los brándis poéticos. La musa glotona de Baltasar de Alcázar se cernía sobre nuestras cabezas y hacía brotar de nuestros lábios endechas, coplas y décimas, con las cuales hubiera podido formarse á la *Gula* todo un poema.

Concluido el almuerzo, emprendimos un paseo á pié, para secundar los esfuerzos de una digestion laboriosa.

Habíamos dejado la ancha carretera que conduce á Liria, y caminábamos por uno de esos desiguales y tortuosos senderos que concluyen por abrir en la tierra virgen las huellas repetidas de los traginantes y los animales de carga. A un lado y otro del mismo se extendían vastos campos bordados de surcos profundos, que interrumpían de trecho en trecho corpulentos algarrobos. Poco á poco, el terreno fué accidentándose; perdiéronse tras de nosotros los sembrados y los plantíos, y nos encontramos rodeados de pinos enanos que alzaban sus copas cuajadas de piñas sobre una alfombra de césped y de verdura. A lo léjos se divisaban las crestas de un grupo de montañas, cuyos últimos contrafuertes iban á espirar en las olas del Mediterráneo, y en medio de ellas veíase un edificio aislado, perdido en el fondo de un valle.

Detuvimonos por un momento á contemplar aquel

risueño paisaje, y tendidos sobre la yerba, bañados por los trémulos rayos del sol, que caminaba rápidamente al ocaso, acariciados por el viento que en són de queja murmuraba entre las ramas de los árboles, nos gozamos en aquel delicioso abandono, en aquella soledad salvaje que nos ocultaba á las impertinentes miradas del mundo. Despues subimos de nuevo en nuestros vehiculos, y nos *envainamos*, como diria Gil Blas de Santillana, *en lo más espeso é intrincado del bosque*.

Ya no veíamos en torno nuestro sino los pinos, cada vez más corpulentos; ya no oíamos sino el rumor confuso de nuestros pasos y nuestras voces que se perdian en el ramaje; la tibia luz del crepúsculo nos alumbraba apenas como una lámpara moribunda; la oscuridad y el silencio empezaban á envolvernos por todas partes. Así caminamos por largo rato, siempre entregados á no sé qué sencilla y retozona alegría, hasta que por fin desembocamos en el valle, y distinguimos enfrente de nosotros el edificio que se nos habia presentado en lontananza. ¡Era nuestra tierra de promision, nuestra Jerusalem deseada, la *Cartuja de Portaceli*!

Una aclamacion unánime resonó en las vecinas cumbres, y el jefe de la caravana, el solícito y cuidadoso F..., se apeó inmediatamente de su carruaje para pedir la hospitalidad que el sitio y la hora reclamaban; mientras los demás, abandonando tambien sus vehiculos, examinaban con curiosidad artística el exterior del convento, informe grupo de viviendas, horadadas de ventanas, en cuyo centro se levantan una iglesia y un

cláustro, medio destruido por la mano inclemente del tiempo. Une el edificio á la montaña inmediata un magnífico acueducto, y llégase á la entrada del mismo por un soberbio puente, únicas obras que han respetado los siglos y las vicisitudes humanas.

El administrador de *Portaceli*, hoy propiedad de los señores Bertran de Lis, á cuya amabilidad habíamos merecido una recomendacion especial, recibió á nuestro amigo con toda la cortesía propia de un caballero, y dispuso que se nos alojase en una de las celdas más espaciosas y mejor conservadas del convento. Tomamos posesion de ella inmediatamente, y despues de instalar en su recinto nuestros equipajes, nos ocupamos, como era natural, en arreglar la cena. No teníamos allí ningun *Restaurant* donde encontrar las viandas condimentadas, ni ménos cocinero alguno que se encargase de comunicarles esta cualidad indispensable para todo estómago civilizado; pero en cambio llevábamos un buen repuesto de fiambres, y nos convidaba una escélenete cocina á la preparacion de otros comestibles. Repartímonos la tarea, y quién guisando unas bucólicas sopas de ajo, quién calentando algunos trozos de pescado frito, quién, en fin, limpiando los platos y llenando de vino las botas, bien pronto se encontró todo á punto para restaurar las perdidas fuerzas. El banquete de la noche fué tan animado, tan esquisito como habia sido el de la mañana; y para que nada faltase á nuestro contento, una música estraña, agreste, indefinible, vino á herir nuestros oidos al fin de la cena.

Era todo un concierto vocal é instrumental, un coro de voces masculinas á que acompañaban por toda orquesta los roncós y desacordes sonidos de la grave y característica zambomba. Aquella armonía singular nos sedujo; levantámonos de la mesa, y guiados siempre por sus ecos, que conmovian dulcemente nuestras almas, nos dirigimos al patio de la hospedería, donde unos cuantos labriegos de todas edades, agrupados en torno de una hoguera, celebraban el nacimiento del Hijo de Dios, entonando esos cantos sencillos y tradicionales que en Castilla se conocen con el nombre de *villancicos*. En medio de ellos se hallaba un jóven de fisonomía espresiva, de constitucion delicada, cuyas finas y aniñadas facciones desfiguraba cruelmente una de esas enfermedades congénitas que, cebándose en la hermosura, parecen un sarcasmo de la naturaleza. Era el tañedor de la zambomba, el director de la orquesta, poeta de instinto, músico de sentimiento, que improvisaba con una facilidad admirable y daba además á sus versos el encanto de la melodía, con una voz aguda, pero dulce, simpática y sonora, que hubiera envidiado quizás alguna aplaudida contralto de nuestros teatros. Unimos nuestros acentos á los suyos, y entonamos todas estas coplas que habia compuesto él mismo:

Noche buena, Noche buena,  
 Noche de júbilo y danza,  
 Que en ella, por dicha nuestra,  
 Nació el Pastor de las almas.

Era el Niño Rey de reyes  
 Y nació en humilde establo;  
 Y es que quiso dar ejemplo  
 De que se humillen los altos.

No le hubiera ocurrido en aquellos momentos nada mejor ni más elocuente á ninguno de nosotros; pero todavía el rústico vate quiso darnos una prueba más de su inspiración, dedicándonos la siguiente estrofa:

Bien venidos, caballeros,  
 A este albergue solitario;  
 Honrais con vuestra presencia  
 A los pobres aldeanos.

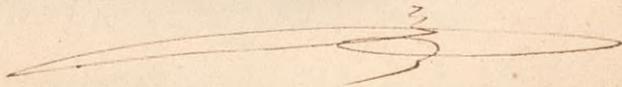
Conmoviéron tan delicada galantería, y contestamos inmediatamente:

Bien hallados, campesinos;  
 Campesinos, bien hallados;  
 Vuestros sencillos cantares  
 De gozo inundan el ánimo.

Y así, dirijiéndonos mutuamente el vate y nosotros saludos poéticos, en que—por más que duela á nuestro orgullo confesarlo—llevaba él siempre la mejor parte, pasamos las primeras horas de la noche, hasta que la luna rijiendo, como dice el poeta latino, los caballos de su carro,

*Lunaque nocturnos alta regebat equos,*

apareció en lo más alto del firmamento, y la campana de la capilla nos llamó á la *Misa del Gallo*.



Penetramos entonces todos en el templo, y asistimos al *Santo Sacrificio* con religioso recojimjento. El edificio era modesto; un altar abigarrado, del gusto dominante en el siglo XVIII, y algunos retablos laterales componian toda la decoracion del sagrado recinto. Un solo sacerdote, revestido de ornamentos pobres y auxiliado por un jóven aldeano, desempeñaba el *oficio divino*; y sin embargo, jamás me he sentido tan penetrado de una devocion profunda, jamás los misterios de nuestra religion me han parecido tan sublimes como en aquellos momentos. A esta misma hora, poco más ó ménos, pensaba yo para mí, se celebra sin duda con bien diversa pompa, en San Pedro de Roma, en Nuestra Señora de Paris, en la metropolitana de Toledo, en todas las iglesias, en todas las catedrales, verdaderas maravillas del arte, el gran acontecimiento que aquí nos tiene reunidos á nosotros. ¿Serán más gratos á los ojos del Dios-Hombre aquellos votos que los nuestros? Y recordando la vida entera del que quiso tener por padre á un menestral oscuro, y dijo á unos rudos pescadores :

*Venid tras de mí, y os haré pescadores de hombres,*

me confirmé en la creencia consoladora de que todos los homenajes, grandes y pequeños, cuando parten del corazon, llegan igualmente al trono del Altísimo, y retirado con mis compañeros á la celda que nos servía de comun vivienda, cerré como ellos mis párpados, y nos entregamos á ese sueño blando y benéfico, que

solo pueden proporcionar la satisfaccion del ánimo y la serenidad de la conciencia.

## IV.

El día siguiente amaneció envuelto en nieblas. Densas y opacas nubes velaban el horizonte, y robaban al astro de la luz su fúlgido esplendor y sus brillantes colores. El viento zumbaba airado en los espesos pinares, y al escaparse por entre sus ramas, enviaba hasta nosotros gemidos que se prolongaban, ya intensos y profundos, ya débiles y apagados, como las notas de una escala cromática.

Los pinos son las arpas del Desierto,  
Que, prestando á los Euros su ramaje,  
Dan á la soledad largo concierto  
Con un eco monótono y salvaje.

Esto ha dicho de los cedros en bellísimos versos Arolas.

La naturaleza doliente, melancólica, rodeada de sombras, tiene tambien sus encantos, lo mismo que cuando se viste sus más ricas galas, y aparece risueña, radiante, adornada de luz y de flores.

Nosotros habíamos soñado una ascension á las montañas. Queríamos subir aquellas rápidas pendientes, trepar á aquellas cumbres, no holladas quizá mas que por los rebaños de cabras; nuestra imaginacion se

complacia en vernos de pié, sobre la cima más alta,

Con la frente allá en las nubes

Y por pedestal la tierra,

como ha cantado también el malogrado poeta valenciano.

Lo desapacible del día no fué bastante á retraernos de nuestro propósito. Hicimos los preparativos necesarios, y emprendimos resueltamente nuestra jornada, precedidos de un guía conocedor del terreno.

Era un hombre como de treinta á treinta y seis años, alto, esbelto, ágil y robusto al mismo tiempo. Aragonés de origen, llevaba impreso en su semblante ese sello de honradez, de lealtad y franqueza, que es peculiar de sus compatriotas, sin tener el aspecto brusco y las maneras demasiado espontáneas que se atribuyen á los valientes hijos del Ebro. Llamábase Ciriaco y pertenecía, en calidad de criado ó mozo de labor, á la servidumbre de la granja.

No estrañe el lector estos pormenores. Bastante tiempo ha inmortalizado la Historia á los tiranos ilustres y á los grandes bandidos; justo es hoy reclamar un renglon de sus páginas de oro para un oscuro labriego, que quizá ha tenido más parte en el progreso humano, manejando el azadon ó guiando el arado, que Atila y Gengis-Kan blandiendo su terrible acero.

Ciriaco nos acompañaba en nuestra ascension; Ciriaco nos mostraba los senderos más accesibles; Ciriaco nos sostenia cuando nuestras fuerzas flaqueaban;

Ciriaco era, más que nuestro guía, nuestro salvador y nuestra Providencia en aquella expedición atrevida.

Por fin llegamos á la cima de la montaña. ¡Qué magnífico panorama se presentó entonces á nuestra vista! El sol, oculto por las nubes en aquel punto del horizonte, brillaba más allá en todo su esplendor, y nos permitía distinguir claramente cuantos objetos nos rodeaban. A nuestros piés, sobre un campo de esmeralda, se alzaban multitud de pueblecillos con sus almenados castillos moriscos y sus esbeltas torres cristianas; el bellissimo lago de la Albufera ostentaba sus ondas rielantes á la derecha, y enfrente se estendia el Mediterráneo, como una inmensa sábana de plata.

Largo tiempo permanecimos contemplando aquel espectáculo, y aun habríamos continuado en esta actitud, si Ciriaco no nos hubiera avisado que era ya tarde y teníamos que andar mucho camino. Empezamos entonces á descender por la pendiente opuesta, saltando de breña en breña, como verdaderas cabras monteses, trasponiendo derrumbaderos, columpiándonos al borde de más de un abismo, y al llegar á la mitad de la altura, nos encontramos delante de un agujero abierto en la roca viva. Era la entrada de una cueva profunda, pero baja, donde podrian caber hasta quince ó veinte personas.

—¡La cueva de Inés de Moncada!—esclamó nuestro guía, y reduciendo todos cuanto era posible sus dimensiones, para no estrellarse en las piedras, penetramos en ella, creyendo hallar todavía vestigios de la venerable eremita que, abandonando el mundo y el

hogar paterno en medio de la juventud y de la belleza, pasó allí sus días consagrada á la oracion y la penitencia.

Tan legítima curiosidad no quedó, sin embargo, satisfecha. La gruta era ni más ni ménos que otra cualquiera, y nuestra permanencia en ella solo sirvió para edificarnos un momento con la relacion de las virtudes y los milagros de la Santa, que el piadoso B... tuvo la amabilidad de hacernos.

Continuamos, pues, nuestro descenso, y en breve nos hallamos al pié de la montaña. Cuando nos detuvimos á cobrar aliento, no pudo ménos de llamar nuestra atencion su aspecto. Cubierta por todas partes de altos y esbeltos pinos, azotada por el viento que hacía ondular sus espesas copas, alumbrada por los rayos del sol que empezaba á declinar al ocaso, parecía un estenso lago de ondas inquietas y rielantes, ó bien una gran alfombra bordada de verde y grana.

Desde allí nos dirigimos á la *Fuente del Lentisco*, manantial de agua cristalina y purísima, que brota en un sitio pintoresco, y cuyas virtudes digestivas quisimos poner á prueba haciéndola alternar en nuestra comida con el excelente vino de Bétera. Ella nos comunicó á todos tal agilidad y vigor que varios de mis amigos, y dos de los más graves entre ellos, distinguidos juriconsultos por cierto, se encaramaron á lo más alto de un pino, y nos sorprendieron, en medio de nuestro abandono, arrojándonos algunas piñas que desdenamos sin embargo nosotros, como fruta demasiado silvestre.

La noche, entretanto, empezaba á tender su denso velo, y ya no nos quedó tiempo mas que para contemplar desde léjos la *Pobleta* y la *Torreta*, dos casas de labor, situadas á larga distancia una de otra sobre dos graciosas colinas, y encaminarnos á toda prisa al convento.

Un tierno pastorcillo, de ocho á diez años de edad, rubio y bello como pudiera serlo el mismo Alexis, tuvo la amabilidad de cambiarnos por algunos restos de jamon, un trozo de su pan, chato y apelmazado como una torta, y nosotros entramos en nuestra celda ricos con aquella adquisicion, pensando convertirla, como efectivamente lo hicimos, merced á una ingeniosa combinacion con más suculentos manjares, en una especie de pastel rudimentario, que los del país llaman *gaspacho*, y que aquella noche nos sirvió de cena.

De sobremesa y para aguardar la hora del sueño, fué preciso inventar algun entretenimiento. No era esta difícil tarea para personas de ingénio, como mis compañeros de viaje, y así es que bien pronto imaginaron varios á cual más discretos. Pusiéronse quince-nas, adivináronse charadas, pronunciáronse discursos alegóricos, improvisáronse sonetos, se entonaron himnos gastronómicos en honor de cierto pavo asado que un solícito amigo de Valencia habia tenido la sábia prevision de enviarnos, y por último, el jóven poeta valenciano L... cautivó largo rato nuestra atencion y escitó nuestra hilaridad, refiriéndonos, en el dialecto del país, cuentos, anécdotas, deliciosos chascarrillos, con esa *vis cómica* que en sus piezas de costumbres ha

derramado á manos llenas, y que tanta popularidad le ha dado en la ciudad del Cid, haciéndole digno rival de Bernat Baldoví, el chistosísimo escritor *sueco*. Pero el que supo coronar dignamente aquella improvisada academia fué Teodoro Llorente — permítaseme citar aquí su nombre con todas sus letras, — jóven ya ventajosamente conocido en Madrid, donde sus poéticas traducciones de Victor Hugo han encontrado, gracias á la autoridad de Alarcon y de Navarrete, la benévola acogida que se merecen. Teodoro nos recitó el *Ultimo canto de Haroldo*, con que el tierno Lamartine se ha encargado de completar el poema del inmortal Byron, y que nuestro amigo ha vertido al castellano en bien cortadas estrofas, en correctos y sonoros versos. Cada una de ellas escitaba en nosotros un grito de emocion; pero cuando llegó á aquel pasaje en que el *sublime cantor* de Grecia, bajo su transparente seudónimo, escita á los griegos á la pelea, nuestro entusiasmo no pudo ya contenerse. Hé aquí lo que daba origen á este sentimiento:

- « Una palabra sola á vuestro idioma
- » Hoy resta... ¡*Libertad!*... Y ¿ qué deciros
- » Pudiera yo, Espartanos, Atenienses?
- » Ese cielo, esos montes, esos rios
- » Serán vuestros Demóstenes!... Do quiera
- » Vuelvo los ojos ó la planta imprimo,
- » La sombra del pasado se alza y cuenta
- » Triunfo glorioso ó funeral martirio.
- » De Maraton á Leuctres todo os grita:
- » ¡*Patria, venganza, libertad!*... Henchido
- » De noble esfuerzo el corazon, no arengas,

»Hierro pedís, y hierro os traigo. Al filo  
 »De esas, que á empuñar vais, guerreras armas,  
 »La sangre brote del tirano inicuo;  
 »Y si la espada en vuestra mano tiembla,  
 »Volved á vuestro ayer los ojos tímidos  
 »Y en mañana pensad! Basta á los siervos,  
 »Para inflamar el apocado espíritu,  
 »El fragor escuchar de sus cadenas.  
 »Nada por precio de mi don os pido:  
 »De morir con vosotros, nobles griegos,  
 »Solo el derecho dadme. . . . .  
 » . . . . . Del proscrito  
 »El no olvidado nombre bañe un día  
 »De la gloria una lágrima, y los siglos  
 »Del restaurado Partenon lo lean  
 »En el cimiento indestructible escrito.»

Calló el poeta, y conmovidas aun nuestras almas,  
 agitado nuestro corazon con tan nobles acentos,  
 buscamos en el lecho un calmante á la fatiga del  
 cuerpo y del espíritu, y dormimos un sueño embe-  
 llecido por blancas ilusiones, por risueñas y brillantes  
 imágenes.

## V.

El tercer día de nuestra escursión fué consagrado á  
 estudios artísticos y monumentales.

No bien habíamos tomado el indispensable y matinal  
 desayuno, dejamos nuestra vivienda y nos dirigimos á  
 examinar el puente que, como ya he dicho, dá fácil y  
 cómodo acceso al convento. Está tendido sobre un

barranco plantado de hortalizas y árboles frutales; tiene un ojo magnífico de piedra, y puede considerarse relativamente á la época de su construcción como una obra de mérito. Pero ¿qué ha de envidiar nuestro siglo en este punto á la espléndida antigüedad de Roma, cuanto más á la inculta y tosca Edad media?

*Bárbara pyramidum sileat miracula Memphis.*

Callen hoy las grandes vías romanas, los puentes y los acueductos de Trajano, ante esas maravillas de que ha sembrado el globo la sabiduría moderna, ante esos senderos profundos abiertos en las entrañas mismas de la tierra, ante esas atrevidas arterias que ponen en contacto los mares, ante esos monstruos aligeros, ante esos espíritus misteriosos que conducen hoy, rápidos como el relámpago, la materia y el pensamiento.

Ya no hay obstáculos para nosotros, ni en la ausencia ni en la distancia, ni en las montañas ni en los desiertos; hemos domado las olas del Océano; hemos arrancado el rayo á los cielos; tenemos, como los dioses, el don de la ubicuidad: hemos vencido á la naturaleza.

Y todo esto, sin la opresión y la esclavitud, sin la ignorancia ni la miseria, sino por la ciencia y por el trabajo, por la razón y la libertad, para el bienestar y la emancipación del mundo. ¿Qué tienen que oponer á ello ni Roma ni Atenas, ni Méfis ni Cartago, ni Babilonia ni Tiro?

*¡Bárbara pyramidum sileat miracula Memphis!*

podemos esclamar—pese á los panegiristas de los antiguos tiempos—con noble y legítimo orgullo.

Pero cerremos ya este paréntesis.

Desde el puente subimos unas gradas de sillería y llegamos á una ancha plaza enlosada que sirve de átrio á la iglesia. La portada de ésta es sencilla: se compone de dos cuerpos regulares, el inferior del orden dórico y el superior del jónico. En el primero y en los dos nichos de sus intercolumnios hay una estatua de San Bruno y otra de San Juan Bautista; en el centro del segundo, se levanta la de Nuestra Señora de Portaceli. Todas tres están labradas en mármol blanco, con un primor y gusto que revelan un cincel maestro.

Antes de penetrar en el templo, quisimos recorrer el acueducto, y encaramándonos por una escalera estrecha y medio derruida, nos encontramos bien pronto en lo más alto de los arcos que constituyen aquella obra magnífica. Allí pudimos recordar á nuestro sabor la leyenda de la *Silfide*, que ha escrito en deliciosos versos el oriental poeta Arolas. Es una tradicion llena de interés y de fantasía.

Un monje de la Cartuja, que en vano había querido ahogar sus pasiones bajo la cogulla, sintió por cierta mujer jóven y bella de las cercanías un amor que no tardó en ser correspondido. Los dos amantes trataron de verse y hablarse sin ser sorprendidos, y creyeron hallar un medio seguro en el acueducto. Por él penetraba, en efecto, todas las noches la intrépida jóven en la celda del monje, y él solo fué por mucho tiempo testigo del dulce lazo que unía aquellos dos corazones,

hasta que al fin la comunidad llegó á descubrirlo, y el desgraciado amante fué encerrado en una prision estrecha por toda su vida, mientras moria léjes de él, de dolor y desesperacion, la *Silfide del acueducto*.

Así al ménos nos contó la leyenda nuestro místico amigo B..., y así se la repito yo á mis lectores.

Entretanto habíamos bajado por otra escalera, y nos hallábamos precisamente en la celda que servia de cárcel á los monjes á quienes se juzgaba dignos de una correccion más ó ménos severa. Esta celda tiene un mirador á la iglesia, sin duda para que el penado pudiese asistir á los divinos oficios; una tarima de madera hace en ella las veces de lecho, y aún conservan los muros inscripciones groseras de nombres, fechas, versículos y textos del Antíguo y Nuevo Testamento. Mi corazon no pudo menos de estremecerse al leerlas, y pensé con terror en los desgraciados que habrían habitado aquel triste recinto. ¡ Cuántos de ellos serian víctimas quizá de la intriga y de la calumnia, de que ni aun los monasterios han estado exentos! ¡ Cuántos otros se verian condenados á purgar allí crímenes, que ha absuelto despues la Historia, de acuerdo con una moral más ilustrada, aunque ménos fanática y ciega!

Pero á todo esto, ya habíamos penetrado en el interior de la iglesia, y sus sagradas bóvedas, aunque silenciosas y solitarias, infundian en nuestras almas nó sé qué involuntario respeto. El templo es pequeño, pero bellissimo por su forma regular y por las preciosidades que todavía encierra. Compónese de una sola nave de dimensiones proporcionales; el pavimento es todo de

piedra negra, con embutidos de piedra blanca artísticamente distribuidos; los frontales de los altares, de estuco labrado prolijamente, según Villanueva, por un lego del mismo monasterio; las columnas del altar mayor y el tabernáculo del trasagrario, de la preciosa piedra de Náquera, llamada vulgarmente *de aguas*, y de brecha de Segart los arquivados y otras piezas. Las paredes se hallan cubiertas de grandes cuadros que representan asuntos religiosos, entre los cuales hay dos de San Pedro y San Pablo, que se atribuyen á uno de los Ribaltas, y las bóvedas están primorosamente pintadas al fresco. La sillería del coro, toda ella de nogal, se conserva intacta, y á los piés de la iglesia se ven dos retratos de dos monjes, que llaman la atención por sus fisonomías dignas y severas. El de la derecha es de Bonifacio Ferrer, prior de la Cartuja, erudito jurisconsulto y orientalista, jurado de Valencia en 1388, autor de una traducción valenciana de la Biblia, comentador de los Fueros del reino y hermano del gran Santo y gran político Vicente del mismo apellido. El de la izquierda es del nobilísimo Francisco de Peñaranda que, siendo ayo del heredero del trono, cayó en desgracia del rey de Aragón don Martín, por haber muerto el príncipe una noche en el lecho, á cuyo lado dormía él mismo, después de lo cual abandonó la corte por el claustro, disgustado ya de las pompas y vanidades del mundo. Á uno y otro personaje debe notables mejoras el monasterio. Peñaranda construyó á sus espensas el acueducto; Ferrer mandó cercar de tapia la *Torreta*, para criar allí viñedos que producen los deliciosos

*vinos de la Cartuja*, célebres desde aquella época.

Sería prolijo describir aquí todos los pormenores artísticos en que abunda la iglesia; pero no debo, al ménos, pasar en silencio el aspecto que presentó á nuestros ojos, visitándola por la noche al resplandor de dos ó tres velas. Tuvo esta idea felicísima—que no sé quién de nosotros calificó muy oportuna de *sibaritismo arqueológico*—nuestro sábio amigo A..., y al momento fué acogida por todos, como era natural entre poetas. En su consecuencia nos proveimos de luces, y comenzamos á vagar como verdaderas almas en pena por los cláustros y por la iglesia misma. Nuestras sombras, que se proyectaban fantásticas al través de los arcos; nuestros pasos y nuestras voces, que resonaban confundidamente en los muros; la soledad y el silencio que reinaban en torno nuestro, todo contribuía á dar á aquella visita nocturna el encanto de la poesía. Pero cuando éste subió de punto fué al atravesar uno de los cláustros, en cuyo centro crecen todavía frescos y lozanos algunos árboles y flores. Nuestro buen guía Ciriaco, que nos acompañaba, se sobrecojió de terror, creyendo ver aparecer cierta fantasma blanca de no sé qué popular conseja. En vano tratamos nosotros de calmar su preocupacion; sin atender á nuestras palabras, sin escuchar nuestras razones, Ciriaco se dió á correr con la única luz que quedaba ya encendida, pues las demás se habían consumido ó las había apagado el viento, y fué preciso que, á tientas enmedio de la oscuridad, aquí tropezando y más allá cayendo, nos volviésemos nosotros solos á nuestra celda, donde A... tuvo la ama-

bilidad de comunicarnos curiosas noticias sobre el origen del convento.

—La *Cartuja de Portaceli*—nos dijo—fué fundada en 1272 por fray Francisco Andrés Albalat, tercer obispo de Valencia, en un sitio que antes de la Conquista se llamaba *Luleu*; y el prelado juntamente con su cabildo la dotó de todo aquel valle y sus rentas, concediéndole las primicias de Liria, Benaguacil, Puebla de Vallbona, Onda, Burriana y otros pueblos ménos importantes. Hizo además patronos perpétuos del monasterio á los obispos de Valencia y obligó á los frailes á que, por feudo y reconocimiento de las décimas que habian de pagar, le acudiesen á él y á sus sucesores con diez sueldos de censo. Así consta al ménos de la carta de fundacion y donacion, que el mismo fray Francisco pasó en dicha ciudad y año, tal como se conserva en los archivos del Cabildo, y así lo afirma tambien el erudito Escolano en su *Historia de Valencia*.

Tales fueron las palabras de nuestro amigo A...; pero, ya al pronunciarlas, la mayor parte de mis compañeros yacian en los brazos de Morfeo, y yo sólo quizá tuve la fortuna de recojerlas.

## VI.

Amaneció el siguiente dia, y lo primero que vieron nuestros ojos, al asomarnos á la ventana para saludar á la aurora, fueron las tartanas en que habíamos de volver á Valencia.

Quisimos entonces despedirnos de *Portaceli*, dar un

adios á aquellos valles risueños, á aquellas cimas pintorescas, que nos habian proporcionado tantos placeres sencillos, tantas horas de feliz aislamiento; y un fenómeno físico, cuya existencia habíamos ignorado hasta aquel momento, vino á hacer esta despedida sumamente sentida y patética.

Era un eco de siete sílabas, que con sonido claro, simpático y dulce, como la voz de una sirena, reproducia nuestras palabras más tiernas.

—¡Adios, *Portaceli!*

Esclamábamos nosotros, desde una cruz de piedra que hay en el camino, á unos cincuenta pasos del convento.

—¡Adios! ¡Adios!

Respondia distintamente el eco.

Y aquella no era, como se imaginaba la idolatría romana, una divinidad mofadora, sino un génio amigo y cariñoso, el génio de las montañas vecinas, que mostraba su dolor por nuestra ausencia.

—¡Adios, *Portaceli!*

Le decíamos aun conmovidos, caminando ya en direccion á Valencia, y...

—¡Adios! ¡Adios!

Repetia él tambien, no ménos quejumbroso y doliente.

¡Oh! No se me olvidarán mientras viva aquel *adios* ni aquel *eco*.

(*El Museo Universal*, abril de 1851.)

XX.

Á LA JÓVEN POETISA R. N.

Rosa, cándida rosa,  
que en los verjeles  
del dios de la Armonía  
temprana creces ;  
Flor bella y pura,  
que con amor cultivan  
las castas musas;

Bien hayan de tu tallo  
las frescas hojas  
y los purpúreos pétalos  
de tu corola ;  
En cuyos bordes  
murmura el blando céfiro  
flébiles sones.

Tierno y débil capullo ,  
naciente apenas ,  
ya de tu cáliz brotan  
suaves esencias ;  
¿ Qué será el día  
en que su seno bañen  
rayos y brisas ?

---

¡ Ah ! Si en su vida breve  
pueden las flores  
recordar y olvidarse  
como los hombres ;  
¡ Oh ! Rosa bella ,  
acuérdate aquel día  
de tu poeta.

( *El Saldubense*, febrero de 1862.)

## EL RENACIMIENTO DE UN POETA.

Los acontecimientos literarios pasan hoy casi desapercibidos de la prensa, que, asediada por la política, apenas tiene tiempo de consagrarles tal cual liviana gacetilla.

Y sin embargo, hay entre ellos algunos que merecen una mención más detenida, y de los cuales la Historia podrá pedir algún día cuenta á la crónica contemporánea del periodismo.

De este número es, sin duda alguna, el renacimiento de uno de nuestros primeros autores dramáticos, el señor D. Tomás Rodríguez Rubí, á la vida de las letras.

Ocho años hace que la musa del Sr. Rubí no aparecía en la escena.

Aquella musa insinuante y simpática, que tantas dulces lágrimas y tantas expansivas sonrisas nos arrancó en otro tiempo; aquella musa fecunda, ora grave, ora traviesa y juguetona, pero siempre amable y discreta, que tantas y tan populares creaciones había ins-

pirado, se hallaba retirada del teatro de la ficción, que es también el de sus triunfos, y ocultaba su graciosa apostura bajo la toga del legislador ó el bordado uniforme del funcionario público.

La política, la fría y seca política, que todo lo absorbe entre nosotros y todo lo esteriliza, no porque ella sea mala en sí misma, sino porque la contrahacen ó desfiguran los gobiernos y los partidos; la política, decimos, nos había arrebatado un númen pródigo siempre, como nos arrebató á veces el de Ayala, el de Hurtado, y algunos otros no ménos propicios, y ya le llorábamos perdido, cuando hé aquí que reaparece en la república literaria, y derramando en ella pródigamente sus dones, como solía, produce en ménos de un año dos obras notables: *Física experimental* y *La Familia*.

¡Fenómeno poco frecuente! ¡Un hombre público que se eleva á la cumbre del poder, apoyado sólo en sí mismo, y desciende de ella voluntariamente, quizá por no conceder al favor lo que sólo al mérito es debido; un alto dignatario que, apenas resignada la dignidad que ejercía, toma de nuevo su pluma y vive modestamente del fruto de su trabajo; un ingenio, en fin, que después de haber permanecido muchos años entregado á las áridas especulaciones de la política, torna al oficio, á la par honroso y sencillo, de la poesía!

A la verdad que estos hechos, y sobre todo el último, son dignos de admiración y de estudio; porque si un corazón, enaltecido sobre la esfera vulgar, rara vez se conserva íntegro y puro, aun es más difícil que una inteligencia, desviada de su vocación, no se pervierta y

desnaturalice. El Sr. Rubí, sin embargo, ha realizado este milagro en sí mismo; el Sr. Rubí ha pasado por las regiones oficiales sin manchar su espíritu, como esas aves que cruzan rozando con sus álas la superficie de los lagos.

Era la época de su juventud, el período de su apogeo, cuando abandonó el estudio de las letras, donde ya ocupaba uno de los puestos más distinguidos, y hoy le vemos volver á él, despues de tan larga ausencia, más jóven, más activo, más enérgico y vigoroso que nunca.

No parece sino que ha encontrado el secreto de guardar su inspiracion y hacerla surjir á su antojo, como si fuera uno de esos diablejos que sirven de juguete á los niños y que, ocultos en el fondo de una caja, surjen de pronto, apenas se toca el resorte á que obedecen.

Siempre ha sido, en efecto, el del Sr. Rubí un ingenio dócil y flexible. Todos los tonos, todos los géneros de la poesía dramática los ha recorrido con igual facilidad, desde el familiar hasta el heróico, desde el más humilde hasta el más levantado. En su repertorio, compuesto nada ménos que de ochenta y tantas obras, escritas en el espacio relativamente breve de veinte años, figuran, al lado de la ligera pieza de gracioso, que viene á ser el sainete de nuestros días, la comedia de costumbres, el drama sentimental, el de intriga, el caballeresco y hasta el de espectáculo. Él introdujo con *Isabel la Católica* en nuestro teatro esos poemas dialógados, que, rompiendo con las unidades de tiempo y

de lugar, ya desacreditadas por los románticos, nos presentan como en un panorama los sucesos más culminantes de un gran período histórico, condensándolos en una série de cuadros. Él es tambien uno de los primeros que ha intentado, en *La Rueda de la Fortuna*, trasplantar á la escena española y amoldar á sus tradiciones la alta comedia, la comedia política ó cortesana, de que puede considerarse como inventor al insigne dramaturgo francés Eugenio Scribe, por más que ya hubiera sido bosquejada por alguno de nuestros inmortales poetas del siglo xvii.

Pero, á pesar de todo, es preciso convenir en que los asuntos que el Sr. Rubí manejaba más felizmente, antes de divorciarse de las letras, eran los de costumbres contemporáneas. Aquí es donde su pluma, siempre fácil y amena, corria con más agilidad y destreza; aquí es donde se mostraba más observador, más intencionado, más oportuno; en una palabra, más poeta. La sociedad española, tal como existia en los comienzos de nuestra regeneracion política, inmediatamente despues del advenimiento definitivo de la libertad: hé aquí el tema que el Sr. Rubí escogia con preferencia para sus fábulas, hé aquí el motivo de sus mejores composiciones escénicas.

Pues bien: hoy reanuda nuestro poeta su comercio con las Musas, y la sociedad actual es la que pinta tambien en sus obras, y los vicios de la época son los que le prestan argumentos para sus dramas. ¿Se echa de ménos en ellos alguna de sus antiguas cualidades? Nó, ciertamente: la misma animacion, la misma es-

pontaneidad, la misma frescura que antes. *Física experimental* y *La Familia* son, bajo este punto de vista, dos lienzos que encantan, y en que el espectador apenas tiene tiempo de apreciar la corrección del dibujo, fascinado por la viveza del colorido.

Pero hay más todavía: nuestra fisonomía moral ha cambiado bastante de diez años á esta parte. Ya no tenemos los mismos gustos, las mismas aficiones ni el mismo modo de sentir que cuando el Sr. Rubí se ausentó de la escena: nuestra generacion está separada casi por un abismo de la que le ha precedido; hemos vivido un siglo en el espacio de una década. Y es que ha sido este un período de revolucion política y económica, que todavía no ha concluido por desgracia, y al cual debia corresponder en las costumbres una revolucion análoga, porque cuando no hay estabilidad en las leyes y las instituciones, no puede haberla tampoco en los usos ni en los hábitos.

Era, pues, de temer que el Sr. Rubí se encontrase desorientado al penetrar de nuevo en el mundo del arte, y que, queriendo pintarnos la España de hoy, no hiciera más que reproducir la España de antaño. Nada ménos que eso: en *Física experimental* y *La Familia* nos ha dado dos fidelísimas copias de actualidad, des fotografías cuyas figuras constituyen otros tantos retratos de personajes que andan entre nosotros, que con nosotros viven y que todos podemos señalar con el dedo.

Pero esto mismo hacía más peligrosa su exhibicion en el teatro. En primer lugar, el público de nuestros

días es por demás descontentadizo. Superficial y fútil, ni participa de los afectos patéticos, ni se interesa en las acciones sublimes; escéptico y presuntuoso, no gusta de que se le predique ni enseñe, y al paso que aplaude cualquiera farsa que le haga reír, se rebela contra todo el que pretenda darle una lección seria.

Por otra parte, no hay obra dramática en que se necesite más habilidad para hacerla agradable que una comedia de costumbres. Esta clase de producciones representa escenas de la vida ordinaria, que todo el mundo conoce, en que todo el mundo se juzga competente, y refleja además defectos y miserias de que nadie está libre y que nadie pone al descubierto. Así es que el autor se halla colocado entre dos escollos igualmente temibles: si hace un espejo oscuro, el público le rechaza, porque no vé en él su imagen; y si le hace brillante, le rechaza también, por no verla tan bella como se la figura. Y en vano será gritarle:

Arrojar la cara importa,

Que el espejo no hay por qué;

pues como lleva á la espalda sus vicios, y juzga imposible que se descubran, siempre echará la culpa al espejo.

Todas estas dificultades ha sabido vencerlas el señor Rubí en *Física experimental* y *La Familia*, y así es que su representación en el teatro del Circo, donde la inimitable Matilde Díez y los distinguidos hermanos Catalina interpretan, en la presente temporada cómica,

con tanto acierto como aplauso, las mejores obras de nuestros ingenios, ha tenido un éxito extraordinario.

Bien es verdad que el Sr. Rubí ha sobresalido siempre por su singular acierto en tocar aquellos resortes escénicos que más deleitan y conmueven el ánimo, y lo prueba que en una carrera tan larga apenas ha tenido un descalabro.

¿Qué más se necesita para persuadirnos de que hemos recobrado en él al poeta de otros tiempos, fecundo, inspirado, brillante, mimado del público madrileño?

Sí, tenemos otra vez entre nosotros al celebrado autor de *La Rueda de la Fortuna* y *La Escala de la vida*; hemos visto al Sr. Rubí, cuando le creíamos muerto para las Musas y enterrado en el panteon burocrático, levantarse con nuevo espíritu, como si en este intervalo hubiera estado en suspenso su vida.

Suceso es este del cual debemos felicitarlos, por lo que puede influir en el esplendor de nuestro teatro. ¡Ojalá que las presentes líneas basten á conmemorarlo, y que el Sr. Rubí las considere como un débil eco de la alegría con que ha sido recibido en la república literaria!

Mayo de 1866.

## XXII.

## ARAGON Y FELIPE II.

Á MI QUERIDO AMIGO EL DISTINGUIDO CATEDRÁTICO

D. EDUARDO PEREZ PUJOL (1).

*Todo á humillar la libertad conspira.*

Faltó á Castilla del nervudo brazo

la fuerza armipotente

que el pendon de sus fueros sostenia,

y desde el Tajo al Turia ensangrentados

álzase la estrangjera tiranía.

Todo cayó : del tutelar *Concejo*

roto el poder se mira,

escudo del pechero y del villano,

y el lazo de las libres *Hermandades*,

que los pueblos unia,

roto tambien á impulso del tirano.

---

(1) El primer verso de esta composicion poética, sin más variante que la de la palabra no subrayada, es del inmortal Quintana, cuyo estilo se ha querido imitar en todos. *Suum cuique.*

Padilla, Bravo, Maldonado, Acuña,  
 héroes al par que mártires, sus cuellos  
 entregan al dogal ó la cuchilla  
 con noble faz serena;  
 y de sangrienta luna á los destellos,  
 se ven aún sus huestes generosas,  
 sin vida y sin aliento,  
 de Villalar tendidas en la arena.

Y tú Aragon, tú fuiste quien insano  
 prestó su brazo indómito y valiente,  
 de libertad el grito  
 para ahogar en el pecho castellano!  
 Tú, del honor espejo,  
 cuna de las franquicias populares,  
 al decreto del déspota insolente,  
 manchando tus blasones,  
 contra los nobles hijos de Castilla  
 osas volver las ínclitas legiones!  
 ¡Maldicion sobre tí!... Plegue á los cielos  
 que un día, á igual destino condenado,  
 doliente y sin ayuda,  
 ¡oh pueblo fratricida!  
 clamases en torno á tí desesperado,  
 mientras tus férreas y potentes barras,  
 para vengar su afrenta y tus ultrajes,  
 con fiera saña rompe  
 el leon castellano entre sus garras.  
 Mas ¡ah, gran Dios! ¿qué digo?

No escuches, nó, mi bárbara plegaria;  
 detén tu justo enojo y su castigo;  
 que si pudo Aragon cumplir, luchando  
 contra tu santa causa,  
 mandatos de opresion y tiranía,  
 es mi patria, Señor, y su delito  
 su misma lealtad y su hidalguía.

—  
 ¡Ay, cuánto esas virtudes,  
 cuánto de luto y desventura y males  
 serán á los Iberos!... Ved, un dia,  
 errante, fugitivo, ilustre reo  
 llega del Aragon á los umbrales  
 y al *Justicia* del reino se confia.  
 Grande su crimen es: de sus pasiones  
 hizo instrumento la real privanza,  
 mas juez no puede ser su mismo cómplice;  
 que entonces la justicia  
 se pareciera mucho á la venganza.  
 Justicia el reino hará; y en vano, en vano,  
 venganza clama desde el régio trono,  
 en verdugo implacable convertido,  
 ese cómplice augusto y soberano:  
 el noble pueblo aragonés es libre,  
 y pues el fuero escuda su justicia,  
 no han de torcer su vara inexorable  
 ni torpe adulacion ni vil malicia.  
 Tú la empuñas, Lanuza;  
 tú guardador de nuestros fueros eres;

su fiera independencia  
 te confió Aragon; á tí del reo,  
 sin miedo y sin mancilla,  
 dictar tan solo toca la sentencia.  
 Mas ¡qué... débil declinas  
 tan sagrado deber y de tus manos  
 la espada sueltas que te dió tu pueblo,  
 el arca de sus santas libertades  
 para guardar de esclavos y tiranos!  
 ¡Ay mísero de tí!... Sirve á Felipe,  
 dobla tu frente hasta besar su planta,  
 acata su poder; quizás un dia,  
 en premio á mengua tanta,  
 sobre picota infame y afrentosa  
 derramará inclemente  
 la sangre de tus hijos generosa.

Mas no en tanto imagine  
 de su perfidia vil borrar la huella  
 el déspota malvado,  
 y la rãbia saciar que le devora  
 en sangre del proscrito,  
 ya más que delincuente desdichado.  
 El pueblo aragonés, ardiendo en ira,  
 se alza, acude, resiste,  
 desnuda el noble acero,  
 y al tigre de una vez su presa arranca  
 y su mancilla al injuriado fuero.

«¡Conque hay quien ose á mi poder, y en vano  
 ciñó Dios mismo la real diadema  
 á mis augustas sienas,  
 dando á mi sér aliento sobrehumano!  
 ¡Oh! basta ya: mi cetro sin segundo,  
 cetro de hierro que los pueblos rije  
 en Flandes y en España,  
 de polo á polo, de uno al otro mundo,  
 fuera una frágil caña  
 si sus tremendos fallos  
 burlase alguna vez impunemente  
 un puñado de indómitos vasallos.»

Dijo Felipe, y en silencio apresta  
 del reino en los confines  
 tropa servil de seides y sayones,  
 en cuyos pechos ruines  
 ningun instinto de nobleza brota;  
 jauria de perros fieles  
 que, á servidumbre infame condenada,  
 lame la misma mano que la azota.  
 «¡A ellos, mis lebreles!»  
 les grita ronco desde el régio sólio  
 el tirano implacable.  
 —¡Guarte, Aragon!... los bárbaros feroces  
 á las puertas están del Capitolio.  
 ¡Guarte, sí, guarte!... ¡Alerta, patria mia!

Delante de esas hordas,  
 con hierro de tus barras amarrado,  
 el castellano leon sus pasos guía;  
 y al circo de tus pueblos arrojado,  
 fiera será que busque en la matanza  
 de su perdida libertad venganza.  
 ¡Sús, pues!... los patrios fueros,  
 medita el César destruir... ¡Alzaos,  
 hijos del Ebro, y todos,  
 todos á un tiempo, nobles y pecheros,  
 revolved contra él!... Comun la ofensa,  
 comun es el peligro... ¡Oh pueblos libres  
 del Aragon! ¡oh altiva Cataluña!  
 ¡oh Valencial! ¿qué haceis que á la defensa  
 no volais de mi patria? El fuerte hierro,  
 vuestra mano leal cómo no empuña?  
 Y vosotros, ilustres infanzones,  
 vosotros que algun dia...  
 os preciábais de ser ante los reyes  
 del fuero los mejores campeones...  
 ¿en dónde estais? ¿Será que vuestro acero,  
 terror de las legiones musulmanas,  
 del ocio y servidumbre  
 enmohecido ya para la guerra,  
 tema encontrar las lanzas castellanas?

¡Ah! Nadie ¡oh patria mial  
 nadie, infeliz, responde  
 á tu angustiada voz!... Todos te huyeron,

todos te dejan sola en tu agonía.  
 Mas nó, que aún en la tierra  
 de Jaime y de Cerdan viven los buenos;  
 aún hay allí virtud. Los libres hijos  
 de Zaragoza apréstanse á la guerra;  
 Teruel y Albarracín los siguen fieles;  
 Otro Lanuza, henchido  
 de generoso ardor, las huestes guía.  
 Sonó la hora: pronto en el Moncayo  
 retumbará del bronce el estallido.

¿Qué veo?... Entre los libres  
 ya el estandarte de Aragon no ondea,  
 y su caudillo la sagrada causa  
 abandona del pueblo,  
 el rostro huyendo á la marcial pelea.  
 ¡Ah, Lanuza infeliz!... Huye, sí, huye;  
 corre, insensato, á sepultar tu afrenta;  
 la tímida raposa,  
 presa del miedo en que su ser alienta,  
 busca la madriguera y allí muere  
 á manos del montero que la acosa.  
 Y tú, Aragon, no hay arte  
 de resistir... El déspota Felipe  
 oprime ya con sus legiones fieras  
 de tu salud el último baluarte.  
 Tu sangre generosa  
 derraman á torrentes sus sayones;  
 y al rojo resplandor de las hogueras,



## LA MENTIRA UNIVERSAL.

¡Verdad! ¡verdad!... Pura emanación del cielo, ¿dónde estás que no te encuentro?... Yo te he buscado por todas partes, en los campos, en las aldeas, en las ciudades, en las córtes, en los palacios, y todavía no he podido alcanzarte. Si es que habitaste alguna vez en la tierra, ¿has huido para siempre de ella?... Sin duda; el mundo no se presenta á mis ojos sino como una vasta mentira, y la mentira, ¡oh verdad! es tu negación, tu ausencia, tu falta completa y absoluta. Sí, el mundo todo es una mentira; las ciencias, las artes, las letras, la política, la sociedad, la naturaleza misma, mentira, mentira; no hay una sola verdad en todas ellas, y sinó, veamos.

*¡La naturaleza!* ¿Y qué es la naturaleza sino una pura mentira?... Veis que el sol anda, que hace frío, que es azul el espacio, que alumbra la luna, y sin embargo, bien sabéis que nada de esto sucede, porque la tierra es la que anda, porque lo que hace es falta de

calórico, porque el color del espacio no es más que una ilusión de vuestra vista, porque la luna, léjos de alumbrar, está alumbrada por el astro del día. Ya veis que vuestras verdades son otras tantas mentiras.

¿Y la *sociedad*?... La sociedad sí que es una solemne mentira.—A los piés de Vd., señora.—Beso á usted la mano, caballero.—Y ninguno de los dos hace lo que dice.—Un militar vá al Prado del brazo de una linda jóven; esta jóven pasa por su mujer ó su hermana; y sin embargo, no es ni una cosa ni otra.—Un avaro se cubre con los harapos de un mendigo.—Un pedante lleva la muceta de doctor.—Un portero vá vestido como un ministro.—Un cobarde ostenta las condecoraciones debidas á un valiente.—Una mujer parece una gran señora.—Hay quien se dice escritor, no siendo más que escribiente.—Aquella casa que tiene el color del mármol es en realidad de cal y canto.—En una palabra, la virtud, el honor, el desinterés, la amistad, el cariño, mentira, mentira, todas son apariencias; la realidad no existe.

Pero vengamos á la *política*... Farsa también, ilusión, engaño.—Yo soy independiente, clama desde la tribuna el diputado más servil del ministerio.—El gobierno, señores... y no se sabe lo que es gobierno.—La nación, el país, la patria, el trono, las instituciones... frases bellas, si se quiere! pero falsas, huecas, completamente vacías.—La revolucion que estalla... y la revolucion es un motin asqueroso.—*Et sic de ceteris*. Ahora decidme, qué es lo que hay de verdad en la *política*?

¡Oh! es cierto, la *política* es mentira; la *sociedad* es mentira; la *naturaleza* es mentira; pero en cambio, ahí teneis las *ciencias*, las *artes*, la *literatura*. Pues bien, estas tambien son mentira, y nada más fácil que probarlo: de las ciencias, cuáles más verdaderas que las *ciencias exactas*? Y de estas, cuál más exacta que las *matemáticas*? Sin embargo, la aritmética nos enseña que *dos y dos son cuatro*, y este principio tan admitido, tan inconcuso, tan corriente entre los ménos avisados, no es más que una garrafal mentira: *dos y dos son dos y dos*, y á lo sumo, á lo sumo, se llamarán *cuatro*; mas *dos y dos*, dígalo quien quisiere, nunca llegarán á ser *cuatro*. De las artes no hablemos, porque ¿qué puede ser un buen cuadro, qué puede ser una magnífica estatua, mas que bellísimas mentiras?...

— ¿Y las *letras*?... ¿Creeis que la *Historia* pasa de ser una coleccion de mentiras?... ¿Habeis podido pensar que se pronunciaron jamás las elocuentes arengas que pone en boca de sus personajes Tácito?... ¿Os ha pasado por las mientes la idea de que Napoleon profriese aquellas poéticas palabras: «¡Soldados!... ¡Desde la cima de esas pirámides os contemplan cuarenta siglos!...?» Nó, todo ello no es más que una buena mentira. ¿Y qué diremos de la *poesia*? La poesia es el arte de mentir por escelencia. ¿El *teatro*?... El teatro es la mentira en accion, la mentira personificada.

Todo, pues, en el mundo viene á reducirse á la mentira. Es mentira el vestido que nos cubre, puesto que nos presta formas que no tenemos. Es mentira el

aire que respiramos, puesto que no se presenta visible á nuestros ojos. Mentira es la tierra que pisamos, puesto que no existe en realidad tal como la vemos. En una palabra, mentiras son nuestras sensaciones, mentira nuestras ideas, mentira, por consiguiente, nuestros juicios. La naturaleza es *la mentira universal*, que constituye el epígrafe de estas líneas. No hay más que una verdad en el mundo: *esta verdad es que todo es mentira*. Hasta el artículo que escribimos es la mayor de las mentiras.

(*El Oriente*, setiembre de 1850.)

XXIV.

DESPEDIDA DE JUANA DE ARCO.

(IMITACION DE SCHILLER.)

Á MI DISTINGUIDO AMIGO DON RAMON FERRER Y MATUTANO.

¡Oh! prados solitarios ,  
¡oh! valles escondidos ,  
corrientes cristalinas  
que vais del mar en pos ;  
Sombrias arboledas  
y céspedes floridos ,  
testigos de mis dichas ,  
quedad por siempre adios !

—  
Ya pensativa y sola  
no iré , cual otros dias ,  
cabe el robusto tronco  
de encina secular ,  
A oir de las campanas  
las dulces armonías ,  
que la oracion del ángel  
llamábanme á rezar.

—

Ya no os veré, lugares  
 en que nació mi hermana,  
 donde á mi hermano; ¡ay triste!  
 tan jóven ví morir;

Ni á tí, sagrado templo,  
 donde en edad temprana  
 Dios enseñó mi lengua  
 su nombre á bendecir.

¡Juana se aleja!... Albergue  
 de mi niñez serena,  
 lecho donde mis sueños  
 veníanse á mecer;

Hogar, madre querida,  
 paz de delicias llena,  
 ¡adios!... Juana se aleja,  
 ¡ay! para no volver.

Mas no de vuestra dulce compañía  
 huyo de gloria y vanidad en pos;  
 otra es la empresa que mis plantas guía:  
 Dios me lo manda y obedezco á Dios.

El que de entre una zarza  
 que en llamas se encendía,  
 dijo á Moisés:—«Acércate  
 á Faraon con fé;»

El que en su ciego orgullo  
hirió á la hueste impía,  
tomando por caudillo  
al hijo de Betlé;

El que propicio siempre  
mostróse á los pastores  
y descendió entre rayos  
al monte Siná;

El que dictó sus leyes  
á siervos y señores,  
ese en la selva umbría  
me habló también á mí.

—  
«Dejarás que apaciente tu ganado  
—me dijo— otro pastor,  
»y empuñarás, ¡oh! Juana, por cayado  
»acero matador.  
»La férrea cota oprimirá de malla  
»tu seno virginal,  
»y por el duro arreo de batalla  
»trocarás tu cendal.  
»Para tí no habrá amor : la llama impura  
»de mundanal pasión  
»no ha de inundar de efímera ventura  
»tu tierno corazón.  
»Jamás la sacra antorcha de himeneo  
»verás, Juana, lucir,  
»ni sentirás al maternal deseo  
»un niño sonreír.

»Mas por tí serán libres tus hermanos  
 »de la extranjera grey,  
 »y ceñirás con tus humildes manos  
 »la corona á tu rey.»

—

¡Sús, pues!... ¡Sonó la hora!  
 ¡Dios á lidiar me llama!  
 El yelmo refulgente  
 me envía por blason;  
 Y á su contacto siento  
 que una celeste llama,  
 corriendo por mis venas,  
 me enciende el corazon.

—  
 Ya por los aires zumban  
 los ecos de la guerra;  
 con sus ferrados cascos  
 hiere el corcel la tierra;  
 ante mis ojos fúlgidos  
 tiembla el britano ya.  
 ¡Juana no existe! ¡ Hermanos,  
 seguidme á la lid fiera!  
 ¡Yo soy la mensajera  
 y el brazo de Jehová!

(*Revista de Cataluña*, 1862.)

103

XXV.

LOS FUEROS DE LA UNION,

DRAMA EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO.

Pocos días hace que en el Teatro Principal de Zaragoza se verificaba un notable acontecimiento literario.

El salon estaba lleno de bote en bote: una concurrencia escojida, en la cual se veía lo más distinguido que encierra la ciudad heróica en las artes, las ciencias y las letras, ocupaba los palcos, las butacas, las primeras localidades; el pueblo se agitaba impaciente en la tertulia y las galerías, y hasta la juventud estudiosa, ordinariamente alejada de los espectáculos escénicos, esa juventud sincera, entusiasta, rica de fé y de ilusiones, exenta de envidia, vírgen de todas las miserias morales, habia querido asociarse á la fiesta que se preparaba.

Era aquello un público completo, un verdadero público, tal como pueden desearle la crítica y el arte, con talento para pensar y corazon para sentir; público recto, competente, autorizado, bastante severo para

no ser acusado de debilidad, bastante benévolo para no pecar de injusto, bastante numeroso, en fin, para constituirse en órgano de la opinion y espresar en la unanimidad de sus juicios el *consensus unus* de los antiguos y el sentido comun tan invocado en todas las controversias.

Alzóse el telon y un magnífico cuadro histórico-dramático comenzó á desarrollarse ante los ojos de los espectadores. Hé aquí el asunto de este cuadro :

Era en 1348, cuando Aragon formaba el núcleo de un imperio poderoso, y apoyado en sus fueros tradicionales, unido en lazo fraternal con Cataluña y Valencia, gobernado por monarcas de ánimo fuerte, estendia sus dominios á Sicilia y Cerdeña, disputaba á Génova el cetro [del Mediterráneo, y con un puñado de héroes decidía, como árbitro supremo, de los destinos del Oriente. Pedro IV el Ceremonioso, aquel rey que supo adunar el talento y la cortesía, la prudencia en los consejos y el arrojo en las batallas, celoso por demás de sus régias prerogativas, atento sobre todo á consolidar su poder, pretende legar su corona á su hija doña Constanza, contra el testamento de Alfonso IV, que escluyera á las hembras del trono, y en perjuicio de su hermano don Jaime, llamado por la misma ley á sucederle. En vano este príncipe,

Que es de soldados  
y caballeros espejo,

ofrece al rey un medio de conciliacion, pidiéndole la

mano de su propia hija de quien está enamorado; en vano la misma Constanza le ruega que santifique este amor; en vano el Justicia, aquel gran magistrado del pueblo, y la nobleza, y el clero, le exponen los agravios que la república vá á recibir de llevarse á cabo sus proyectos; don Pedro atropella por todo, don Pedro no sufre contradiccion, y lleno ya del orgullo que su indomable espíritu le presta, esclama con firme acento:

En Aragon y en mis reinos

no hay más monarca que yo.

Decidlo á todos y sepan

que á todo dispuesto estoy,

y que á nadie rendir debo

de mí cuenta, sino á Dios.

¡Desvanecido príncipe y cuán olvidado vive del pacto que, al sentarse en el sòlio, hiciera con sus pueblos, y que el Justicia le recuerda en estas oportunísimas palabras!

Diránlo eso en otros reinos

los reyes, no en Aragon.

Aquí proceden de Arista,

que, en Araguest vencedor,

fué rey con tal de guardar

los fueros, y si nó, no.

No era, sin embargo, Pedro IV hombre de aquellos á quienes arredrasen los obstáculos. El infante don

Jaime le amenaza; el Justicia le intima que revoque sus decretos; la nobleza y el pueblo se le resisten,

Airada hervir la rebelion se siente;

don Pedro no se desanima; cobra fuerzas en su propio aislamiento y dice con arrogancia:

Pues bien, perezcan! Si atajar consigo,  
 en fin, la rebelion, será de modo  
 que amigo de mi pueblo ó enemigo,  
 yo su rey he de ser antes que todo.

Manda prender al infante; dá plenos poderes á su ministro Cabrera; todo lo dispone de modo que no se le escape uno solo de sus enemigos. ¡Pobre Aragon! ¡Pobres libertades populares! Ya pareceis perdidas para siempre; ya vuestro verdugo, oyendo la señal de vuestra caída saborea su triunfo, y dando rienda suelta á sus instintos de tirano, prorrumpe en este apóstrofe, tan bello como terrible :

Ya soy tu monarca,  
 pueblo insolente que á tu rey humillas;  
 y has de llevar de la opresion la marca,  
 y has de hablar á don Pedro de rodillas.

¿Quién atajará sus intentos? ¿Quién será osado á contrarestar sus planes? ¿Quién?

Hay en Aragon una ley, llamada *Privilegio de*

la Union, y perfectamente definida en estos versos:

Formidable privilegio;  
 escuda á los ricos hombres  
 y á los simples caballeros,  
 y solo pueden las Córtes  
 hacer justicia con ellos.

En virtud de esa ley, el pueblo convocado á són de campana, acude á las armas; el sordo rumor de sus iras llega hasta el real palacio, y cuando don Pedro se pregunta atónito:

¿Qué es esto? ¡Osar la muchedumbre insana  
 alzar su voz que amordazar codicio!  
 una transición habilísima cambia de pronto la si-  
 tuacion escénica; la campana de la Union lanza su  
 lúgubre sonido y el monarca mismo se responde con  
 terror:

¡La Union! ¡la Union! Conozco esa campana;  
 es que el pueblo, ya rey, me llama á juicio.

¿Pensais, sin embargo, que don Pedro ha de ceder por eso? Nó; astuto á la vez que obstinado, por un rasgo muy natural de su carácter, disimula sus nuevos proyectos, devora en silencio su rábia, accede á los deseos del pueblo, convoca las Córtes en el templo de La Seo, y allí rodeado de los próceres y procura-

dores del reino, en presencia del Dios verdadero, ante el ara de su altar sacrosanto, jura solemnemente guardar los fueros populares.

¡Oh! ¡qué escena tan bella y tan admirablemente pintada! ¡Cómo palpita, por decirlo así, en todos sus accidentes, en todas las palabras de sus personajes, la Historia! ¡Y cuán orgulloso se siente uno de haber nacido en esta tierra de valientes, al ver reproducidos aquellos siglos de gloria, aquellos tiempos homéricos, en que todavía han de buscar los nuestros ejemplos de sabiduría política, de dignidad civil, de altiva independencia, de amor á la libertad y á la patria!

Pero oigamos el *Discurso de la corona*, como decimos en nuestros dias:

Ahora que el riesgo de mi trono amansa,  
pláceme contemplar en torno mio  
la flor del Aragon, en quien descansa  
temible y sin igual mi poderío.  
En justicia y en paz rejir mi Estado,  
los fueros conservar y de concierto  
con vosotros reinar, eso he jurado,  
y no he de hacer en vuestros fueros tuerto!

Escuchemos tambien la contestacion *oficial*, puesta en los lábios de don Jaime:

Tal respuesta á esa plática daremos  
que Dios será servido y vos pagado;

y si oís nuestra voz, como queremos,  
finará vuestra tierra en buen estado.

¡Qué verdad de colorido! ¡Qué pureza y correc-  
cion en el decir! ¡Qué gusto y qué elegancia en  
la frase!

La escena prosigue con escrupulosa fidelidad histó-  
rica; el rey revoca la sucesion de doña Constanza á  
condicion de que recaiga en el infante don Fernando;  
los diputados todos consienten; Urrea solo se levanta  
á rechazarlo; pero

Un voto sobra  
para anular la voz de una Asamblea:  
es ley del reino.

Proclámase al infante don Jaime; don Pedro se niega  
á reconocerle, y se entabla entre los dos este diálogo  
profundamente dramático:

**JAIME.** Habreis de hacerlo,  
ó dejar de ser rey.

**REY.** De rey blasono,  
mas ceñía una espada antes de serlo;  
y así, pues de mi cólera impaciente  
roto habeis el torrente embravecido,  
os digo que lo haceis villanamente  
como traidor que sois y mal nacido;  
y de hombre á hombre, afuera mi corona,  
conmigo os reto á singular combate.

JAIME. A mi padre miré en vuestra persona:  
con vos no lucho yo.

REY. Temeis que os mate,  
felon que sois!

JAIME. ¡Don Pedro! No á esa prueba  
pongais la indignacion que ya en mí estalla.

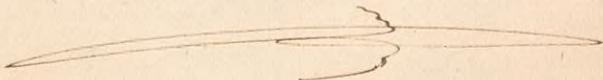
Mi leal prudencia sobre vos me eleva:  
os enseño á ser rey.

REY. ¡Cobarde, calla!!!

Y ciego de cólera don Pedro, puñal en mano, seguido de sus parciales, que con él estaban de acuerdo, se precipita sobre don Jaime para asesinarle; pero los demás caballeros se interponen, desnudando sus aceros; el pueblo invade, á la señal de uno de ellos, el sagrado recinto, y el rey pereciera acaso, si el mismo infante, con una generosidad heroica, no le escudára con su propio pecho, exclamando:

Al cadalso llevad á esos traidores  
y al rey en vuestros hombros á Palacio.

A esta situacion interesantísima, á esta sublime peripecia, que arrebatá, que enajena el ánimo y en que se hacen vibrar las fibras más delicadas del corazon humano, no puede menos de suceder un rompimiento terrible entre el monarca y su pueblo; y en efecto, cambiado el lugar de la escena, nos encontramos con la nueva de la batalla de Epila, en que la *Union* ha sido vencida, y asistimos al consejo que el *Justicia* ce-



lebra en Zaragoza con sus ciudadanos, resueltos todos á defender la ciudad y sus fueros, si no consiente don Pedro en sustituirlos con el *Privilegio general*, que andando el tiempo habia de ser el modelo de las grandes constituciones políticas.

El rey con golpe de gente  
los muros quiere forzar,

Y el *Justicia*, dando orden de que se le permita la entrada, dice á sus caballeros:

¡Sentaos! En torno al solio,  
se ha de esperar al señor.

¡Cubríos! Yo, dictador,  
os salvaré el Capitolio.

Serena y noble actitud que al monarca mismo desconcierta, cuando, armado de punta en blanco, empuñando todavía la maza de hierro, se presenta en aquella Asamblea arrostrando las embravecidas olas del pueblo, para escuchar del *Justicia* estas enérgicas palabras en que se alude á los tormentos que en Valencia han sufrido por el mandato real los conservadores de la *Union*:

Y vos, don Pedro, si en la noble Augusta  
tirano habeis de ser como en Valencia;  
si esa sangre vertida no os asusta  
y la nuestra quereis sin resistencia;

Si ayudaros quereis de la morisma  
 (¡que tanta iniquidad allí ha pasado!);  
 si aquí ha de herirnos vuestra mano misma  
 y el cetro por el hacha habeis trocado;

Si el licuado metal de las campanas  
 la boca ha de abrasarnos en el potro,  
 sabed que con torpezas tan villanas  
 no sereis nuestro rey, haremos otro.

A tan tremenda intimacion, írguese don Pedro como un leon herido, pero en vano; todo se conjura para desarmar su cólera y vencerle. El *Justicia* le amenaza con sublevar al pueblo, al son de la campana fatídica; la infeliz doña Constanza viene á suplicarle, en nombre de su amor filial, que desista de reservarle un trono al cual renuncia de buen grado en favor de don Jaime, á quien adora; y el infante mismo, aquel príncipe ilustre que ha salvado la vida al rey, se le aparece, cuando todos le creían muerto, como un hombre evocado de su sepulcro, como la sombra de Banquo en el banquete de Macbeth, como la imágen del remordimiento. A su vista, don Pedro se estremece; á su voz, que es el grito de la real conciencia, jura por fin el rey los nuevos fueros, rasga con el puñal los antiguos, hiriéndose en la mano y manchándose de sangre, que

Bien merecia  
 sangre de rey quien destronaba reyes;  
 y pronuncia, sobre el cadáver de don Jaime, que acaba

de espirar en los brazos de doña Constanza, el siguiente solemne juramento :

¡Jaime! Sobre tu pecho aun palpitante  
juro al pueblo, pues ya de él no me aparto,  
que su ley es mi ley, y en adelante  
el primero en cumplirla Pedro cuarto.

Llenad este vacío que en mí siento;  
dadme todos aquí nombre de amigo:

que sea del trono el pueblo fundamento:  
¡Union, no contra mí, sino conmigo!

Tal era, bosquejado á grandes rasgos, el cuadro de que hablábamos al principio de este artículo: cuadro de mano maestra, en cuyas figuras, en cuyos accidentes, en cuyos menores detalles, se adivinaba, como en el conjunto, el pincel de un consumado artista. El público le contemplaba con un interés creciente, aplaudia con entusiasmo, llamaba una, dos y tres veces al autor, y ceñía sus sienes con la corona de laurel reservada á los vates.

¿Quién era ese autor inspirado, cuyo ingénió habia sabido dar vida á tantos personajes históricos y trasladarnos á una época que solo existe en la memoria de los hombres? Tiempo es ya de decirlo: uno de los más ilustres hijos de la ciudad augusta, uno de nuestros más notables literatos, el señor don Jerónimo Borao, dignísimo catedrático de esta universidad literaria.

Zaragoza estaba de enhorabuena. Hacía muchos años que no se habia visto en nuestro teatro un triunfo

tan grande y tan legitimo. Las musas del Ebro, que un dia hicieron sonar la lira de los Argensolas, que trazaron en lienzos inmortales las creaciones de Goya y dieron inspiracion al festivo y gracioso Príncipe, parecian renacer con nuevo esplendor y nuevas galas en el señor Borao, y el que habia sido consagrado ya por la ciencia como maestro, por la Academia de la Lengua como hablista, por la república de las letras como crítico y como poeta lírico, recibia el glorioso bautismo de autor dramático, añadiendo á su erudito *Diccionario de voces aragonesas*, á sus muchos y brillantes escritos en prosa y verso, una obra más, *Los fueros de la Union*, que desde hoy figurará entre las buenas del teatro español contemporáneo.

¿Se quiere que nosotros enumeremos ahora sus bellezas? Son tantas que apenas bastarian para ello los estrechos límites de que disponemos. Ya hemos procurado presentar la accion principal del drama; accion ingeniosísima, diestramente conducida, estrictamente ajustada en el fondo á la narracion histórica, palpitante toda ella de interés y de sentimiento, y en la cual se destacan dos admirables peripecias, la sesion de las Córtes en el segundo acto, y la última y suprema lucha del rey consigo mismo y con los defensores de las libertades aragonesas en el tercero. Allí juegan todos los afectos, todas las pasiones del corazon humano: la ambicion, la soberbia, el valor fiero y sañudo, el espíritu de venganza, la amistad leal y sincera, el amor tierno y apasionado, el filial cariño, la altivez de un pueblo libre, el culto á la patria y á los grandes re-

cuertos. Es muy difícil idear y desenvolver con más acierto un argumento igualmente atractivo y dramático. ¡Y qué caracteres tan salientes, tan naturales, tan bien dibujados! Aquel monarca, ora solapado y artero, ora iracundo y arrogante; aquel don Jaime, generoso, magnánimo, amante hasta la idolatría de su patria y de su dama; aquel Urrea, asombro de leales, como el mismo don Pedro le califica; aquel Fernandez de Castro, cuya entereza nada es capaz de quebrar en su oficio de *Justicia*; aquel Cabrera, frío, descreído y de quien podría decirse con un gran poeta, que lleva en el pecho, en vez de corazón, un guarismo; aquella princesa, en fin, enamorada y pura, sencilla y animosa, que solo sabe sentir y llorar, que no vive sino para su amante, son de lo más bello que puede imaginarse. En lo que ha estado el autor ménos feliz sin duda es en la parte episódica, y sin embargo, en los amores de don Jaime y doña Constanza hay un perfume de poesía que encanta. Verdad es que este perfume se siente en toda la obra, y para conocerlo no hay más que recordar siquiera los cortísimos trozos de diálogo que hemos citado, y en los cuales campean la delicadeza y energía de los conceptos al lado de la tersura y de la fluidez del metro.

¿Qué más podemos decir? Hablad de los defectos, murmurará quizá alguno de nuestros lectores. Por ventura, el drama del señor Borao no los tiene? Es muy posible: qué creación humana está exenta de ellos? ¡Defectos! Los habrá, sin duda, en la obra que ahora examinamos: solo que nosotros no los sabemos, no

queremos saberlos. Quédese esta meritoria tarea para los Aristarcos, para los descontentadizos, para esos críticos eminentes, censores implacables de todo escrito ajeno, que se dan á rebuscar faltas verdaderas ó supuestas y saben despues consignarlas en tal cual letrilla ó epigrama, para asombro de las generaciones venideras. No faltan de ellos en nuestro país, y tan notables y tan ejemplares, que nosotros solo aguardamos á que escriban algo para imitarlos y seguir su escuela.

Entretanto, pensamos en las muchas vigalias, en las largas horas de meditacion y de estudio, en los no escasos conocimientos, en la ilustracion, en la inteligencia que exige una obra séria, literaria ó científica, y cuando vemos que todos esos afanes, que todo ese ímprobo trabajo no tienen otra recompensa que un aplauso efimero del público, y despues el abandono, el aislamiento, algunas arrugas en la frente, algunas canas en el cabello, la pobreza y tal vez la miseria del autor—lo confesamos ingénuamente—no tenemos valor para escatimarle un elogio, que solo es costoso para las almas pequeñas.

Estas reflexiones son perfectamente aplicables al señor don Jerónimo Borao, modesto y distinguido escritor que honra á su patria, y que sin esperanza de premio, sin deseo de lucro—deseo inútil en verdad, tratándose de producciones literarias—sin otro sentimiento que el amor á lo ideal, tan propio de las almas poéticas, escribió hace doce años el drama *Los fueros de la Union*, hoy desenterrado del olvido, en que su

mismo autor le tenia , por la diligencia de algunos de sus amigos.

Permítasenos, pues, limitarnos á enviar al señor Borao nuestros humildes plácemes, y ojalá que ellos le sirvan de estímulo para enriquecer con nuevas producciones la literatura patria , que ya debe tanto á su erudición y talento!

(Diario de Zaragoza, marzo de 1864.)

## XXVI.

EL 5 DE MARZO DE 1838.

Al Excmo. Sr. D. Salustiano de Olózaga.

¿Qué confuso rumor los aires hiende?  
 ¿Qué bélico ruido  
 de aceros, de caballos y atambores,  
 entre los ecos del festin sonoros,  
 viene medroso á desgarrar mi oído?

Era la noche : en sombras sepultada  
 la ciudad de los héroes yacía  
 sobre su blando lecho de laureles,  
 á la márgen del Ebro reclinada.

Desierto y solitario  
 de sus calles y pórticos se vía  
 el ámbito tortuoso ;  
 sin que ni voz , ni hoguera , ni ladrido  
 del can que guarda los tranquilos lares,  
 la oscuridad turbáran y el reposo.

Dormian sin pesares



Mas ¡ay! que acaso en la tiniebla oscura,  
 acudiendo á deshora  
 al ronco son del enemigo parche,  
 que con engaño desleal la advierte,  
 caiga en la red traidora  
 la flor de tus intrépidos guerreros  
 y halle inhumana muerte  
 ó cautiverio atroz donde creyera  
 medir con el contrario sus aceros.

¡Ay! que oculta en la sombra misteriosa  
 tras una y otra estrecha encrucijada,  
 de sangre generosa  
 sedienta, acecha la enemiga hueste,  
 te tiende en cada paso una emboscada  
 y allí deja sin hálito y sin vida  
 la preza de tus valientes aguerrida.

¡Oh rábial ¡Y de esa suerte  
 ha de cebarse el tigre carnicero  
 en el noble leon, porque en inerte,  
 hondo sueño postrado,  
 yace sin fuerza y sin arranque fiero?

¡Así has de ver, ¡oh invicta Zaragoza!  
 sin hacer de valor bélico alarde,  
 rendirse á esa falanje que, insolente,  
 te oprime y te destroza,  
 los héroes mismos que al moderno Atila  
 doblar hicieron la orgullosa frente?  
 ¡Nól... ¡nól... ¡jamás!... que el sueño perezoso

sacude ya por fin el leon ibero :  
 ya , en saña ardiendo , eriza su melena ;  
 ya ruje por tus ámbitos furioso .  
 ¡guay de ese tigre artero !  
 Pronto , mordiendo de la lid la arena ,  
 sentirá en sus entrañas laceradas  
 de su rival las garras afiladas .

Y es así , que do quiera  
 acuden ya los libres campeones ,  
 descubierta la trama engañadora ,  
 uno tras otro en pos de su bandera ;  
 con ímpetu violento ,  
 cual rayo de los cielos desprendido ,  
 sobre la hueste bárbara invasora  
 todos se arrojan : trábase sangriento ,  
 descomunal combate ;  
 truena el cañon , el hierro centellea ,  
 cunde el estrago y la implacable muerte  
 sus negras alas sobre el campo bate .

¡Noche de horror y gloria!... ¿Quién me diera,  
 para cantar tus inmortales hechos,  
 que aun para el mundo son ignoto arcano,  
 la líra de los Píndaro y Herrera ?  
 Allí los nobles pechos  
 dieron sin miedo al plomo y la metralla  
 el fuerte mozo y el caduco anciano,

y entre el humo y fragor de la batalla,  
 vióse lidiar con varonil fiereza,  
 disputando la palma victoriosa,  
 al inocente niño,  
 la dama altiva de sin par belleza  
 y la doncella púdica y hermosa.

¡Cuánta sangre vertida!... De su rojo  
 color se mira por do quier manchado  
 de la ciudad angusta el pavimento;  
 recuerdo eterno y fúnebre despojo,  
 que oprime aún el pecho acongojado  
 y persigue y acosa al pensamiento!

Era esa sangre, ay! triste,  
 que corrió por los montes y los llanos,  
 sangre de corazones generosos,  
 nacidos al calor del mismo seno  
 y latiendo á la par.... sangre de hermanos!

Ah! mil veces dichosos  
 los que lloramos hoy sus tristes huellas,  
 si rescatarla con la propia dado  
 le fuese á nuestro amor!... Pero qué digo?  
 vanos lamentos!.. fútiles querellas!  
 Envidiemos mas bien á aquel puñado  
 de libres y valientes  
 que al hierro sucumbió del enemigo,  
 y compró con su sangre la victoria,  
 vertiéndola á torrentes,

y alzando con esfuerzo sobrehumano  
trono á la libertad, templo á la gloria.

Victoria, sí, victoria!... que risueña,  
á más andar la aurora sonrosada  
por el Oriente llega... y á su lumbre,  
se vé Salduba de su suerte dueña,  
y huye en tropel vencida y humillada  
la impía muchedumbre.

Victoria, sí, victoria!... No más luto,  
basta de servidumbre y tiranía;  
ya nunca España gemirá sus penas,  
dando al cetro de lágrimas tributo;  
que rompió Zaragoza sus cadenas,  
y no hay poder ni fuerza soberanos  
capaces de anudarlas á sus manos.

Oigalo el mundo, pues!... libre es España!  
Si alguien osado esclavizarla intenta,  
sepa que basta el pueblo de Lanuza  
á quebrantar su saña,  
y que la tierra en que ese pueblo alienta  
otro lema no tiene ni otra historia  
que honor, constancia, libertad y gloria.

(*Diario de Zaragoza*, marzo de 1864.)

## XXVII.

## EL FENÓMENO.

El hombre práctico debe estudiarse en las diferentes circunstancias en que le coloca la sociedad durante el curso de su vida, de la misma manera que el hombre teórico necesita ser observado en todas las fases de su organizacion y desarrollo, porque así como no puede formarse idea completa de un edificio, mirándole desde un solo punto de vista, así tampoco puede conocerse con exactitud al hombre, considerándole siempre en las mismas circunstancias. Y esto que es una verdad incontestable, hablando de la especie humana en general, se confirma y adquiere todavía más fuerza aplicado á cada individuo en particular. Las circunstancias deciden casi siempre del destino de la humanidad; porque el hombre no es dueño de los sucesos, y únicamente le es permitido asimilárselos, por decirlo así, haciéndolos servir en provecho propio: querer torcer su

curso sería lo mismo que empeñarse en domar el mar bravío luchando á brazo partido con las ondas; nó, es preciso abandonarse á ellas y dejarlas pasar.

Por otra parte, es tal nuestra variedad de gustos é inclinaciones; que no hay objeto alguno en el mundo moral ó físico que tenga el mismo valor á los ojos de todos. Poned *El Romancero* en manos de un niño, y pronto le vereis convertido en *pájaras*; entregádsele á un mercader, y envolverá con sus hojas hilos y especias; dádsele á un poeta, y le consultará como si fuese un oráculo. ¿Qué hubiera sido de Copérnico bajo el régimen de Torquemada?

A tales reflexiones me hallaba yo ayer entregado, cuando un nuevo personaje, que apareció en la escena de mi gabinete, vino á interrumpir esta especie de monólogo filosófico. Era mi criado que queria entregarme una carta. Fuéme preciso entonces, bien á mi pesar, convertir el monólogo en diálogo y establecer una correspondencia directa é inmediata con mi bolsillo para ver de satisfacer la otra; mas no bien hubé entregado á mi fámulo los cuatro maravedís que se imponen de penitencia á todo el que incurre en el pecado de recibir una carta, me dispuse á continuar mis meditaciones, arrojando la consabida, todavía cerrada, encima de la mesa. ¡Ah!—como dice el refrán— *el hombre pone y Dios dispone*; en el caso presente, la curiosidad era mi Dios verdadero. Sí, la curiosidad, serpiente que ya en el Paraiso hizo pecar á la primera mujer, obligándole á comer del fruto del mal; de aquel fruto que, á no haber estado prohibido, quizá no hu-

biera llegado á comerse. Digo, pues, que la curiosidad empezó á retozar conmigo, entreteniéndose en dirigir mis ojos, mis brazos, y por último todo mi cuerpo hácia la carta: ábrila al fin, y comencé á leerla con ávidos ojos; desde las primeras palabras, ya me decia el corazon que habia de encontrar en ella algo que me interesase; y en efecto, me interesaba tanto, que era ni más ni ménos una prueba práctica de mis anteriores teorías. Apelo sinó al fallo de Vds., amados lectores; léanla, si les place, y díganme luego. Es como sigue:

«A Madrid me vuelvo, amigo mio, y nunca hubiera salido de él; que más vale, ¡voto al diablo! ser criticado por la *Gaceta de Teatros*, ejercer el oficio de traductor ó vivir entre editores, que permanecer un día, una hora, un minuto siquiera en un pueblo. Yo creí que la mayor calamidad que podia sucederme en el mundo era haber nacido poeta; pero te juro, por lo que tengo de tal, que no habia contado con la huésped, es decir, que no habia contado con mi pueblo. Ser poeta es ya de suyo, como tú no ignoras, una gran desgracia; pero de serlo en un pueblo á serlo en Madrid média tanta diferencia como de autor dramático á autor de compañía, como de una pieza andaluza á una pieza de á ochavo, como de Comella á Moratin.

»Tú no puedes figurarte, amigo mio, lo que es un poeta á los ojos de estas gentes. Si vas por una calle se paran los que pasan á tu lado, te miran, te contemplan, te examinan, te señalan con el dedo y se dicen unos á otros: *¡Ese es el poeta!*

»Los que están en sus casas se asoman á las ventanas, salen á las puertas, alzan en sus brazos á los chiquillos para que te vean, y repiten en voz baja:

¡El poeta! ¡El poeta!

»Los muchachos corren tras de tí gritando: ¡El poeta!

»Si encuentras en la calle un conocido, ¡Hola, poeta! —será la frase con que te salude.

»Si vas de visita, te anunciará la criada diciendo: ¡Señora! ¡señora!... ¡El poeta!!

»Si van á visitarte á tí, preguntarán: ¿Está ahí el poeta?

»Si dices algun chiste, ¡Eh, qué tal el poeta!

»Si no apeleces sus gustos, ¡Bien se conoce que es poeta!

»Si haces algo que les choque, ¡Cosas de poeta!

»Si bailas, ¡Bien por el poeta!

»Si cantas, ¡Miusté, miusté el poeta!

—¿Y qué es poeta?—pregunta Periquillo.

—Vamos, poeta, esplica tú esa cosa.

»Te dice el tío Colás con acento de autoridad; y si tú te haces el sordo, él responderá por tí muy satisfecho:

—Poeta es el cace versos.

—¿Y qué son versos?—pregunta á su vez Andrés el sacristan.

»Y contesta el alcalde:

—Hombre, versos son lo mesmo que coplas.

»Y replica Bartolo, metiendo su baza en la conversacion:

—» ¡Tomal Pus eso tambien lo sé yo hacer.

—» Y el tio Colás:

—» Calla tú, peazo é bárbaro, cás de saber? Quedrás tú compararte al *poeta*, cá hecho comedias y se las han representao en el treato los comediantes de Madril?

» Y luego dirijiéndose á tí, añadirá:

—» *Poeta*, ¿y toó eso lo sacas de tu cabeza?

» Á tiempo que otro te interpela diciéndote:

—» ¿Y cay cacer pa ser *poeta*?

» Tú entretanto tendrás que contestar á todo y reirte y celebrar las *ocurrencias* de aquéllas gentes, que así llaman ellos á sus necedades.

» En tu casa te preguntarán si han de echar sal al cocido, si quieres la cama blanda ó dura, si has de mudarte todos los dias ó todas las semanas, si te gusta el pan blanco y tierno, si gastas peines, si te lavas, si te cepillas la ropa, si comes cuando tienes gana, si... ¿qué más sé yo?—Y si te muestras sorprendido de aquéllas preguntas, te dirán: *¡Como es Vd. poeta!!!*

» Y luego se contarán unos á otros que tú comes, bebes, duermes, etc., etc.; como si todas estas cosas fuesen rarísimas, estupendas, nunca vistas; en una palabra, como si fueran otros tantos fenómenos de un fenómeno más fenómeno todavía—*¡Poeta!*

» Continuamente habrá uno de la casa espiándote por una rendija de la puerta, y á cada movimiento que hagas irá corriendo á decir á los demás:

—» ¡El *poeta* lee!—¡El *poeta* escribe!

—» ¡El *poeta* se pasea!—El *poeta*... ¡Maldicion!

»No podrás estar un momento tranquilo, porque á cada paso tendrás visita, ya sea del alcalde, ó del sacristan, ó del escribano, ó del cura, ó del... demonio, porque yo creo que él es el que se ha propuesto fastidiarme, aburrirme, consumirme, matarme, aniquilarme en los ocho dias que hace que estoy en este pueblo.

»No oirás otro són á tus oídos que el de—*¡Poeta, ven!*—*¡Poeta, sal!*—*¡Poeta, entra!*—*¡Poeta, quédate!*—y *poeta* por aquí, *poeta* por allá, *poeta* por todas partes.

»Si se ríe Felisa, si Colás dice una necedad, si se casa Niceto, si se bebe, si se canta, si se baila—*¡Poeta, unos versos!*—*¡Poeta, una coplilla!*—*¡Poeta, dí algo!*—*¡Bomba, poeta!*—*¡Que improvise el poeta!*—*¡Que componga el poeta!*... ¡Oh! con razon podria yo esclamar ahora con Breton de los Herreros:

—*¡Estás contenta, Santísima Trinidad?*

»Sí, amigo mio, aquí conciben por un poeta una especie de admiracion muy semejante á la que concebiria Pascal cuando, al ver por primera vez á un fraile que preguntaba por su padre, anunció á éste la visita del religioso diciéndole:—*Papa, il y a quelque chose qui demande pour vous* (1).

»Para estas gentes, te lo repito, un poeta es un ente raro, un fenómeno, una cosa, un animal nuevo, en una palabra: ¡un poeta! Y aun dudo mucho si para ellos este animal es superior ó inferior al hombre en la escala zoológica!!

---

(1) Papá, ahí está una cosa que pregunta por Vd. —

»¡Admírate, pues, como no he podido yo menos de admirarme, al recordar que van por esos pueblos algunos gabachos enseñando monos, micos, culebras y otras frioleras, cuando pudieran muy bien enseñar poetas!!! Y qué, ¿crees tú que con esto ganarían ménos? Ya habrás podido convencerte de lo contrario por lo que te llevo dicho.

»Si te mueven, pues, mis ruegos, mis lágrimas y mi desesperación, *acude, corre, vuela* á sacarme de esta especie de jaula en que me hallo, como si fuera ni más ni ménos el oso del Retiro. Ven, digo, porque me tienen verdaderamente preso, encerrado, acorralado, enjaulado, sin dejarme salir del pueblo por más versos que les compongo. ¡Ven, por Dios! Ven y tráete una burra, mulo, yegua, caballo ó cualquier otra acémila, aunque sea carreta, carro, mensajería, calesa, tartana, coche, berlina, carretela, ómnibus ó diligencia, para que yo pueda escaparme de cualquier modo que sea de mi jaula y verme en Madrid en mi buhardilla, y mas que me critique la *Gaceta de Teatros*, mas que tenga que ser traductor, mas que me vea obligado á vivir entre editores.—Tuyo, FABIO.»

Esta es la carta, amados lectores: ¿Qué dicen ustedes ahora?

(*El Miguelete*, enero del 57.)

## XXVIII.

## NI QUITO NI PONGO REY.

## ROMANCE.

Recatado y misterioso,

como quien cela ó se guarda,

de Montiel sale á deshora

un hombre envuelto en su capa.

El sol los rayos postreros

ya desde el ocaso lanza,

y á su luz tibia, indecisa,

que, más que alumbra, se apaga,

medio velado en las sombras,

el castillo á ver se alcanza.

Coronan torres y almenas

ballesteros y hombres de armas,

y á merced del cierzo rudo

que el frio marzo desata,

el pendon del rey Don Pedro,

teñido en sangre cristiana ;  
 alarde haciendo de guerra ,  
 flota en la torre más alta .  
 Corre el año mil trescientos  
 sesenta y nueve de gracia ,  
 y cetro y vida disputa  
 al castellano monarca  
 su hermano bastardo Enrique ,  
 conde que es de Trastamara ,  
 el cual , vencido primero  
 por el rey Don Pedro en Nájera ,  
 con la poderosa ayuda  
 de las británicas armas ,  
 guiadas por el caudillo  
 que el *Príncipe Negro* llaman ,  
 huyó luego de Castilla ;  
 y auxilio pidiendo á Francia ,  
 tornó con diez mil soldados  
 aventureros , que manda  
 un tal Beltran Duguesclin ,  
 soldado de quien le paga .  
 Y con esto la fortuna ,  
 que siempre es mudable y vária ,  
 abandonó al rey Don Pedro ,  
 de quien á un tiempo alejaban  
 nobleza , clero y ciudades  
 su crueldad y su desgracia .  
 Al fin , dispersas sus huestes ,  
 rotas sus mejores lanzas ,  
 con muros de carne y piedra ,

como á fiera acorralada,  
 en su villa de Montiel  
 le cerca el de Traslamara,  
 y preso en red tan estrecha,  
 ¿qué le valdrá que en su rábía  
 acuda al tajante acero  
 para romperla ó cortarla?  
 No hay además en la villa,  
 ni víveres ni vituallas,  
 y de hambre y sed acosados  
 los guerreros que la guardan,  
 sombríos, pálidos, mústios,  
 más que soldados fantasmas,  
 vagan del viejo castillo  
 por el ancho patio de armas,  
 ya sin vigor en el brazo  
 para blandir una lanza.  
 Entre ellos cruza en silencio;  
 siempre ocultando la cara,  
 el hombre que antes dijimos  
 envuelto en el ancha capa.  
 Abre una oculta poterna  
 que dá paso á una cañada,  
 y hácia el real de Don Enrique  
 enderezando la planta,  
 con paso rápido y breve  
 deja tras sí la distancia.  
 —¡Ah de la guardia!—en llegando,  
 grita ronco el atalaya;  
 y al punto de entre las tiendas,

que azota con furia insana  
 el viento y en densa bruma  
 sumerge la noche opaca,  
 ceñido el yelmo fulgente,  
 todo cubierto de malla,  
 al misterioso embozado  
 un guerrero se adelanta:  
 —Sois vos?—le dice en acento  
 que trasciende á tierra estraña.  
 —Yo mismo—contesta el otro,  
 y ambos del réal se apartan.  
 —¿Qué resuelve vuestro rey?  
 —Beltran Claquin, cuentas claras,  
 ¿Estais vos bien decidido  
 á darnos salida franca?  
 —Como vos lo pagueis bien,  
 podeis segura contarla.  
 Yo más interés que el mio  
 no tengo en esta demanda;  
 en pos voy de la fortuna,  
 lo que me importa es ganarla;  
 con que ved si por Don Pedro  
 de interesarme hallais traza,  
 pues abreviando razones,  
 y para hablaros en plata,  
*ni quito ni pongo rey,*  
 pero ayudo á quien me paga.  
 —Oro tendreis á montones,  
 pedid el que os haga falta.  
 —Mirad: si yo he de pedirlos,

vais á quedaros sin blanca: como la zorra en la trampa: no hay medio de que se escape, ó á dar viene en las garras de Don Enrique, y entonces no le arriendo la ganancia, ó muere en ese castillo haciendo ayuno á pan y agua y no creo que de santo Don Pedro aspire á la palma. Con que, si á librarle acierto, burlando la confianza de Don Enrique, á quien sirvo, le hago merced señalada.

—Cierto que es grande el servicio.

—Tasad vos mismo la paga.

—Don Pedro promete daros para vos y vuestra raza á Soria, Almazan, Atienza y Seron, villas preciadas, y á más Deza, Montagudo, con sus tierras y aldehalas, que no las tiene mejores todo el término de España.

¿Qué os parece el precio?

—Hidalgo, la verdad, le hallo una falta. Tantas tierras y castillos son muy buenos en España;

mas yo no pienso quedarme  
 por acá muchas semanas,  
 y fuera harto embarazoso  
 llevarlos á donde vaya.

Dadme de oro algunas doblas,  
 que es lo que se estima en Francia,  
 y os perdono lo demás:

ya veis que aun os hago gracia.

—Cien mil añado á lo dicho.

¿Conviene?

—Doblad la dádiva.

—¡Cincuenta mil más!

—¡Qué diablos!

Me habeis tocado en el alma.

Acepto por daros gusto.

—¿A qué hora será la marcha?

—¿A qué hora será la entrega?

—Cuando querais.

—Cuando os plazca.

—Pues hasta luego.

—Hasta luego.

Os aguardo en mi posada,

y á la señal convenida

tendreis caballos y guardia.

—Es trato hecho.

—¿Vuestra mano?

—Eso no ha entrado en la paga.

Y así diciendo el incógnito

personaje de la capa,

volvió la espalda á Claquin,

y por la misma cañada  
por donde vino, á Montiel  
guió de nuevo la planta.

## II.

En un salon del castillo,  
mugriento y dismantelado,  
cuyas paredes de piedra,  
que ennegrecieron los años,  
no sé si muestran ó encubren  
tapices hechos pedazos;  
sin otro adorno ni mueble  
para el preciso descanso  
que dos escabeles rotos  
y un sitial desvencijado;  
un hombre de buen talante,  
á los moribundos rayos  
de la lámpara que pende  
del antiguo artesonado,  
el desigual pavimento  
medir se vé á grandes pasos.  
Luce con gentil donaire  
un tonelete bordado,  
y del birrete que ciñe  
su cabeza, en rizos largos  
se escapa el blondo cabello  
que adorna su rostro pálido,

Mas, á pesar de su aspecto  
 y su exterior delicado,  
 propio, no de un varon fuerte,  
 sino de un hombre sin ánimo,  
 hay en la mirada altiva  
 de sus grandes ojos claros  
 un no sé qué de siniestro,  
 de adusto y apasionado,  
 que anuncia un génio impetuoso  
 y un corazon temerario.  
 Inclina al pecho la frente,  
 sobre él á la par cruzados  
 en actitud pensativa  
 ó cavilosa los brazos,  
 y deteniéndose en medio  
 del salon de vez en cuando,  
 palabras entrecortadas  
 murmura ó reza su lábio.  
 —Mucho tarda Mén Rodriguez,  
 dice al fin en tono airado.  
 Ya su tardanza me irrita.  
 ¿Le habrá tendido algun lazo  
 el francés, para privarme  
 de mi más leal vasallo?  
 Todo es posible en quien anda  
 con rebeldes y bastardos.  
 ¿No sirve al infame Enrique?  
 A tal señor, tal criado.  
 Mas por Dios que si así fuese,  
 aunque supiera arriesgarlo

todo, de él y de los suyos  
 había de hacer tasajos.  
 ¡Vive Cristo!... Verme aquí  
 solo, preso, mendigando  
 mi libertad y mi vida  
 de un traidor, de un mercénario!  
 ¡Todos me vendieron, todos!  
 Trailla infame de alanos  
 que un dia se disputaban  
 una sonrisa del amo,  
 y ahora ladran al mismo  
 que antes lamieron las manos.  
 ¡Oh! yo daré buena cuenta  
 de vosotros; por Santiago,  
 que en saliendo de esta jaula  
 donde me habeis encerrado,  
 he de arrancaros del pecho  
 el corazon á pedazos,  
 clavando vuestras cabezas  
 en torres y campanarios,  
 para ejemplo de traidores  
 y escarmiento de villanos.  
 Y ese malsin... ese Enrique...  
 ¡Ay de él, si me cierra el paso!  
 He de bañarme en su sangre,  
 he de beber de ella á tragos,  
 hasta saciar esta sed  
 que me abrasa... ¡Oh! ¡Cuándo, cuándo  
 lograré yo de matanza  
 y de esterminio verme harto!

¡Cuándo sonará la hora  
 de mi libertad!... ¡Qué largos  
 me parecen los instantes!  
 ¡Y Men que no llega!... ¡Rayo  
 del cielo!... Ya mi impaciencia  
 rompió sus diques... ¡Salgamos!  
 ¡Aunque la tierra le esconda,  
 yo le hallaré muerto ó sano!—  
 Y al punto mismo Don Pedro,  
 pues, como habrá adivinado  
 el lector, tal era el huésped  
 de aquel salon solitario,  
 tomó su acero y su capa,  
 la puerta abrió de un porrazo,  
 y ya iba á salir, á tiempo  
 que el misterioso embozado  
 de nuestra historia mostróse  
 en el dintel, gorra en mano.  
 Retrocedió el rey entonces,  
 diciendo:—¡Gracias al diablo!—  
 Y adelantándose el otro,  
 echóse el embozo abajo,  
 cerró tras de sí, y en graves  
 coloquios, que no llegaron  
 á noticia de hombre alguno,  
 diz que rompieron entrambos

A ninguno de ellos esto parecieron bien debió, pues resistieron tenaces su mútua separacion; mas, conformándose al cabo con las razones que dió Beltran Claquin, á la puerta quedóse en observacion el uno, mientras el otro en la tienda penetró. Diez hombres allí acostados, como en mullido colchon, en la tarima, dormian un sueño reparador, á juzgar por su pausada y ronca respiracion.

—¿Qué es esto?—esclamó al mirarlos el desconocido, y dió un paso atrás; mas Claquin, conociendo su intencion, se apresuró á detenerle, diciendo:—No hayais temor; soldados son de mi guardia, á quienes destino yo para que esta noche os sirvan de escolta en la espedicion. Otra tienda en que se alojen no tengo en el real por hoy, y ocupados en marciales fatigas de sol á sol,

no estrañareis que se rindan al sueño en esta ocasion. Muy pronto estarán despiertos, mientras que voy yo mismo por los caballos que en verdad se adelantó vuestra llegada á mis planes y me hallais sin prevencion. Tal dijo Beltran Claquin y de la tienda salió dejando al desconocido en la impaciencia mayor. Pudo entonces claramente verse á la luz del blandon que ardía siempre en el suelo su catadura esterior. Era hombre de escasa talla y no fuerte complexion; iba vestido de férrea cota, por cuyo espesor no entrara el más fino acero que Toledo fabricó; espada y puñal pendientes llevaba del cinturon, y cubria su cabeza un yelmo deslumbrador á través de cuyas barras, fijas en el armazon, sin más celada que diese espacio al ojo avizor,

lanzaban los suyos rayos  
 de r bia y de indignacion.  
 Así, embozado en su capa,  
 como prenda de rigor  
 en noche tan inclemente  
 y en tal sitio y estacion,  
 nuestro incógnito aguardaba,  
 con aire de mal humor,  
   que   buscarle volviere  
 Claquin, segun le ofreció.  
 Al fin, cansado sin duda  
 ya de tanta dilacion,  
 di se   jurar, invocando  
 con sacrílego furor,  
 tan pronto al infierno todo  
 como   los santos y   Dios;  
 cuando de rápidos pasos  
 próximo ruido sintió,  
 y resonó en sus oidos  
 este grito aterrador:  
 —  Dónde está ese rey tirano,  
 vástago de maldicion  
 de adúltera Mesalina?  
   Dónde está?   dónde?—  
 A tal voz,  
 estremeci se el incógnito,  
 la mano al cinto llevó,  
 y rechinando los dientes  
 y ruiendo de furor,  
 como tigre que se  rroja  
 sobre la res que acech ,

ó cual leon de las selvas  
 que persigue el cazador,  
 lanzóse al umbral, diciendo  
 con voz de trueno:— ¡Aquí estoy  
 — ¡Tú eres la cobarde hiena!—  
 repuso entonces el que habló,  
 también cubierto y con armas—  
 entrando en el pabellon.  
 — ¡Y tú el de infame manceba  
 retoño vil y traidor  
 — ¡Tú el verdugo de mi sangre  
 — ¡Tú de Castilla el baldon  
 — ¡Vas á morir, asesino!  
 — ¡Bastardo! Tu hora llegó:—  
 Y así, escupiéndose al rostro,  
 se arremetieron los dos,  
 luchando á brazo partido,  
 cuerpo á cuerpo y con teson,  
 como en el circo pudieran  
 uno y otro gladiador.  
 Los diez hombres que dormían,  
 fuese verdad ó ficcion,  
 se incorporaron á un tiempo,  
 colocándose en redor;  
 y al crujido de las armas,  
 y al rudo y siniestro són  
 de la batalla, el que afuera  
 de centinela quedó,  
 como un rayo, espada en mano,  
 colándose de rondon,

quiso terciar en el lance por aquel con quien llegó. Mas Claquin, que le seguía, deteniéndole veloz, le dijo:—Atrás, Men Rodríguez; ¡este es el Juicio de Dios! —¿Así,—repuso el citado— osas llamar tu traición? Matad, Don Pedro, á esa víbora; Y ¡— que yo daré por quien soy buena cuenta de estos perros.— Y revolviendo feroz contra Claquin, aséstole con tal ímpetu y valor un golpe que, á no pararle le partiera el corazón. Lanzáronse entonces todos sobre el leal servidor, y le arrancaron la espada no sin que en su furia atroz rompiése él contra su suerte en tremenda imprecación. La lucha en tanto seguía cada vez con más ardor; y blandiendo sus puñales uno y otro campeón, se estrechaban, se oprimían, se entrelazaban los dos, como la hiedra y el árbol en revuelta confusión.

Era una escena espantosa, sup oqmei á  
 sangriento duelo de horror, ob axal á  
 que contemplaban impávidos á osomú  
 ó con bárbara afición, abul, odallivj—  
 Claquin y sus diez parciales, asq ut la  
 cerrando el campo en redor. iupal!  
 Al fin, los dos combatientes, ol so ay—  
 redoblando su presión, i. éúqúe so on y  
 dieron al par en el suelo; aiup ó orv  
 y ya el que encima cayó, estu al oio y  
 á hundir por la gola al otro; asia—  
 iba el hierro matador, on slova intenc  
 cuando Claquin, empujándole, asib  
 con disimulada acción, no oúdeb obano  
 cambió lo de abajo arriba, —Por qué—  
 y al vencido en vencedor. yoú estis hoy sup  
 Oyóse en la tienda entonces, as y que  
 una horrible maldición, asid, hohigúe  
 entre vítores ahogada, onqú in yúno  
 y alzándose un campeón, oúyudo á  
 y mostrando con el dedo  
 al otro, que sin vigor  
 yacía en tierra, arrojando  
 por el cuello un borboton  
 de sangre, dijo:—Señores,  
 Don Pedro el Cruel murió.  
 Ya está vengada Castilla:  
 yo el rey de Castilla soy.  
 —¡Viva Don Enrique!—en coro  
 todo el concurso exclamó,

á tiempo que Men, rompiendo los lazos de su prision,

furioso á Claquin gritaba :

—¡ Villano, Judas, traidor !

¿ Así tu palabra cumples ?—

Mas Claquin le respondió :

—Ya os lo dije, Men Rodriguez,

y no os engañé, por Dios :

servo á quien me dá más paga,

y este la vuestra dobló.

—Mas, ¿ por qué, malsin, cobarde,

con alevosa intencion

diste ayuda á Don Enrique

cuando debajo cayó ?

—¿ Por qué, decís ? A fé miá,

que estais hoy muy pregunton ;

Mas, ya que tanto os importa,

sabed, Rodriguez, que yo

*ni quito ni pongo rey,*

*pero ayudo á mi señor.*

(Romancero español contemporáneo, 1863.)

## XXIX.

## DE ALBACETE Á VALENCIA.

## VIAJE AL VAPOR.

Hemos cruzado la Mancha, vasta y uniforme llanura, jamás interrumpida por un montecillo, por una colina, por un accidente del terreno.

Sus campos salpicados de sal, sus tierras, que apenas araña el arado, acusan á la incuria de los hombres, sin poder maldecir á la naturaleza.

Al ver esa region inmensa, desnuda y miserable, sin riego y sin verdura, envuelta en harapos como un mendigo, el viajero aparta involuntariamente los ojos y se oculta en el fondo del carruaje, poseido de indefinible angustia.

Huyamos, huyamos por piedad de tan tristes lugares.

Dejemos atrás esas áridas *estepas*, ateridas por el cierzo del invierno, abrasadas por los rayos de la canícula.

Bajo su estenso y monótono horizonte, no se descubre

un objeto que halague los sentidos ó encante la fantasía: ni un árbol umbroso, ni un pajarillo alegre, ni una fuente murmuradora, ni una flor perfumada.

El *wagon* rueda entre campos yermos; atraviesa aldeas ignotas; un pueblo soñoliento se agrupa á su paso y contempla la poderosa máquina con curiosidad salvaje.

Solo distraen la indiferente mirada los molinos de viento, que se levantan aquí y allá como gigantes enfurecidos, moviendo á compás sus brazos.

Ellos fueron los que un día osaron provocar al *andante caballero* á descomunal batalla; en ellos se estrelló por ventura el nunca domado brío del *héroe de la Mancha*.

¡Tierra huérfana y desheredada! Mancha te llamaron y *mancha* eres, sin duda, en la fértil y deliciosa España.

Y sin embargo, tú respiras el mismo aire puro y embalsamado, tú vives bajo el mismo cielo de oro y de zafir, tú te calientas al mismo sol creador y fecundo que mi patria.

¿Quién lo creyera, pobre país desierto y solitario!

¿Quién diría que encierras en tu seno tantos tesoros, que en tus artérias circula uno de los metales más ricos, que un río magnífico y caudaloso se filtra, misteriosamente por tus arenas?

¡Sin presente y sin pasado, sin historia y sin tradiciones, acaso ignoraría el mundo tu nombre á no haberle ilustrado con su génio el sin par cautivo de Argel, el divino manco de Lepanto!

¡ Argamasilla y el Toboso : hé aquí tus títulos de gloria ! ¡ D. Quijote y Sancho Panza : hé aquí tus hijos dignos de fama !

Perdona... No me acordaba de *El Ocho* y de *Palillos*, estos nuevos caballeros andantes.

Hemos llegado á la ciudad de Almansa.

¿ Qué significa ese informe monton de piedras , toscamente labradas ; que se levanta en medio de un llano á la izquierda del camino ?

¡ Ah ! Ese es el monumento elevado en memoria de aquella célebre batalla , en que Berwick dió la mitad del trono de España al primer Borbon de nuestra régia cronología.

¡ Berwick ! ¡ Un general extranjero mandando tropas castellanas ! La patria del Cid y de Gonzalo de Córdoba , de Hernan Cortés y del duque de Alba , tras siglo y medio de despotismo y de teocracia , no tenia ya generales.

¡ Triste situacion , por cierto , y triste monumento , sobre todo , el que con el recuerdo de nuestras discordias civiles , viene á evocar este recuerdo doloroso en el alma !

Porque allí , en aquel mismo sitio , que aun me parece ver enrojecido de sangre , lucharon españoles con españoles ; y todos eran valientes , todos eran generosos , todos hijos de una propia madre.

¡ Ah ! Perezca para siempre la memoria de tan nefanda lucha ; sacrifiquemos todas nuestras rencillas en el altar de la patria , y juremos de hoy más no com-

batir sino por ella, que sólo es dulce y honrosa la muerte por tan noble causa.

*Dulce et decorum est pro patria mori.*

Pero ¿qué es esto? Acabamos de trasponer un grupo de montañas. El horizonte desaparece de nuestra vista, la oscuridad nos envuelve por todas partes; un aire húmedo y frío agita nuestros cabellos; un terror inexplicable sobrecoje nuestro espíritu... ¡Dios mío! La locomotora hiende las entrañas mismas de la tierra; diríase que hemos sido sepultados en vida.

Es que atravesamos un túnel; un largo, aunque pasajero, sepulcro.

¡*Fiat lux!*! esclamamos todos involuntariamente, no con el acento imperioso que debió emplear el Criador al proferir tan sublimes palabras, sino con un tono de súplica, con un ademán humilde, como quien dirige una plegaria al cielo.

¡*Fiat lux!*... *Et lux facta est*, parece respondernos la naturaleza.

Porque hemos salido ya á flor de tierra, y nos hallamos enfrente de un pueblo, asentado sobre un montecillo, coronado de rötas almenas y á cuyos pies se estienden olivíferas campiñas.

Esa es la villa de Montesa, la metrópoli de aquellos caballeros, á la vez monjes y soldados, que con sus hermanos de Alcántara, de Calatrava y de Santiago, hicieron huir tantas veces la media luna al rayo vengador de sus aceros.

Otra atmósfera, otra tierra, otra raza, otro cielo,  
otro clima.

El pecho se dilata; el aire viene impregnado de  
suaves perfumes; serpean por todas partes los arro-  
yuelos; murmuran las fuentes escondidas en grutas de  
mármol y granito; el sol poniente dora los elevados  
picos de la sierra; la naturaleza ríe, vestida de gala,  
como la virgen conducida por su amante al pié de  
los altares.

Dejadme gozar de tan bello espectáculo; dejadme  
esclamar con Zorrilla:

Salve fértil campiña y prado ameno,  
salve cespicio y soto umbrío,  
donde, de cuitas é inquietud ajeno,  
libre vagaba el pensamiento mio.  
Salve y las leves auras te murmuren,  
y el sol te dé riquísimos colores,  
y abundosas las lluvias te aseguren  
su cosecha de espigas y de flores.

Porque hemos llegado á esa pequeña ciudad, llena  
de recuerdos históricos, rodeada de huertos y jardines,  
y la locomotora impaciente me llama con sus agudos  
silbos.

Adios, Játiva la bella, delicia de moros, madre de  
pontífices.

Que ya el vapor me arrastra sobre alfombras de cé-  
spedes y flores, entre bosques de naranjos y limoneros.

Los árboles me ofrecen al paso sus ópimos frutos; el

azahar me embalsama con su aroma... Este es el eden que prometió á sus hijos el *Profeta*.

¡Miente la historia!... ¡mienten los recuerdos! El Aun vive aquí aquella tribu indómita, lanzada por el génio del Islamismo desde las arenas del Africa á las risueñas márgenes del Turia: ahí están su espíritu, sus costumbres, hasta sus trajes.

¿No veis aquel labriego de atezado rostro, de nervudos miembros, que cubierto apenas con sus *zaraquelles*, camina recostado en el lomo de su corcel ligero?...

Ese es un árabe disfrazado.

Y aquella aldeana de ojos garzos, de negros cabellos, esbelta, flexible, algo pálida... ¿no es una odalisca de las que guardan entre envidiosas celosías los harenas orientales?

¡Pais venturoso, bendito de Dios, mimado por los hombres! Las regiones todas del globo te rinden sus ofrendas.

Que allí se levanta orgullosa, hasta tocar en las nubes, la palmera del Africa, con sus dulcísimos dátiles, arrojando á las auras emanaciones fecundas.

Y más allá se extienden, en peligrosos charcos, los arrozales del Asia, coronados de doradas espigas.

Y bajo aquellos cobertizos de espadañas, sobre lechos de frescas hojas, yace el laborioso gusano, tejiendo su preciado capullo.

Y por do quier la enana morera, el corpulento algarrobo, interrumpen los surcos simétricamente formados.

¿Cuándo cesa esta primavera eterna? ¿Dónde tiene sus límites esta vega encantada?

Al fin diviso á lo léjos la Albufera, el magnífico y anchuroso lago, con sus barquillas leves y sus pájaros de mil colores.

XXX

Al fin oigo las olas del mar, que vienen á estrellarse con sordo murmullo en la arena.

Valencia es esa, dormida á los rayos de la luna, reclinada en la playa del Mediterráneo.

El convoy suspende su curso. El viaje ha terminado.

(Revista de Cataluña, 1862.)

XXX.

## EL ANTECRISTO.

(IMITACION DE VÍCTOR HUGO.)

Vendrá cuando se acerquen las últimas tinieblas  
y niegue el Sol al mundo su rutilante luz,  
y apaguen sus fulgores las pálidas estrellas,  
cubriendo el horizonte de fúnebre capuz.

Vendrá cuando la envidia y el crimen y el orgullo  
la antigua alianza rompan y el pacto de Sion,  
cuando los pueblos vean, atónitos de asombro,  
del universo entero romperse el eslabon;

Abandonar los astros sus ígneos caminos,  
y cual tormenta en rayos ya próxima á estallar,  
por las celestes salas de Dios la augusta sombra  
con el semblante airado pasar y repasar.

Vendrá, sí, cuando sienta la madre en sus entrañas  
el no maduro fruto temblando de pavor,  
cuando ya nadie siga del justo las cenizas  
á las desiertas tumbas orando con fervor;

Cuando el audáz piloto lleno de espanto vea  
sin lecho y sin riberas del Mar la inmensidad,  
y cuando azote el náufrago bajel de las edades  
con sus mujientes olas la horrible eternidad.

Vendrá de la matanza, la peste y el incendio,  
cual funeral cortejo, seguido por do quier;  
la espada vengadora blandiendo en sus furores,  
sin que osen los humanos su brazo detener.

Aborto del Averno, mónstruo insaciable y fiero,  
celestes mensajero de muerte y destruccion,  
por donde quier que exhale su aliento ponzoñoso,  
á donde quier que fije sus ojos de escorpion,

Desatará los vientos, derrumbará los montes,  
envolverá entre plagas los hijos de Caín,  
é inundará de sangre, de lágrimas y cieno  
la tierra y sus contornos hasta el postrer confin.

Y tras de tanta ruina, tras de esterminio tanto,  
hundida ya en el polvo la humana iniquidad,  
terminará su reino, al dar la primer hora  
en la fatal esfera de la honda eternidad.



## IGLORIA A QUINTANA!

Al calor de la revolucion de Julio brotaron por doquier los pensamientos generosos; que no estaba seca, por fortuna, en este maltratado país la fuente del bien, aunque cegarla hubieran pretendido con teson gobiernos inmorales y corruptores. Habia en todos los pechos ansiedad de acciones nobles, sed de gloria y de poesia, en desquite de once años de vida material y muerte política: con que el dia de la revolucion será señalado en la historia como periodo de renacimiento.

---

(1) El presente artículo, inserto por primera vez en el periódico político LA IBERIA, se reproduce aquí tal y como vió la luz pública, con la firma de todos los redactores. El autor, que entonces tenia la honra de serlo, nunca verá más enaltecido su humilde nombre literario, que en unión del de sus dignos compañeros, y especialmente del ilustre y malogrado CALVO ASENSIO, cuya aureola se refleja sobre todos ellos.

Si tan en absoluto puede hablarse con respecto al país, ¿qué diremos de la juventud liberal, humillada y escarnecida por tanto tiempo, viendo ahogados sus nobles anhelos por la mano férrea de la tiranía, y en el porvenir solo esterilidad, solo miseria, solo rebajamiento? La revolución fué para la juventud lo que el arca preservadora para Noé, y apresuróse á salvar en ella sus esperanzas generosas, su puro patriotismo, sus ideales aspiraciones. Fuéralé dado entonces más poder, y completa hubiera sido la regeneración del país; pero luchaba la juventud con su insignificancia, con su debilidad, y apenas vió salir de la esfera de las ideas los altos hechos que imaginaba.

No fué tan infeliz una escogida parte de la juventud literaria, que con el señor Calvo Asensio por guía, consagróbase al periodismo desde pocos meses antes de la revolución en el diario LA IBERIA. Ardientes y generosos—que eran poetas—habían traído al parlante de la discusión periodística una divisa noble y fecunda, que á todo lo grande los alentaba. Como lo indica su título, el pensamiento que engendró LA IBERIA fué la suspirada unión de los dos pueblos que forman la península occidental; fué ese magnífico complemento de nuestra civilización, que imaginado en Manila en 1851 por un distinguido diplomático español, llegaba á ser en tan corto periodo la bandera del partido más patriótico y más nacional de los de toda la Península.

Nobleza obliga, como dice un antiguo adágio. Estos dignos precedentes obligaban de tal modo á los redac-

tores de LA IBERIA, que desde julio se consagraron á imaginar una empresa que honrase á España de una manera nunca vista. Cómo cumplieron su noble compromiso, consignado está en el número 76 del citado periódico, perteneciente al 14 de setiembre de 1854. Representábase á la sazón en el teatro de Variedades la magnífica tragedia de Quintana, que lleva por título *Pelayo*, y de aquí tomaron pié los escritores de LA IBERIA para un notabilísimo artículo, que hizo estremecerse de alegría á todos los amantes de las glorias de España.

No hãya una línea en él que no esté dictada por el más puro patriotismo. Incomprensible parece á primera vista que en una época de descomposición, época dominada, como es natural, de pasiones ruines y de bastardos pensamientos, pudiera tanto el amor al arte y á la gloria patria en escritores periodistas, que les hiciese apartar un momento su atencion de las mezquindades públicas; pero con decir que los redactores de LA IBERIA eran jóvenes y eran poetas, está dicho todo en nuestro entender.

Hé aquí el artículo citado, que será desde hoy una de las más brillantes páginas de la historia del periodismo español. (CORONACION DE QUINTANA; *Datos para la Historia*, por D. Vicente Barrantes.)

«Y si quereis que el universo os crea  
 »Dignos del lauro en que ceñís la frente,  
 »¡Que vuestro canto enérgico y valiente  
 »Digno tambien del universo sea!»

QUINTANA.

«¿Dónde están los ingénios que en no lejanos dias embellecieron con brillantes flores el árido vergel de la política? ¿Qué se hicieron los vates inspirados, cuyos cánticos sublimes resonaban no há mucho en las regiones oficiales? ¿Cómo no lanzan hoy sus dulces armonías las arpas de oro, que cantaban ayer mismo las altas prendas de nuestros hombres de Estado?»

»Hubo un tiempo en que la libertad yacía emparedada en horrendos calabozos; en que los pueblos gemian agobiados bajo el más inflexible yugo; en que insultaba impune á la infelice patria una turba de advenedizos. ¡Horas de desolacion y luto! El vil esbirro profanaba con su planta el santo hogar de la familia, la esposa era apartada sin piedad del seno del esposo, la garra del fisco arrebatava al mísero padre hasta el pan de sus tiernos hijos, una sed insaciable de oro devorava á los gobernantes, el hálito pestífero de la corrupcion emponzoñava la atmósfera política, la mordaza del despotismo sellava todos los lábios, las lágrimas del dolor anegaban todos los corazones, y un frío de muerte, un silencio sepulcral, reinaban en todo el ámbito de la Península. Entretanto la tiranía celebrava sus bacanales en el fondo de los palacios, la disolucion y el libertinaje animaban aquellos antros inmundos, y al compás de las cadenas que arrastrava á sus puertas

el pueblo, entre el choque de las copas y los gritos de la orgía, alzaba su voz melodiosa la divina poesía, y arrullaba dulcemente los ócios de los tiranos. Y ¡ hoy que la deidad propicia de los pueblos, la bienhechora libertad, anuncia ya por todas partes su omnipotente influjo; hoy, que el sol de nuestra emancipación brilla espléndido y radiante en el horizonte político, y la patria, la querida madre patria, alza por fin su frente humillada y abatida; el bardo de los libres permanece silencioso, y no brota de su alma la inspiración ardiente, y no rompe su lira en himnos de placer ante tan grandioso espectáculo! ¡ Conducta inesplicable y vergonzosa! ¡ Horrible y doloroso contraste! ¿Será que la poesía esté destinada á engrandecer todo lo pequeño, á ensalzar todo lo miserable? ¿Será que esa emanación del Cielo, envilecida y degradada en la tierra, haya perdido ya, como el ángel caído, sus santas y eternas aspiraciones, ó que solo puedan repetir los cantos del poeta los ecos de las artonadas techumbres, de los suntuosos salones, morada de la opulencia, la usurpación y el orgullo? ¡ Oh! lejos de nosotros tal idea: nó, ¡ no puede ser el ingénio tan abyecto y tan corrompido! ¿Será que las Musas españolas! ¡ Musas de la juventud y de la edad presente, que habeis prestado vuestros acenos para cantar tanto vicio dorado, tanta miseria con títulos! ¿no tendreis hoy un soplo siquiera de poesía para ensalzar la virtud modesta, la abnegación generosa y humilde? Vosotras, que habeis inspirado tan

bellas ideas y tan sublimes conceptos en honor de los verdugos de la patria, ¿no lanzareis ahora un rayo de inspiracion, una chispa de ese fuego divino, para encender todas las almas en el santo amor de nuestra dignidad restaurada, del pueblo y de la libertad redimidos?

»¡Ah! ¡que vuestros hijos no rinden ya, cual solian, el culto debido á vuestras deidades! ¡Ah! ¡que no agita, como en otro tiempo, sus almas vuestro espíritu creador y fecundo!

»¿Qué importa sin embargo? ¿Acaso ese desden ofensivo, ese terrible abandono, nos privarán de escuchar en robustos y vibrantes sonos, en ecos sublimes y profundos, el grito santo de la libertad y de la patria que tan grato resuena en nuestros oidos? Nó, y mil veces nó: ¡aun tiene un digno intérprete la musa de Píndaro y Herrera, aun vive entre nosotros el espíritu del gran Tirteo, aun suena, no pulsada hace tantos años, la lira del ilustre QUINTANA!

»¡Hijos de la libertad! ¡Intrépidos soldados de la patria! ¡Héroes de la revolucion de Julio! ¡Honrados y libres ciudadanos! Venid, venid con nosotros á la escena de *Variedades* (1). Allí se celebra estos dias una gran solemnidad literaria, allí se consagran entre los acentos de la poesia los grandes derechos del pueblo, allí se repiten, despues de un prolongado olvido, las

(1) Alude á las representaciones de la tragedia de QUINTANA, titulada *Pelayo*, que se daban por entonces en el *Teatro de Variedades*.

patrióticas inspiraciones de esa inimitable tragedia, de esa gran epopeya dramática, destinada á inmortalizar á otro héroe de la libertad, á otro adalid de la independencia, el esforzado, el indomable Pelayo. ¿No oís? ¿no oís?

»¡Ó vencer ó morir el sol nos vea!

¿No hay patria, Veremundo? ¿No la lleva todo buen español dentro del pecho?

• • • • •  
Pero nunca el oprobio salva á un pueblo;  
nunca aquel que cobarde se degrada,  
á la opresion doblando la rodilla,  
despues su frén-te hácia el honor levanta.

• • • • •  
Y si un pueblo insolente allá algun dia  
al carro de su triunfo atar intenta  
la nacion que hoy libramos, nuestros nietos  
su independencia así fuertes defiendan,  
y la alta gloria y libertad de España  
con vuestro heróico ejemplo eternas sean.

»¡ Ah! ¡ que al escuchar estos sagrados acentos nuestro ser se estremece de júbilo, y un magnetismo irresistible conmueve y vivifica nuestras almas! ¡ Ah! ¡ que inunda nuestros corazones un celestial bálsamo de inefable consuelo! ¡ Ah! ¡ que nuestro espíritu permanece suspenso en un éxtasis vago é indefinible! Pero vosotros, hombres del pueblo, vosotros ¿tambien os

sentís arrebatados de entusiasmo? Vosotros ¿tambien os levantaiis involuntariamente, y prorumpís en gritos de admiracion y estallais en demostraciones de aplauso? Sí: lo vemos, lo estamos presenciando. Ese es el privilegio del génio, esas son las impresiones de la virtud, del honor, de la abnegacion, del patriotismo, de todo lo bello, de todo lo grande; y todo lo bello, todo lo grande tiene un altar en esa obra que se llama *Pelayo*.

»¡Aplaudid, castellanos, aplaudid! ¡Aspirad esas auras suaves, empapaos en ese embriagador perfume, grabad bien en vuestra memoria esas eternas é inmutables máximas! ¡Qué alma será tan recta y generosa la que las ha concebido! ¡Qué pluma tan hábil y elocuente la que las ha espresado! ¿No es verdad que debe ser un modelo de virtud y un coloso de sabiduría el cantor de Pelayo? Sí, sabedlo, por fin, ciudadanos: un modelo de virtud, un coloso de sabiduría; no lo toméis á juicio de la pasion ó á incienso de la lisonja; ni una ni otra caben tratándose del eminente poeta, del esclarecido patricio D. MANUEL JOSÉ QUINTANA.

»Ese hombre extraordinario es el predilecto discípulo de Melendez y Cienfuegos, el constante defensor de las libertades públicas, el escritor profundo y concienzudo consagrado desde sus más tiernos años á ilustrar las glorias de España. Él ha pasado largo tiempo sepultado en las cárceles del despotismo, él ha desenterrado del polvo de los archivos las memorias de nuestros insignes varones, él ha buscado sus inspiraciones de poeta en los grandes hechos, en las ilustres haza-

nias, en las más santas y religiosas verdades. Plutarco en la historia, Píndaro en la poesía, Cincinato en la vida pública, él representa por sí solo todas las virtudes civiles, todos los talentos literarios, todas las celebridades españolas; él es, en fin, el monumento viviente de nuestras glorias nacionales.

«Y ¿dónde está ese génio divino, ese sacerdote de la gaya ciencia, ese apóstol de la fé de los pueblos?— ¿Dónde? Ahí le teneis en el rincón de su hogar doméstico, pobre, modesto, humilde, abandonado; ahí le teneis encanecido por la nieve de ochenta y dos años, postrado bajo el peso de la edad, pero con la frente altiva, con el corazón brioso, con la conciencia tranquila y serena. Venid y le vereis, ciudadanos, digno en sus maneras, grave en sus palabras, noble y afectuoso en su trato; escuchando á quien le habla, respondiendo á quien le consulta, enseñando á la juventud que se le acerca el camino de la virtud y la sabiduría.

«Y ¿habrá de bajar al sepulcro ese majestuoso anciano sin recibir de la generacion que le contempla, atónita de admiracion y de pasmo, el premio debido á sus grandes servicios? Y ¿se extinguirá su generoso aliento sin ser testigo y partícipe del triunfo que la Historia le tributará algun dia? Y ¿llevará á la otra vida ese justo el doloroso recuerdo de la ingratitud de su patria? ¡Oh! nó: vosotros no lo consentireis, ciudadanos; vosotros no legareis á la posteridad una tarea que solo á vosotros pertenece.

«Nó y mil veces nó. Venid, agrupaos en torno de

LA IBERIA, cumplamos juntos ese deber sagrado y honroso. Rompamos el sello al libro del Destino, abramos sus misteriosas páginas y leamos en ellas lo que la Providencia reserva al inmortal QUINTANA. ¿Qué veis allí escrito? La apoteosis del sábio, la coronacion del poeta, los honores consagrados á los restos aun calientes del cisne de Sorrento, del generoso y tiernísimo Tasso. ¡Oh! sí! Nosotros penetramos en este instante en el porvenir, y al través de la densa bruma de los siglos contemplamos un pueblo entero, arrodillado ante una estatua, ciñendo con una corona de laurel las sienas de un busto de mármol.

«Pues bien, ciudadanos; ese fúnebre tributo que mañana ofrecerán nuestros hijos, quizá—¡dolorosa predicción por cierto!—nosotros mismos, á la memoria de QUINTANA, ofrezcámosle ahora á su misma persona, y demos á la Europa y al Mundo este alto ejemplo de gratitud y de justicia. Acabamos de hacer una revolucion por la libertad y la patria; y ¿qué medio más noble de consumir y legitimar esa revolucion gloriosa, que consagrar la patria y la libertad en su más antiguo y predilecto hijo? Sí, sí: ¡honra y prez y eterno renombre al escelsó cantor de la Independencia española!

¡Gloria al grande escritor á quien fué dado

romper el sueño y vergonzoso olvido,  
 en que yace sumido el ingenio español; donde confusas  
 sin voz y sin aliento,  
 se hunden y pierden las sagradas Músas!

» ¡Hijos de la revolucion! ¡mostrémonos dignos de nuestra madre! Despojemos de sus hojas el árbol sagrado, y tejamos con sus verdes laureles una inmarcesible corona. Asociémonos despues á lo más illustre, lo más notable, lo más insigne que encierran en su seno la Côte, la Monarquía entera; llamemos en nuestro apoyo al Gobierno, á la Magistratura, á la Milicia; agitemos los círculos políticos, penetremos en las escuelas, abramos las puertas de los Liceos y las Academias; convoquemos á esta solemne asamblea la literatura, las ciencias, la administracion, el comercio, la industria, el pueblo en masa, y eñamos por la mano de su más digno representante, del ínclito Espartero, las sienes del ínclito QUINTANA. ¡Que la espada de la libertad consagre la pluma de la libertad! ¡Que el númen de la guerra divinice el númen de la poesia! Hé aquí nuestros votos, hé aquí nuestros sentimientos.

» ¡Compañeros y hermanos de la prensa periódica! ¡ilustrados redactores de todos los diarios, cualesquiera que sean vuestras opiniones políticas! ¡Si en vuestro pecho late, como habeis probado tantas veces, un corazon español y amante de las glorias de nuestra patria, acojed esos votos, secundad esos sentimientos, prestadnos vuestro eficaz y poderoso concurso!

» Y tú, profeta del pueblo, escelso y esclarecido QUINTANA, admite tambien benigno la santa ofrenda que en nombre de la juventud que piensa y siente se apresuran á depositar en las aras de tu grandeza los que nunca mancharon sus lábios con el mezquino lenguaje de la lisonja, los humildes, pero sinceros redac-

tores de LA IBERIA; y ¡ojalá que este mensaje, precursor de tu triunfo, esta voz del entusiasmo que enardece sus corazones, llegue á tí como un soplo de vida que regenere tu ancianidad venerable!

»PEDRO CALVO ASENSIO.—MARIANO CARRERAS Y GONZALEZ.—MANUEL MARÍA FLAMANT.—JUAN DE LA ROSA GONZALEZ.—MANUEL DE LLANO Y PÉRSI.—JUAN RUIZ DEL CERRO.—JOSÉ MARÍA DE LARREA.»

## PARÁFRASIS DEL SALMO

*Quare fremuerunt gentes, etc.*

¿Por qué tantas naciones,  
cual las ondas del Mar alborotadas,  
contra el Eterno lanzan maldiciones,  
de su poder sin límite irritadas?

¿Por qué los pueblos todos de la tierra  
en tropel se juntaron,  
y queriendo al Señor hacer la guerra,  
de su sagrado nombre blasfemaron?

Los príncipes y reyes,  
en su orgullo satánico é impío,  
aprestaron también inmensas greyes  
por destruir del Cielo el poderío,  
y armaron sus soldados,  
contra Dios y su Cristo conjurados.

Pero el Señor, que habita en las alturas  
y en tronos de zafir tiene su asiento,

Aquel ante quien son las criaturas  
 leves aristas que arrebató el viento,  
 el rayo con que aterra y aniquila  
 forjará en el volcan de sus enojos,  
 y al girar de su fúlgida pupila,  
 y al revolver de sus ardientes ojos,  
 en polvo tornará y en humo vano  
 cuanto alcance su brazo soberano.

—  
 Henchido entonces de tremenda saña,  
 dará su voz al huracan y el trueno;  
 su acento, de ira lleno,  
 retumbará en el valle y la montaña,  
 y tristes y aterrados,  
 al escuchar sus ecos, los impíos,  
 huirán desesperados  
 traspasando los llanos y los ríos,  
 á esconder entre lágrimas eternas  
 su conturbada faz en las cavernas.

Y yo, á quien Él ha ungido  
 rey de la inquieta y vária muchedumbre,  
 para ensalzar su nombre esclarecido  
 y de sus leyes derramar la lumbre;

Yo, á quien el Señor dijo,  
 porque así en sus bondades le placía:  
 —«Tú eres desde hoy mi predilecto hijo;  
 »yo te engendré este día;

»Pídemelo tú, que en mi alta omnipotencia,  
 »en mi poder excelso y sin segundo,  
 »te entregaré las gentes en herencia  
 »y en posesion los términos del Mundo;

»Y con cetro severo  
 »gobernarás los pueblos y ciudades,  
 »y romperás, cual vaso de alfarero,  
 »el barro de sus culpas y maldades.»—

Yo, yo tambien hasta la enhiesta sierra  
 levantaré mis voces prepotentes:

—Oídme, pues, ¡oh! pueblos de la tierra;  
 escuchad, reyes, príncipes y gentes:

Adorad al Señor de los señores,  
 temed sus justas iras  
 y dirijidle preces y loores;  
 no sea que irritado,  
 al veros en el vicio sumerjidos,  
 castigue sin piedad vuestro pecado  
 y perezcais de un soplo destruidos.

Entonces, ¡oh! Señor, en aquel día  
 que estalle tu venganza,  
 dichoso aquel que en tu bondad confia  
 y en tu justicia pone su esperanza.

## XXXIII.

## EL ADVENIMIENTO DE UN POETA.

Cierto día del mes de diciembre de 1865 penetraba un desconocido por las puertas del *Teatro del Circo*, con un manuscrito debajo del brazo.

Era un jóven, como de veinticinco á veintisiete años, de buena estatura, delgado, moreno, algo páldido, en cuya ancha frente, ojos vivos, facciones pronunciadas, poblado bigote, espesa y negra cabellera, fisonomía noble y espresiva, adivinábanse desde luego un carácter firme y una inteligencia privilegiada.

Subió con incierto paso la escalera que conduce á la direccion escénica y se presentó, entre confuso y resuelto, al Sr. D. MANUEL CATALINA.

—Hé aquí, le dije, una comedia que he escrito. Primera produccion de mi pluma, ignoro si es buena ó mala: yo mismo no tengo opinion sobre ella. Ni llevo un nombre ilustre, ni cuento con el apoyo de ningun Mecenaz. Si esta orfandad literaria puede ser un

título para Vd., yo espero que se sirva leer mi obra. Despues dispondrá Vd. de ella como mejor le plazca.

El SR. CATALINA prometió hacer lo que se le pedia y despidió al jóven con la sincera amabilidad que le caracteriza. Algunos dias despues referia con gran satisfaccion al que traza estas líneas, el hallazgo de un nuevo autor dramático y de una nueva comedia.

El autor era el SR. D. LUIS SAN JUAN.

La comedia se llamaba *Dulces cadenas*.

El SR. CATALINA la habia hojeado primero con esa mezcla de interés y desconfianza, que al director de un teatro, cansado de leer abortos de ingénios ignorados, y deseoso al par de enriquecer su repertorio, inspira todo manuscrito que se le presenta; pero bien pronto llamaron su atencion de artista y de hombre versado en las letras las condiciones estéticas de la obra, y ya entonces se le fueron los ojos tras una y otra escena, emprendió sériamente la lectura, repitióla más de una vez con placer vivísimo, y dudando todavía de su acierto y sobre todo de su fortuna, quiso someter la obra al criterio de algunos inteligentes.

Los nuevos criticos confirmaron la opinion del primero. MATILDE DIEZ, sobre todo, la inspirada MATILDE, la perla de nuestras actrices, el primero de nuestros artistas dramáticos, acojió la comedia con el entusiasmo propio de su talento y de su carácter. JUAN COUPIGNY, el distinguido autor de *Mañana* y de *La luna de hiel*, hablaba de ella con un elogio que, viniendo de persona tan imparcial y tan discreta, no podia menos de ser merecido.

La duda era ya imposible: el hallazgo á que se refería el Sr. CATALINA estaba justificado; la dramática española contaba con un nuevo autor y una nueva obra de precio.

Pronto el nombre de ese autor, todavía oscuro, tendría una confirmacion solemne: pronto recibiría esa obra la sancion inapelable del público. Y en efecto, el Sr. CATALINA, que reúne á su ilustrado celo una actividad infatigable, un amor al arte superior á sus propias conveniencias, como actor y como empresario, dispuso para una época próxima la primera representacion de *Dulces cadenas*.

Cuando el Sr. SAN JUAN lo supo, apenas podia creer tan grata nueva. ¡Había sufrido tanto el pobre jóven desde que concibió la idea de escribir su comedia! ¡Había luchado tanto entre su vocacion de poeta y los severos pero prudentes consejos que le daban las personas de su mayor respeto! Más de una vez había vacilado entre la voz secreta, pero imperiosa, de su conciencia, que le gritaba «¡adelante!», y la fuerza resistente del miedo que detenía sus pasos. Más de una vez, tendiendo una mirada escrutadora al horizonte del porvenir, no había visto en él más que tinieblas. Más de una vez, en fin, despues de haber columbrado su estrella en el cielo del Parnaso, había creído que se eclipsaba ó se perdía en la oscuridad de una noche eterna. ¡Qué cosa mas natural! El Sr. SAN JUAN era tímido, era modesto, desconfiaba de sus fuerzas, como desconfia siempre el verdadero talento, y quizá por no acusarse de orgullo, se rebajaba él mismo

intelectualmente á los ojos de los demás y á los suyos propios.

Por fin habia osado llamar al templo de las letras; habia exhibido sus credenciales, y el Sr. CATALINA, reconocidas y halladas en regla, le franqueaba de par en par las puertas. Podia ya abrir su pecho á la esperanza, podia acercarse á aquel lugar sagrado, embriagarse con el aroma del incienso, que allí perpétuamente humea, y sin embargo, sufría más cruelmente que nunca, le asustaba la perspectiva de la gloria, y ya en el umbral mismo del santuario, hubiera querido retroceder, deslumbrado por sus resplandores.

Pero al punto á que habian llegado las cosas, era imposible la retirada. La comedia se habia puesto en ensayo; una notable actriz, DOÑA ADELAIDA ALVAREZ, la habia elegido para su beneficio; los actores estudiaban con afán, bajo la habilísima direccion del señor D. MANUEL CATALINA, sus respectivos papeles; entre los cuales no habia tocado, por cierto, la mejor parte al director, como más de una vez le sucede; leíase en los carteles, impresa en gruesos caractéres, la frase *Dulces cadenas*, y todo anunciaba para el autor una crisis inmediata é inevitable. Llegó, al fin, la noche tan suspirada y tan temida; la noche del estreno.

La escena estaba ya decorada, las luces encendidas, los actores con sus trajes, el apuntador en su puesto. Los espectadores comenzaron á ocupar sus asientos, con esa indiferencia con que se asiste á una funcion cualquiera, sin interés, sin prisa, casi sin curiosidad, como quien no espera más que pasar el rato ó matar

el tiempo. ¿Quién les hubiera dicho que en aquella hora iban á decidirse los destinos de un hombre, su reputación, su dicha, su vida entera? ¡Ah! si el público sospechase todo el bien que pueden hacer una palmada suya, un bravo, una sonrisa; si él supiera cuán grande es su poder sobre todo lo que le rodea; si estuviese en el secreto de todos los afanes, de todos los esfuerzos, de todas las vigiliass que cuesta el agrardarle, de fijo que no dictaría tan de ligero sus fallos, ni escucharía, en ocasiones, como oidor de Chancillería, distraído ó soñoliento los procesos que se le someten.

Pero volvamos á nuestro autor y á nuestra comedia.

Llenóse la sala, sonaron los acordes de la orquesta, el apuntador dió la señal, alzóse el telon lentamente y aparecieron los actores en la escena.

¡Momento indescriptible y supremo!

¿Qué pasaba entonces en el alma del Sr. SAN JUAN? Solo los que se hayan hallado alguna vez en su caso pueden comprenderlo.

Pálido, convulso, estupefacto, se hallaba de pié, apoyado en uno de los bastidores, pareciendo como que escuchaba la representación, pero en realidad sin oír nada. Percibía, sí, voces confusas, palabras incoexas, ecos lejanos y apagados de un arpa, cuyos sonidos creía conocer, pero sin que de ello acertára á darse cuenta. De pronto llegó clara y distintamente á sus oídos un rumor alegre, una especie de murmullo expansivo; despues una risa prolongada, despues un ruido como de palmas que se chocan. Entonces comen-

zó á despertar de su estupor y pudo comprender lo que pasaba en derredor suyo.

El público, que al principio parecía indiferente, habia ido fijándose poco á poco en la fábula; de la atencion habia pasado al interés, del interés al anhelo, y ya tomaba parte en los accidentes, se identificaba con la accion, reía, lloraba, se estremecía de alegría ó de pena. Estas demostraciones fueron creciendo; los aplausos, continuos durante la representacion, se redoblaron al final de cada acto; en el intermedio del segundo al tercero, fué ya llamado el autor con gran insistencia al proscenio, y al concluirse la comedia, un estallido de bravos, un verdadero trueno de aplausos saludó al Sr. SAN JUAN, nuevamente aclamado por la multitud, en union de todos los actores que tan acertadamente, sobre todo MATILDE, la SEÑORITA LOMBÍA Y MARIO, habian interpretado sus papeles.

Pocas veces hemos presenciado un triunfo más completo; pocos autores noveles han merecido una ovacion más gloriosa.

¿Qué es lo que habia dado motivo á ella? ¿Qué habia visto el público en el Sr. SAN JUAN y en su obra? Hélo aquí, tal como nosotros lo comprendemos.

*Dulces cadenas* es una comedia que, sin tener gran originalidad en la fábula, se distingue por la novedad con que se halla presentada y que raya muchas veces en atrevimiento. Su bella forma, su diálogo fácil y animado, su versificacion siempre fluida y armoniosa, responden á las tradiciones de nuestro teatro, donde la galanura del estilo y la limpidez del verso compen-

san á veces con exceso la sencillez de la accion y aun la inverosimilitud de las peripécias. Pero no son estas las principales bellezas de la obra. Hay en ella caracteres tan bien dibujados, hay situaciones tan hábilmente sostenidas; hay, sobre todo, un tacto, una sobriedad, una discrecion en todos los pormenores, que encantan y admiran en un autor de tan escasa experiencia. Aquella *Concha*, tan inocente, tan cándida, tan sencilla, que ignora todavía lo que es amor en las primeras escenas, y en cuyo pecho se filtra la pasion tan naturalmente, exhalándose en acentos purísimos, es la imágen de una niña angelical, á las diez y seis primaveras; aquel *Andrés* tan decididor, tan gracioso y al mismo tiempo tan leal á sus amos, representa á la perfeccion un criado andaluz, honrado, pero travieso y mujeriego; aquella *Amelia*, tan humilde, tan doliente, tan resignada, es un retrato, hecho en dos pinceladas maestras, de la mujer que llora su virtud perdida en un momento de amoroso estravío; aquella *Julia* tan tierna, tan delicada, tan digna, puede presentarse, sin duda, como modelo de esposas, como la personificacion del númen de la familia, del ángel del hogar doméstico. Añádanse á esto el acierto con que está hecha la exposicion, la feliz combinacion de las escenas, en que alternan regularmente las alegres con las tristes, haciendo caminar al espectador de una emocion á otra de distinta especie, el sentimiento que rebosa en todas ellas, la concision de la frase, la energía de los conceptos, y se tendrá una idea del mérito literario de *Dulces cadenas*.

En cuanto á la valía del autor, es más fácil sin duda apreciarla en su cantidad, que en los elementos de que está formada. Por nuestra parte, creemos que el Sr. SAN JUAN, sin poseer quizás en grado eminente ninguna de las dotes que constituyen un buen autor dramático, reúne todas las que se necesitan para serlo. No ha mostrado, en efecto, hasta ahora, ni la esquisita ternura y la brillante imaginación de GARCÍA GUTIERREZ, ni la gracia y la facundia de BRETON DE LOS HERREROS, ni el talento profundo y sentencioso de AYALA, ni la fuerza de inventiva de RUBI; y sin embargo, no puede decirse que carece de ninguna de estas cualidades. Es tierno, es imaginativo, es gracioso, es pensador y sabe apoderarse de las ideas poéticas, que están, por decirlo así, en la atmósfera, para darles una forma nueva y presentarlas con nuevos ropajes. Tiene, sobre todo, un instinto tan perspicaz, una intuición tan poderosa, que adivina, antes de conocerlos, los recursos del arte. Así es que su primera obra, más que el fruto espontáneo de un arbusto todavía débil, parece el producto rico en jugos y en olores de un árbol vigoroso y lozano.

Esto explica, en nuestro concepto, el éxito de *Dulces cadenas*.

El Sr. SAN JUAN ha recibido con él el bautismo de la gloria.

Si así empieza su carrera literaria, qué no podrá esperarse de su inteligencia, cuando haya madurado con el estudio?

Esperemos mucho, que esto le comprometerá á hacer algo por lo ménos.

Y entretanto, felicitémonos de un acontecimiento que redunda en pró del teatro nacional y que viene á aumentar el lustre de la dramática escena.

En nombre de ella, nosotros enviamos al Sr. SAN JUAN nuestro parabien más cordial.

En nombre de ella, le saludamos con el ósculo de hermano y de compañero.

¡Plaza al novel ingénio que se abre paso entre la multitud, en la república literaria!

¡Salud al advenimiento del nuevo y aplaudido poeta!

(Febrero de 1866.)

los años de Barcino,  
 miembros trovadores,  
 que haceis sonar las ánsas  
 del Ter y el Obregat;  
 los del Jalon y el Rbro  
 sencillos monachos,  
 saludan en vosotros  
 al génio de Ausias March.

A nuestra dulce patria  
 invidios por el viento.

(1) Composición escrita para ser cantada por la Sociedad coral de Zaragoza, en el gran festival celebrado en 1868 en Barcelona.

que haceis sonar las áuras  
 del Ter y Llobregat;  
 los del Jalon y el Ebro  
 sencillos moradores,  
 saludan en vosotros  
 al génio de Ausias March.

¡Cuán suave y melodiosa  
 cuán rica de poesía  
 resuena en nuestras almas  
 la lira de Clavé!  
 Cantad, ilustres hijos  
 del dios de la Armonía;  
 que en vuestros cantos laten  
 amor y patria y fe.

Cantad y á vuestras sienes  
 los láuros inmortales  
 gustosos ceñiremos  
 del génio y del honor,  
 Hermanos vuestros somos,  
 jamás vuestros rivales,  
 que no disputa el mirlo  
 la palma al viscedor.

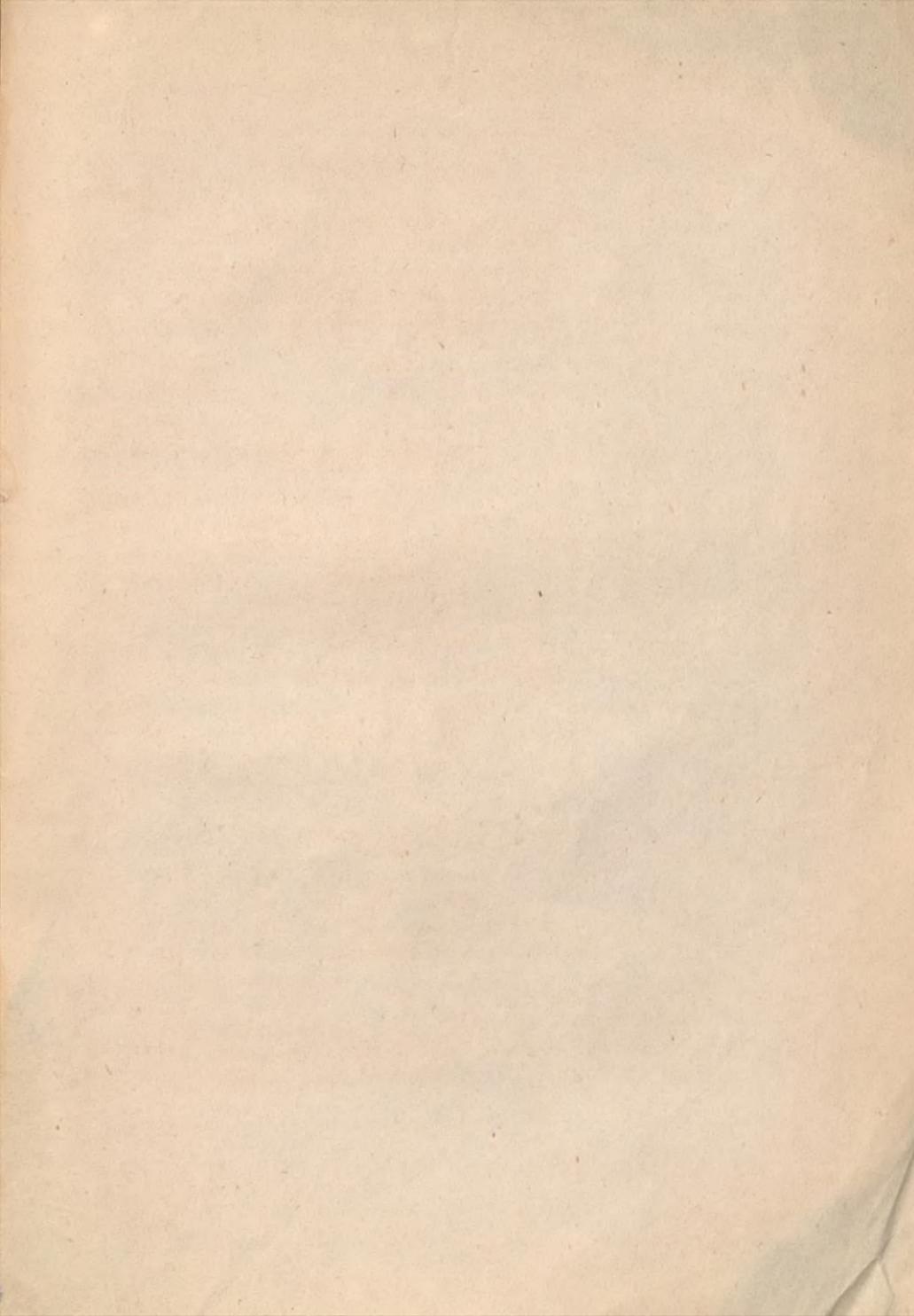
Logares de Barcino,  
 miembros trovadores,

# ÍNDICE.

## MATERIAS.

	PÁGINAS.
I.— <i>El silbante</i> , artículo de costumbres. . . . .	1
II.— <i>El anochecer</i> , poesía descriptiva. . . . .	9
III.— <i>El médico de cámara</i> , artículo crítico. . . . .	41
IV.— <i>En alta mar</i> , poesía sentimental. . . . .	25
V.— <i>El día cortesano</i> , artículo de costumbres. . . . .	27
VI.— <i>El cumpleaños</i> .— <i>A Cervantes</i> , sonetos. . . . .	33-34
VII.— <i>Los celos</i> , cuento tragi-cómico. . . . .	35
VIII.— <i>Ausencia</i> , poesía sentimental. . . . .	42
IX.— <i>El honor y el dinero</i> , artículo crítico. . . . .	45
X.— <i>El anochecer en primavera</i> , poesía descriptiva. . . . .	58
XI.— <i>La fiesta de un lugar</i> , artículo de costumbres. . . . .	62
XII.— <i>En la muerte de Palafós</i> .— <i>A la eminente trágica A. Ristori</i> , sonetos. . . . .	74-75
XIII.— <i>Estudios filológicos</i> , artículo doctrinal. . . . .	76
XIV.— <i>Adios á mis amigos de Cuenca</i> , poesía sentimental. . . . .	95
XV.— <i>La casada</i> , artículo fisiológico. . . . .	98
XVI.— <i>El progreso</i> , poesía filosófica. . . . .	124
XVII.— <i>Un ramo de violetas</i> , artículo crítico. . . . .	136
XVIII.— <i>Serenata</i> , poesía popular. . . . .	147

XIX.—Una excursión á Portaceli (Valencia), artículo narrativo. . . . .	149
XX.—Á la jóven poetisa R. N., poesía laudatoria. . . . .	177
XXI.—El renacimiento de un poeta, artículo apolo- gético. . . . .	179
XXII.—Aragon y Felipe II, poesía histórica. . . . .	186
XXIII.—La mentira universal, artículo humorístico. . . . .	194
XXIV.—Despedida de Juana de Arco, poesía senti- mental. . . . .	198
XXV.—Los fueros de la Union, artículo crítico. . . . .	202
XXVI.—El 5 de marzo de 1838, poesía heróica. . . . .	217
XXVII.—El fenómeno, artículo humorístico. . . . .	223
XXVIII.—Ni quito ni pongo rey, poesía histórica. . . . .	230
XXIX.—De Albacete á Valencia, artículo descriptivo. . . . .	249
XXX.—El Antecristo, poesía filosófica. . . . .	256
XXXI.—¡Gloria á Quinlana! artículo apologético. . . . .	258
XXXII.—Paráfrasis del salmo Quare fremuerunt gen- tes, etc., poesía religiosa. . . . .	270
XXXIII.—El advenimiento de un poeta, artículo lau- datorio. . . . .	273
XXXIV.—A las Sociedades corales de Cataluña, himno. . . . .	282



XXI	— Das Abenteuer in Farnham (Vermischte)	12
	Eindeutschung	12
XXII	— In dem Jahre 1877, zweite Fortsetzung	13
XXIII	— Die Abenteuer in der Grotte (Vermischte)	14
	Eindeutschung	14
XXIV	— Das Abenteuer in der Grotte (Vermischte)	15
XXV	— Die Abenteuer in der Grotte, zweite Fortsetzung	16
XXVI	— Die Abenteuer in der Grotte, dritte Fortsetzung	17
XXVII	— Die Abenteuer in der Grotte, vierte Fortsetzung	18
XXVIII	— Die Abenteuer in der Grotte, fünfte Fortsetzung	19
XXIX	— Die Abenteuer in der Grotte, sechste Fortsetzung	20
XXX	— Die Abenteuer in der Grotte, siebente Fortsetzung	21
XXXI	— Die Abenteuer in der Grotte, achte Fortsetzung	22
XXXII	— Die Abenteuer in der Grotte, neunte Fortsetzung	23
XXXIII	— Die Abenteuer in der Grotte, zehnte Fortsetzung	24
XXXIV	— Die Abenteuer in der Grotte, elfte Fortsetzung	25



OBRAS CIENTIFICAS DEL MISMO AUTOR.

Rs. vn.

<i>La España y la Inglaterra agrícolas</i> , memoria sobre la Exposicion universal de la Industria, celebrada en Lóndres en 1862.—Un cuaderno en 8.º . . . . .	4
<i>Elementos del derecho mercantil de España</i> .—Un tomo en 8.º francés, de 300 páginas. . . . .	16
<i>Curso de Geografía y Estadística industrial y cómercial</i> .—Un tomo en 4.º español, de 400 páginas. . . . .	20
<i>Filosofía del interés personal</i> , tratado didáctico de economía política.—Un tomo en 4.º de 600 páginas. . . . .	50

Véndense las tres primeras en la librería de *La Publicidad*, pasaje de Matheu, y la última en la librería de D. Miguel Guijarro, editor, calle de Preciados.